

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA
POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION (CHILE)

SUMARIO

008 (83) (05)

Domingo Melfi.
Max Jara.
Romain Rolland.
H. Gómez Holguín.
Sady Zañartu.
Ernesto Montenegro.

Dictadura y mansedumbre.
Desde aquella primera mujer.
El adiós al pasado.
Agua fuerte.
Los ansiosos del desierto.
Mi tío Ventura.

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

Fernando Robles. *La Argentina sin libertad.*
Henri Barbusse. *Una interpretación de la España grande.*
Guillermo Jiménez. *La danza en México*
Carlos Silva Vildósola. *Don Hermógenes Pérez de Arce.*

LOS LIBROS

ATENEA

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

Publicada por la Universidad de Concepción

COMISION DIRECTORA:

Enrique Molina.—Luis D. Cruz Ocampo

Félix Armando Núñez (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago

Señor Domingo Melfi

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que ha editado anualmente hasta 1930 inclusive y en los doce números que editará desde el año en curso, trata de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

PRECIOS DE LAS SUSCRIPCIONES:

Un año..... \$ 28.00

Un semestre..... 14.00

En las provincias de Chile y en Bolivia, recargo de \$ 2.00 anuales para franqueo.

Suscripción a los países extranjeros excepto Bolivia sólo anual: 4 dólares, o su equivalente según el país.

Número suelto..... \$ 2.50

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista, ATENEA dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, segundo piso, número 8, o a la Secretaría de la Revista Atenea Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

LIBRERIA SALVAT

Santiago — Agustinas 1043 — Casilla 2326

Agente en Concepción para suscripciones—Librería del
S. Rafael Merino H.

HISPANIA

A JOURNAL DEVOTED
TO THE INTERESTS
OF TEACHERS OF SPA-
NISH, AND PUBLI-
SHED BY THE AMERI-
CAN ASSOCIATION
OF TEACHERS OF
SPANISH

STANFORD UNIVERSITY,
CALIFORNIA

MERCURIO PERUANO

Revista mensual
de Ciencias Sociales y
Letras,
fundada en 1918.

Director Fundador:
Victor Andrés Belaunde

APARTADO N.º 176
Lima - Perú

CONTEMPORANEOS

Revista Mexicana
de Cultura

008 (*83) (05)

EDITORES:

Bernardo G. Gastelum,
Jaime Torres Bodet,
B. Ortiz de Montellano,
E. González Rojo.

APARTADO POSTAL 1811
MEXICO, D. F.

LEONARDO

Rassegna Bibliografica

diretta da

Federico Gentile

Direzione ed Amministrazione:

Via Palermo, 10-12

Milano (111)

NOSOTROS

Revista mensual
de letras, artes, historia,
filosofía y ciencias sociales

DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi

Roberto F. Giusti

SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

Lavalle, 1430 - Buenos Aires

República Argentina

REPERTORIO AMERICANO

Semanario de cultura hispánica

Director:

JOAQUIN GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSE DE COSTA RICA

Centro América

LA VIDA LITERARIA

Periódico Independiente

CRITICA

INFORMACION

BIBLIOGRAFIA.

Director:

ENRIQUE ESPINOZA

RIVERA INDARTE 1030

Buenos Aires

REVISTA INTERNACIONAL DEL CINEMA EDUCATIVO

ORGANO DEL I. I. C. E.

SOCIEDAD DE LAS NACIONES

Publicación destinada a informar sobre la aplicación del Cine a la educación en cada una de sus ramas (universitaria, primaria, secundaria, agrícola), así a la científica como a la popular, y a la higiene social. Se publica en cinco ediciones: inglesa, francesa, italiana, española y alemana.

Director: Doctor Luciano de Feo

Dirección: Villa Torlonia-ROMA

Suscripción por un año a la edición española: dólares 4; pesos chileno, 32.

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año VIII

Octubre de 1931

Núm. 80

Domingo Melfi.

LECTADURA Y MANSÉDUMBRE ⁽¹⁾

PARA mantener su predominio, un dictador favorece por turno a determinados elementos sociales: primero al pueblo, luego a la aristocracia; más tarde a la clase media. Al pueblo con algunas leyes de apariencia benéfica o con obras públicas; a la aristocracia con favores: puestos, comisiones diplomáticas, cargos decorativos, defensa de sus intereses contra un comunismo inminente. A la clase media franqueándole su entrada desbordante en la burocracia. Les paga a todos indirectamente el precio del silencio. De este modo Chile vivió en mansedumbre, cinco años. Para ganarse la sumisión de una aristocracia o de una burguesía conservadora, un dictador no tiene otro recurso que crear fantasmas demagógicos; fomentar un descontento popular aparente, un comunismo de asalto que espera su hora. Así se justifica el aparatoso derroche bélico, se ocultan las ineptias gubernativas y los despilfarros ostentosos. Los áulicos del dictador

(1) Se trata, en este ensayo, de fijar algunos aspectos morales y psicológicos de la dictadura chilena. Por eso, los nombres de los personajes que en ella intervinieron con sus actos materiales no nos interesan. Por lo demás no hay la pretensión de hacer una historia minuciosa sino un cuadro psicológico.

Ibáñez propalaron, cuando vieron la inminencia de su caída, la especie de que sin él, el comunismo era cuestión de horas en Chile. Y decir comunismo significaba el saqueo, la violación de todas las mujeres, la degollación de los inocentes y el reparto de la propiedad... Éste recurso que todas las dictaduras han empleado primero, para sostenerse y luego en el borde de la bancarrota, dió entre nosotros resultados inmejorables. Hablarle de comunismo a una sociedad de raíz conservadora como esta, es ponerle los pelos de punta. El dictador no ignoraba que la aristocracia era dueña de la tierra y a fin de defenderla llegaría a transigir con su gobierno, caprichoso y arbitrario. Por tanto, tenía en su mano, a favor del miedo que es lo único que une a los hombres, una porción grande de la sociedad. Días o meses antes del advenimiento de Ibáñez al poder, Santiago vió sus calles invadidas por turbas artificiales que mostraban los puños a los ricos y que hasta intentaron algunos saqueos. Era el comienzo del terror... criollo. Los partidos apresuraron su unión, igualmente artificial, circularon listas aristocráticas y agrícolas de adhesión a la candidatura presidencial de Ibáñez y algún tiempo después, éste asumió todo el poder público. En homenaje a sus altos méritos y como una prueba de agradecimiento por haber salvado a la sociedad del peligro del comunismo, el Club de la Unión lo invitó a un banquete inmenso. Quedaba así definitivamente consagrado por la aristocracia... Entre tanto, nadie protestaba por las deportaciones o las prisiones arbitrarias.

Un país tan constitucionalista como éste asistió luego, impasible, a la destrucción de todas las disciplinas constitucionales. El derecho y la ley fueron vilmente atropellados y nadie dijo, «esta boca es mía». Detrás de Ibáñez brillaban las bayonetas y como una imagen harapienta y simbólica el comunismo aparecía car-

gado de cadenas y de improperios. Casi todos los políticos olvidaron a los creadores de la República y se apresuraron a acercarse a la mesa del festín que presidía el dictador y sus ministros. Los pocos ingenuos que dieron en la manía de protestar fueron rápidamente silenciados.

Un ministro que antes de entregarse al dictador había atravesado toda o casi toda la tormenta del régimen parlamentario y había conocido, por tanto, el secreto de los rencores que dividen a los hombres, fué castigado a uno u otro, según que el castigo satisficiera a determinadas tribus sociales chilenas. Ese ministro arbitrario no ignoraba que lo que más eficazmente mueve los intereses es la satisfacción de las venganzas. La condición humana es siempre ruín y nos alegran los dolores de los enemigos aun cuando no seamos nosotros los promotores del castigo.

Los primeros tiempos del gobierno dictatorial se caracterizaron por una serie de medidas de apariencia depuradora adoptadas en un ambiente de alta tensión dinámica. Seguramente existió el propósito de enmendar las prácticas gubernativas viciadas por el régimen parlamentario; pero a medida que corría el tiempo, la crueldad para cumplirlas era mayor y la injusticia por tanto, más ostensible. Se castigaba sin método o se reconsideraban medidas ya aplaudidas por la prensa. Hombres sin culpa fueron entregados al sambenito de la opinión que exigía víctimas para aplacarse... Algunos resonantes apellidos fueron marcados con estigmas y nadie dijo nada...

Las oligarquías sufren estas inconsecuencias: por instinto de conservación o por miedo a la fuerza o a la autoridad, no protestan cuando un gobernante que no es de su esfera, persigue a uno de sus miembros. Miran impasibles o se regocijan interiormente, de la desgracia del que antes los humilló con su riqueza o con su señorío político... Porque Chile es

un país de tribus que se mueven guerra unas a otras, en sus jefes y luchan por apoderarse del gobierno. Es la historia política de Chile, la historia de las oligarquías agrícolas; pero es también la historia de las tribus sociales y de los clanes de familias. Ya en 1850, un vecino de Talca le escribía a don Antonio Varas lo siguiente: «El *círculo* Cruz buscó no ha mucho al *círculo* Donoso para proponerle unión, que no tuvo lugar». Eran los días de la preparación de la candidatura de Montt a la presidencia. Y así hemos venido rodando.

LA COMPLICIDAD

Ciertamente, el país se siente o se sintió orgulloso de su obra de reintegración civil, nacida con los sucesos del 26 de Julio de 1931. El militarismo fué barrido del gobierno. Quizá fuera mejor decir un «clan» militar, encarnado en la voluntad de un hombre mediocre. En torno a ese hombre, el azar, la ambición, el designio tortuoso de una camarilla, la simple complicidad del medio social, crearon una serie de factores que desencadenaron fenómenos morales y económicos de extrema gravedad y de los que el país tardará mucho tiempo en curarse. El Ejército acompañó desde el primer momento al dictador y se mantuvo unido en torno de él. La oficialidad exigía la depuración de todos los servicios públicos y esa labor empezó a cumplirse como hemos visto. Más tarde, en medio de los errores, la unión se mantuvo por espíritu de cuerpo, aun cuando gran parte de la oficialidad no comulgaba con los procedimientos irritantes y abusivos del dictador y sus áulicos que hicieron tabla rasa de la ley y de las garantías humanas.

Quizá el hecho mismo de apoderarse del gobierno no tenga mayor importancia. Una asonada, un cuartelazo, un tumulto de gente armada, podría fácilmente

te llegar hasta el palacio presidencial, dominar o asesinar a la guardia, apresar a los ministros e imponerse por la audacia. Pero todo eso no sería un gobierno. A lo sumo, un malón organizado. En cambio, la pasividad del medio para tolerar el encimamiento de un hombre al que la sociedad juzga insolvente, si que es peligroso. Si esa asonada, cuartelazo o motín, cuenta para prosperar con la complicidad y el silencio del ambiente el fenómeno se vuelve moralmente siniestro.

La pasividad para tolerar a un dictador durante casi cinco años, demuestra que no existía en absoluto, en el instante del advenimiento del militarismo una sociedad fuertemente estructurada por la moral cívica. Faltaba la concepción rigurosa del deber civil, el sentido de la función legal como expresión de gobierno, la energía rebelde y no obstante, firme, que permite llegar hasta el sacrificio por una doctrina constitucional, la grandeza espiritual necesaria para defender el principio de la libertad. Cada hombre tenía seguramente una moral o se la creaba a su antojo según su naturaleza y conforme a las circunstancias. En la confusión todos se volvieron traficantes y cada cual contempló sus propios intereses. En Chile la dignidad civil estaba entregada a los hombres públicos. Eran ellos los depositarios de eso que se denomina un «tesoro sagrado». Hemos visto para bochorno de las generaciones jóvenes cómo desde Septiembre de 1924 se invirtieron los caudales de ese tesoro...

Muchos hombres públicos han protestado ahora de la acusación de haber sido cómplices directos o indirectos de las ambiciones del dictador. Es este un exceso de escrupulosidad histórica. No se puede tomar en cuenta esa protesta postrera, puesto que no existe la protesta anterior al encimamiento de la tiranía. Si callaron entonces, cuando el deber les imponía hablar alto y recio, puesto que eran hombres

públicos, jefes de partidos o de grupos electorales, mal pueden justificarse ahora que el mal está cumplido con la mansedumbre y el silencio de la gran mayoría. Diciéndose herederos o continuadores de los principios constitucionales que se supone deben ser sagrados en los hombres públicos, no trepidaron en amparar y tolerar su quebrantamiento y su ruina. Esto prueba que se movían exclusivamente por intereses de inferior cuantía material. Lo importante, lo urgente, era cambiar una combinación política por otra y para ello buscaron todos los recursos fuera de la constitución, hasta dar de manos a boca, con el militarismo.

El silencio fué la característica de nuestra vida social y política, en el quinquenio tiránico. Un país que había levantado su voz estridente en el período 1918-1924, que se había echado a la calle ebrio de regocijo y de esperanza, calló de pronto, sumiso y acobardado. Se sentía sin duda tímido y débil. Quizá, sin esa conciencia moral que permite a los pueblos levantarse de sobre sus propias y míseras derrotas... Acababa de surgir el mando... Otra vez el «peso de la noche». Otra vez el caballazo, única forma de autoridad con la que era posible gobernar este amasijo de sensaciones y de caprichos. En el interior los hombres hacían crujir sus arterias rebeldes. Ya en la calle se sometían al destino... Las esquinas se llenaban de murmuradores; las plazas rebosaban de gente descontenta. Pero nadie alzaba la voz. Muchos lo habían querido así... y ahora la realidad los aplastaba con su carga y con su yugo... Grupos compactos corrían hacia la Moneda... hacia la pitanza, olvidados de todo, de la libertad, de la dignidad, de la rebeldía. Es curioso que el dictador que tenía escasa cultura y que carecía de la visión del gobernante, se diera cuenta de que el silencio y la mansedumbre iban a convertirse en los mejores aliados de su desastroso gobierno. Para Zapiola, en 1830, era un dogma esta mansedumbre pro-

verbial de los chilenos... Pero entonces cien años de vida republicana no habían bastado para libertarnos de ese conformismo funesto que puede ser en la apariencia instinto de orden, pero que en ningún caso, dignifica a un pueblo que lo sufre?

UN PEQUEÑO BALANCE.

Veamos en todo caso, como la inconsecuencia civil pedía el mando, es decir, el caballazo, sin medir los duros resultados futuros. A comienzos de 1924, las revistas ilustradas de la capital publicaron caricaturas y dibujos alegóricos cuyas leyendas pedían para el país un *Primo de Rivera*. «Lo que aquí hace falta—decían—es un *Primo de Rivera*». Cuando el General Altamirano se apoderó del mando, turbas de irresponsables lo aclamaron en las calles al grito de: «Viva el Primo Rivera chileno»... Como carecían de dignidad civil no comprendieron que lo que aclamaban en ese momento era el comienzo de la tiranía. Por lo demás, esos grupos representaban la oposición al gobierno civil de Alessandri. Altamirano simbolizaba la reacción oligárquica y conservadora; el desquite de una casta social que había sido desposeída del gobierno por el impulso revolucionario, de tendencia popular que representaban Alessandri y sus partidarios. Recuérdese que las oligarquías conservadoras, que no pueden transigir con los gobiernos populares, obligadas a abandonar el poder que han manejado durante siglos, no se resignan jamás a esa pérdida. En muchos casos sus represiones son violentas; pero en los países de conformismo y de mansedumbre, los métodos de recaptación del poder, asumen formas oscuras y sutiles, propagandas tenaces y sabias, programas de oposición cuyo tono sube lentamente hasta adquirir un acento de áspera y enconada violencia.

La revolución pacífica del año 20 hace comprender

mejor la reacción conservadora del año 24, destruída a su vez por el golpe revolucionario liberal del 23 de Enero de 1925 el cual fué malogrado más tarde en su idealidad por la dictadura de Ibáñez. El período 20-24 es la crisis transitoria del parlamento. El ejecutivo no es más que un prisionero de los grupos parlamentarios, cuya prepotencia impide gobernar. Un portero de Intendencia o un oficial de Registro Civil, bastan para derribar un gabinete. Un diputado con influencia en los bandos electorales es más poderoso que el Presidente. Los jefecitos políticos dividen a las mayorías, según sus intereses personales. Los partidos están anarquizados, fragmentados. Se han llenado de traficantes, de tráfugas, de gente servil, venal, abyecta. No hay para estos otra consigna que el vientre. Las voces altas que señalan el camino del peligro, son prontamente acalladas por la parlería hueca. El Senado que es el reducto de la oligarquía conservadora inicia una oposición violenta; pero a despecho de ella se logra avanzar en la legislación social hasta un límite no conocido. Las leyes relativamente audaces de hoy son el producto de esa etapa política. Los parlamentos anteriores a ese período, tan entregados como este a la componenda y al griterío, viven en paz o favorecidos por el silencio de la opinión que aun duerme. Ese silencio permite la complicidad y el libre desenvolvimiento a los grandes gestores que nadie acusa. La legislación avanza en carreta de dos ruedas. Tan lentamente avanza que al tocar en 1911, en el gobierno de Barros Luco, una conspiración militar contra el parlamento, inicia el primer gesto que culminará en 1924. Pero la opinión está entonces tan muerta o es tan insensible que no alcanza a darse cuenta del hecho... En 1924 todos los intereses sociales y económicos están en pugna con la evolución social: la oligarquía, las industrias, la iglesia, la clase media enriquecida a la que el impulso del año 20 ha

dado una conciencia de que antes carecía. Está ciega como siempre, en su pasividad, en ese equilibrio que la condena a tender los brazos hacia lo alto sin poder zafar los pies del origen... Cuando la espada de Almirano brilla en el hemiciclo de las cámaras, se produce de nuevo el silencio. Esta vez, pesado, denso, cobarde, oleoso. Un silencio de fuga, de afrenta, de bochorno. El silencio de la materia a la que no puede galvanizar ni un solo latido ideal, ni una sola brizna de conciencia cívica. Toda la masa está igual, lo mismo la aristocracia que la democracia, sumida en el marasmo, en la inercia, en la torpeza del sueño digestivo. Primo de Rivera ha hecho escuela y la imitación que es condición indo-española, en los vicios más que en las virtudes, empuja al país maniatado a la ciénaga de la dictadura en donde va a chapotear, cinco años con la complicidad y el silencio de la mayoría: pueblo, clase media, aristocracia... Salvo protestas aisladas, el país se somete al crimen constitucional. No se yergue, no toma posiciones. No se revela. Le dan un molde y en él encaja. Cree que el bullicio parlamentario que es la exuberancia irreflexiva de un conglomerado político que llega en cuerpo al parlamento, es la ruina del país... Por todas partes se cree ver fantasmas: el comunismo, la revuelta. Es decir, la influencia de la post-guerra sobre América; el término del letargo de la masas populares, galvanizadas por una racha nueva. Sin embargo, la insensibilidad de la opinión había concurrido a tormar ese congreso y era tal la insensibilidad que antes no le importó que el parlamento fuera todo de una casta social y después que lo fuera de todas las castas. Para esa opinión no existían los vicios del régimen, las anomalías y los órganos inservibles que hubieran podido cambiarse o modificarse. El recrudecimiento del sentido de crítica de la opinión, que es una de las características de ese período, crea formidables descontentos. Las frac-

ciones conservadoras y plutocráticas y las fracciones políticas personalistas, de tendencia aristocrática, supieron aprovechar los gérmenes del descontento, en beneficio propio y colaboraron en la preparación del pronunciamiento militar que andando el tiempo, debía por la fatalidad de los hechos históricos, convertirse en tiranía y volverse contra los mismos que la habían ayudado a generarse.

TOLERANCIA Y SERVILISMO.

Pero hay todavía más, en treinta años de desborde parlamentario. La moral política oportunista que sirvió de base a nuestra vida social y económica, creó la tolerancia y el servilismo en las pasiones. Tolerancia para las culpas del bando triunfante, intolerancia para las realidades del bando vencido. A su vez, cuando cambiaba la tabla de los valores políticos, se cambiaban las tolerancias y las intolerancias y el juego modificaba poco, a poco, la estructura de la colectividad. De este fluir y refluir de las intemperancias y de los rencores políticos, de las ambiciones y de la deslealtad, surgió una generación escéptica, amargada, impotente, vencida por la corrupción. Una generación que pasó de prisa o saltó la madurez y fué a caer en el borde de la ciénaga. Como no teníamos sino ideales utilitarios, por delante y una fe incierta y confusa que no podíamos apoyar en nada concreto, puesto que cambiaba constantemente el panorama de la vida política, según que la acción del dinero en los comicios electorales fuera intensa o débil quedamos en medio del camino, ciegos y desorientados. Los horizontes se poblaban de estridencias y de angustias y como carecíamos del don de la reflexión—olvido criminal de la escuela—que es el signo poderoso de la vida interior, descubrimos que el materialismo era lo único que podía mitigar nuestro desaliento. Habíamos crecido y nos ha-

bíamos educado en el espectáculo de los grupos que mudaban de opinión y de doctrina. Al día siguiente de los triunfos electorales, muchos vencidos de la víspera, corrían a cobijarse, con torpe inconsciencia, bajo las tiendas que habían atacado en la jornada anterior. Buscaban la tibieza del oportunismo, el marasmo de la complicidad y de la tolerancia. Los odios se mantenían ocultos, con el arma al brazo y cuando de nuevo las luchas encendían las pasiones, los mismos grupos de otra época, regresaban salmodiando el *mea culpa*, al campo que habían abandonado. Familias enteras participaban en este trasvasijamiento y trasladaban amontonados sus odios y sus miserias. Las tribus se aliaban o se combatían, según los intereses del clan. A veces reflataban viejos rencores de familia; odios que trepaban desde los osarios olvidados y se plantaban vivos en el presente, sacudido por la renovación superficial de las ideas políticas. En muchas ocasiones, el secreto de las combinaciones y descomposiciones de los cuadros políticos se encuentra en el fondo de antiguas pasiones, que se transmiten en silencio, de padres a hijos. No es extraño que en países de estructura conservadora, los «muertos maten a los vivos» o los «muertos manden»...

LOS PRIMEROS SIGNOS.

En el momento de la aparición de Ibáñez todo o casi todo el poder político en Chile, se encontraba en ruinas. La corta dictadura militar de Altamirano, demostró que no había energía civil, puesto que muchos políticos y juristas de los llamados «hombres públicos» defensores de la Constitución, llegaron sudorosos y emocionados a inclinarse a los pies del dictador. Lo habían arrojado todo por la borda, y buscaban el regazo tibio. Tuvo un mérito Altamirano; el de dejarse combatir. Pero es que carecía de astucia y temía a una porción de la oficialidad del Ejército que lo

amenazaba con pedirle cuenta estrecha de sus actos. Por su parte la oligarquía triunfante no creyó del caso restringir con demasiada estrictez la libertad de prensa. Pensaba quizá hacerlo más adelante, cuando la máquina administrativa estuviera montada. Todo eso falló cuatro meses más tarde, con el golpe del 23 de Enero.

En cambio Ibáñez cerró de inmediato todas las puertas de salida. Algo había aprendido antes de apoderarse del mando él, o los que lo acompañaban. El hecho es que sobrepasó en astucia al otro. Liquidó rápidamente a los oficiales indóciles que lo habían ayudado a subir; halagó a unos, infló a otros, golpeó en la sombra a los pocos políticos rebeldes que se le oponían; se valió de otros, venales, para anarquizar los restos de partidos que subsistían después del derrumbe del 5 de Septiembre, llamó andando el tiempo, a los moralmente irresponsables para que le ayudaran a sembrar la discordia y el terror; con unas cuantas medidas rápidas y depuradoras, crueles e injustas, muchas de ellas, ensayadas desde los primeros momentos, se dió aires de regenerador y de moralista, deslumbró a las masas ignorantes y logró en poco tiempo hacerse dueño de la situación. Además ¿no había sido encimado por todos? ¿No habían concurrido casi todos a su exaltación? Unos por instinto de conservación, otros por satisfacer venganzas y la mayoría para evitar represalias, colaboraron o se entregaron a él. Por perspicacia o por lo que sea, comprendió que había que proceder rápidamente en el primer tiempo y así lo hizo, con el aplauso de gran parte de la opinión. Chile es un país que teme a la autoridad, cualquiera que ella sea. Es, además, un país ávido de contemplar sanciones. Nunca se han ejercitado contra los delincuentes políticos, contra los magistrados corrompidos, contra los maestros alcohólicos y tabernarios o que viven amancebados, contra los hombres en fin, que gozan

de alguna influencia social o política y pueden por tanto, quedar impunes. Nunca la opinión sabe a que atenerse, respecto de la conducta de los hombres públicos, pues la prensa prefiere callar. En este punto, las sanciones justas o injustas que aplicó el gobierno en el primer tiempo, hicieron profunda impresión en la opinión, especialmente en provincia. También es cierto que sirvieron para mostrar el alma versátil y cruel de la masa social.

Ibáñez fué ensalzado hasta el ditirambo irreflexivo, para ser, en la caída, destrozado hasta lo minucioso. Cuando mantenía el poder, contra todos, valiéndose de las peores armas, le cantaban loas. Cuando fué expulsado del gobierno, mostraron su verdadera personalidad. No hay sentido de las proporciones. Se fabrican héroes y hombres públicos a la medida de los intereses en juego. Genios de un día. Cerebros harapientos pasan a ser potencias políticas o financieras o literarias. Y las avellanas se convierten en montañas. La opinión nunca sabe a que atenerse; por lo mismo se levantan mediocridades a la categoría de hombres públicos que al igual de los globos de goma, el más leve pinchazo desinfla y deja convertidos en ridículos hollejos... La dictadura humilló la dignidad humana del chileno y destrozó las instituciones. Sin embargo, la prensa callaba. La dictadura despilfarró la mayor parte de los dineros públicos y el país soportaba en mansedumbre, la afrenta de que le arrancaran a pedazos sus miserables vestiduras. Estaba ya desnudo y continuaba en silencio. La piel comenzaba a caérsele a pedazos y persistía en su inercia estúpida. La lección es dura, cruel, bochornosa; pero es preciso aprovecharla.

POLITICA Y SOCIEDAD.

Los partidos políticos que son los instrumentos de que se vale la opinión para sentirse dignificada, clau-

dicaron en un silencio y una pasividad turbios. Con ellos claudicó la sociedad entera; el poder judicial, las cámaras, la prensa, los maestros. Con el espejuelo del comunismo, Ibáñez ganó la frontera aristocrática y la de la clase media enriquecida que aspira a confundirse con la aristocracia. Esa clase media se mantuvo insensible, enteramente materializada y con los ojos puestos en la clase superior. La oligarquía no dió un solo grito de rebeldía durante la dictadura. Se dice que ha fundado la república. Pero el hecho es que no supo defenderla de la voracidad del gobierno de fuerza. Que uno u otro miembro de ella hayan protestado individualmente, carece de importancia. Estaba entregada a sus placeres egoístas y eso le bastaba.

Las sociedades ávidas de placer, preocupadas únicamente del goce físico, no se conmueven con los gobiernos de fuerza. Les basta sentirse seguras en sus intereses. Cuando las realidades económicas, brutales, se levantan para indicarles que ha sonado la hora del peligro, entonces reaccionan. Históricamente una dictadura militar, propende al placer y a la anarquía moral. Si opera sobre un país en crisis política y moral, le es más fácil mantenerse porque al mismo tiempo que oprime con impuestos a todo el pueblo, amparada en el orden policial y encadenado el derecho de crítica y de fiscalización, contrata empréstitos ingentes que los derrocha a manos llenas a fin de crear una atmósfera de bienestar que se traduce en obras públicas fastuosas y en formidables burocracias magníficamente rentadas. La verdadera víctima de todas las dictaduras, es siempre el pueblo, la masa pobre, los grupos de la clase media desamparada, pequeños empleados, que gimen bajo la general abyección moral que lo envilece todo, desde el obrero acobardado por la tiranía hasta el hombre de mayor cultura el cual debe moverse entre intrigas y delaciones. Una legión de parásitos pulula diariamente en torno al gobernante; le-

gión abyecta, que vive del dinero fiscal y lo derrocha en estúpidas orgías. El período de Ibáñez se caracteriza por una exasperación del goce físico. Parecía un país de estupenda riqueza, pero todo se hacía con dinero ajeno que hoy es necesario pagar. Es decir que esta sociedad que guardó silencio durante cinco años, está obligada a cargar con las culpas de un gobierno que carecía de autoridad moral.

Porque en todas las revoluciones históricas concurren a provocarlas, dos factores: uno ideal que persigue la depuración y con ello la moralidad de sus servidores y otro material que si no encuentra un poderoso freno moral, acaba por ahogarlo en medio de una ola de abuso y de sensualismo. El primero puede subsistir un tiempo, pero el segundo lo aplasta luego, con la creación de un gran cuadro burocrático, civil y militar. Fué sin duda, nuestro caso. Para mantener el principio, eliminados los pocos hombres libres y peligrosos, se creó un ejército de empleados de todas las clases sociales, con grandes sueldos, que al mismo tiempo que mejoraron su condición económica se convirtieron en sostenedores incondicionales del régimen. Y surgió así, una pequeña oligarquía burocrática, entre el subir y bajar de los altos personajes que el dictador atraía o eliminaba según la resistencia o la fuerza de las intrigas palaciegas. Hombres astutos y atrevidos se treparon en medio de la confusión, manteniendo una prepotencia desorbitada en el gobierno. Al amparo de esta oligarquía burocrática se formó una red apretada de negocios, cuyo centro lo constituían las obras públicas que se emprendían y los grandes y nuevos organismos que se creaban en medio de gastos fabulosos y de deudas enormes contraídos para calmar la fiebre de goce de los sostenedores del régimen.

En las burocracias parasitarias del tipo de la que creó la dictadura chilena, surgió, además, un comercio de

lujo que se desinfló en cuanto las finanzas dieron de bruces con la espantable realidad económica. Con los grandes sueldos que eran lo corriente, aparecieron innumerables casas de artículos suntuarios que hoy están amenazadas de quiebra, puesto que desaparecieron los sueldos que le daban vida. Automóviles suntuosos y pieles riquísimas constituían la decoración de la dictadura. Pero no se pagaban o se pagaban tarde. Grandes rascacielos ordenados por la demencia de los áulicos, quedaron sin terminar como una muestra del vacío moral de sus propulsores. Mientras la casta social de los nuevos ricos creados por la dictadura y para los cuales no existía la norma de una función administrativa o política, puesto que todo estaba supeditado a la mayor o menor cantidad de metálico de que se disponía, gozaba de la vida y del favor del gobierno, otra casta oscura y miserable, sin deseos satisfechos, sin serenidad para juzgar a causa del hambre, sin más ética que el pesimismo y el descontento, vibraba sordamente en el subsuelo social. Esa era la casta del grillete, la casta que se acusaba de comunista y disolvente y sobre la que cruzaban y volvían a cruzar, los automóviles de los nuevos ricos y de los burócratas, mezclados con los de la oligarquía indiferente. La prostitución arreciaba asimismo. Porque las dictaduras la fomentan, puesto que el aumento del lujo sin grandes sacrificios para adquirirlo da origen a la emulación que a su vez se obstina por alcanzar el mismo resultado de las favoritas a costa de la dignidad y de los últimos escrúpulos.

Pero ¿quienes formaban la clase directora de la dictadura?

Aristócratas ociosos y derrochadores que se entregaron a ella por un obscuro instinto de conservación, comerciantes y contratistas sin escrúpulos que se enriquecieron a costa del Estado; negociantes o industriales que lucraron al amparo de las influencias; hacen-

distas que especularon con la hacienda pública; altos burócratas que percibían grandes sueldos y que utilizaron su influencia para proteger a sus favoritos o correligionarios; políticos del régimen parlamentario, jefes de partidos o caciques que lo abandonaron todo a fin de gozar de la tibieza del gobierno, sin importarles un ardite la doctrina o los principios; bandas de políticos venales que flotan en todos los gobiernos y entre los cuales se reclutan agentes o gestores menudos cuyas ramificaciones alcanzan hasta las más distantes provincias; vividores convertidos en periodistas o periodistas sin cultura; maestros sin dignidad moral, hambrientos de popularidad o de dinero. Y luego una legión de espías y delatores que fué reclutada en todas las clases sociales, pues el espionaje debía extender sus tentáculos viscosos lo mismo a los salones aristocráticos que a los tugurios sórdidos; a las instituciones armadas como a las oficinas públicas, a los colegios y universidades como a las cantinas y casas de prostitución. En todo sitio, en fin, en donde el hombre busca la compañía de sus semejantes o la ilusión del olvido...

ENVILECIMIENTO.

Sólo al precio del envilecimiento de un país puede mantenerse algunos años una dictadura desorientada. Los desastres económicos que provoca son al fin y al cabo, pasajeros. Los organismos funcionales de la economía de un Estado se reintegran lentamente a sus virtudes específicas, los resortes vuelven a su centro y el individuo o las sociedades acaban por adaptarse a nuevas e imperiosas formas de subsistencia. La capacidad de sacrificio para afrontar pruebas duras, es siempre fuerte en las sociedades. En cambio los males que derivan de la depresión del espíritu y de la descomposición moral, cruzan largos estadios de las

generaciones hacia el futuro, imprimen en ellas el cansancio y el pesimismo, la duda roedora, el desequilibrio interior, la sordidez de pensamiento, la bajeza en las pasiones y ciegan la visión para las grandes empresas de la inteligencia. Una generación educada en la sospecha que es el espionaje, en el servilismo y en la delación, constituye el más espantoso de los males. Es la muerte lenta del espíritu, el olvido de los deberes, el desprecio por el sacrificio que es la voluntad del heroísmo para no naufragar y por lo tanto, grandeza en las adversidades. Es preciso no olvidar que las dictaduras entran a saco en la vida privada, y lo que es más innoble llegan hasta a quebrantar lo que de más puro existe en las relaciones de los individuos; la amistad. Una dictadura lo descompone todo, lo deprime todo. Quiebra la voluntad de los hombres, los envilece, los convierte en instrumentos activos o pasivos de las ambiciones de un grupo. Les ordena mentir y mienten; les ordena violar y violan; les ordena matar y matan. Insensiblemente los individuos se conforman, se adaptan a todas las situaciones, aun a las más abyectas. Llegan a no discernir la justicia de la injusticia y terminan por creer en su propia mentira.

En un estado eminentemente policial como era el nuestro, hasta hace poco, en un estado de fuerza, todos recelaban de todos. Huíamos de las confidencias, sospechábamos de todo sentimiento, estábamos siempre en guardia, torvos y desconfiados. El espionaje había sido erigido en sistema; las amistades más viejas se destruían y hasta en el amor, la presión infecta dejaba su huella vergonzosa. Parecía que las ideas se pudrían antes de convertirse en palabras, y, en ocasiones, las miradas más insignificantes cobraban un relieve singular. Toda la masa vivía con la conciencia de una catástrofe próxima. ¿Cuándo acabará esto?... se preguntaban desde hacía tiempo, los

ojos desconocidos que se reconocían en la desgracia, los pensamientos invisibles de los que cruzaban por las calles sus existencias desorientadas. El país vivía sobre el equívoco y la mentira. Las vidas más puras estaban a merced de los odios o de las antipatías de los sicarios de la dictadura. Nadie podía pronunciar una palabra libre. Nadie tenía seguridad en el mañana. A nadie le era permitido creer en los afectos. Cuando en un grupo alguien pronunciaba una palabra audaz, todos volvían la cabeza temerosos, como si adivinaran la existencia de un peligro. Temían por ellos y por el atrevido. A veces en las comidas más íntimas caían bruscos silencios de expectación. La atmósfera se helaba, los pensamientos se escurrían solapados, al modo de reptiles. Huían del peligro, pues las casas estaban también infestadas de espías y delatores. Hombres y mujeres que tenían un nombre que respetar, rodaron complacidos por el fango que les ofreció la dictadura. Se convirtieron en espías de sus amigos y amigas, por una mísera soldada.

Para prolongar por un tiempo su insolvencia moral e intelectual, el gobierno dictatorial hubo de recurrir a los más absurdos expedientes, gastando sumas ingentes del presupuesto fiscal a fin de mantener a esa legión, que al modo de las hormigas que suben y bajan por un tronco carcomido, pululababa a lo largo del país. Suprimido y aherrojados todos los derechos, encadenada la prensa, corrompidos por el servilismo y el adulo todos los poderes funcionales del país, acobardados los hombres por las prisiones, destierros y flagelaciones que se cumplían al capricho de los instrumentos de la dictadura, le fué fácil al gobierno abandonar todo escrúpulo y buscar a los más dóciles para su colaboración. En ningún período de nuestra historia, un gobierno encimó mayor número de medianías y se burló con más saña de la mansa opinión. Recuérdesse como una muestra, entre otras, la burda co-

media del atentado del puente Maipo que sirvió para ejercitar crueles represalias contra los enemigos del régimen y para entonar la moral vacilante de muchos de los partidarios del gobierno que empezaban ya a dudar. . . . Un escritor ruso—Herzen—ha escrito de un periodo de la vida rusa, lo siguiente que es el retrato de nuestro ambiente social, en los días de la dictadura: «Reinaba un ambiente de inercia y de silencio; todo era irresponsable, inhumano, desesperante y extraordinariamente prosaico, estúpido y superficial. Cuando se buscaba la simpatía, se encontraba siempre una amenaza de lacayo, el pavor, la incompreensión y el disgusto, y a veces, hasta la ofensa».

AUTORIDAD MORAL

Era nuestro caso. El abandono de la cultura y de la sensibilidad trajo todos estos desmanes morales. Sobre un estado económico en desorden, un eclipse moral de duración angustiosa. Los pueblos se miden por su grandeza cívica y espiritual. El gobierno dictatorial mantenía una apariencia de orden, pero había vejado y ultrajado la dignidad humana. Era orden policial no orden moral. Para mantenerlo necesitaba de la fuerza, de deportaciones y flagelaciones. Imponía silencio y quietud a palos o a culatazos. Un Estado que olvida la ley es una torrentera de apetitos. Por lo mismo buscaba las medianías y amordazaba la oposición. Porque la voracidad no puede tolerar las formas legales. Recuérdese la caída de Roma, consumida por una burocracia anónima y parasitaria que sostenía a los emperadores absolutistas. Cuando éstos desconocieron la majestad del Senado que era la ley, sobrevino el comienzo del cataclismo. Entre nosotros una moral acomodaticia, variaba según la temperatura fisiológica. Puede, sin duda, pensarse que la descomposición económica del mundo europeo, influyó en

parte sobre nuestra economía. Pero las causas interiores eran más profundas y corrompían el organismo social. La administración de los caudales públicos fué desastrosa y un materialismo agudo constituyó la calidad del régimen. No hay una sola empresa grande de cultura o de espiritualidad que oponga un freno o una compensación al desorbitado sensualismo de ese período. El trazo de obras públicas costosas y suntuarias, halagaba la pupila de los ambiciosos, pero en el orden espiritual, nada se elevaba para demostrar que existía un principio orgánico de cultura o de selección moral. Existía sí, la ley del más audaz y la ley de la intriga. A las funciones administrativas no iban, a menudo, los más capacitados sino los más dóciles, no los más austeros, sino los más aptos para el equívoco y la doblez. De esta suerte, mientras la apariencia sugería la impresión del orden, el subsuelo estaba lleno de tremedales y peligros. Por lo demás es este el mal de las dictaduras, lo mismo en las de hoy que en las de ayer: desprecio del sentimiento fundamental de la dignidad humana; anarquía moral, envilecimiento de los espíritus, jerarquías caprichosas que irritan el sentimiento de justicia latente aun en los pueblos más sumisos. No hay en la tierra un pueblo que pueda obedecer a un gobierno que carece de autoridad moral. Y la autoridad moral está hecha de respeto, de equilibrio interior, de lazos misteriosos que unen al que obedece y al que manda; derecho mágico en el que no se siente la presión sino la armonía. Stuart Mill, escribió hace tiempo estas palabras dignas de meditación constante:

«El valor de un Estado es a la larga el valor de los individuos que lo componen; y un Estado que prefiere a la elevación y a la expansión intelectual de éstos, un remedo de habilidad administrativa en el detalle de los negocios; un Estado que achica a los hombres a fin de que puedan ser en sus manos dóciles instru-

mentos de sus proyectos—aun siendo benéficos—bien pronto se dará cuenta de que no pueden hacerse grandes cosas con hombres pequeños; y que la perfección del mecanismo a la que ha sacrificado todo acabará por no servirle de nada, falto del poder vital que le plugo proscribir para facilitar las funciones de la máquina gubernamental.»

EL MOMENTO.

Las horas álgidas y decisivas que precedieron al 26 de Julio encontraron a la dictadura, vacía, flácida, agotada. Había sonado la hora tantas veces vaticinada por los observadores de nuestro meridiano político y económico. Estaba ya perdido el control y ni aun la fuerza, que constituye el único sostén de estos regímenes, habría podido torcer el camino fatal. No podía remontarse el curso del tiempo para corregir los errores innumerables, ni era posible inspirar confianza y menos hacer volver a las arcas los caudales derrochados. Ya la parte laboriosa e intelectual de la sociedad había levantado la cabeza de la larga humillación; el país entero, aunque tímido todavía, se había puesto de pie y el pueblo se aprestaba para sentir el estímulo que supone la sanción contra los que han burlado las leyes y la confianza pública y han malgastado el patrimonio que pertenece a todos los ciudadanos. Y así en medio de la demencia sanguinaria que es el último latido de todas las dictaduras, se desplomó sobre sí misma. Entre la noche y el alba de un día luminoso, ganó apresuradamente la frontera. Detrás de ella quedaban el desorden, la miseria harapienta de miles de hombres, el descontento, la ruina moral; una deuda monstruosa para la capacidad financiera del país, un fermento oscuro y latente de fuerzas contradictorias, la confusión administrativa, la ilegalidad erigida en ley, y la voluntad intermitente de un pueblo para exigir sanciones.

El carácter chileno olvida fácilmente las experiencias por duras que sean. Se recobra a la mañana siguiente de las hecatombes, amanece como el ebrio que ha derrochado su dinero y el de los amigos, la noche anterior en alegres orgías y se promete una vida futura de arrepentimiento. Y a la tarde suele volver al sitio de la francachela como si nada hubiera ocurrido. . . . Pero la larga prueba fué dolorosa en extremo. No debe olvidarse con la experiencia de los últimos años, que la violencia que una clase quiere ejercer sobre otra, rebota, por una ley universal aun no desmentida, sobre ella misma, al modo de una servidumbre o de una abyección que todo lo descompone. Han caducado los partidos o han envejecido. Su renovación es imperiosa. Porque no hay únicamente una desorientación política en el fondo de esta etapa que empezamos a vivir; hay también una desorientación del espíritu, producida por el choque de dos culturas. Tanto como decir, conflicto entre el hombre abstracto y el hombre real. Un fenómeno existe de profundidad temerosa y acerca del que nunca será vano insistir: y es que las dictaduras no son propicias al desenvolvimiento de la cultura. Son en cambio, fértiles en sorpresas, porque acumulan bajo la presión material y el orden rígido, fuerzas nuevas que esperan su hora. Los instrumentos de captación de la vieja cultura, han hecho crisis, porque son incapaces de sentir o de ver los elementos vivos de una época que las necesidades económicas y los rudos análisis sociales, incorporan en la vida de un pueblo. Como ha expresado un pensador, la cultura está hecha para la vida real y no puede desprenderse de ella, puesto que no es el patrimonio exclusivo de la «élite» que la ha creado, sino un bien común. Su función consiste en dar al tono y mantener erguida la fuerza de los valores sociales. En la misma ansiedad e inquietud del hombre joven existe una censura amarga contra la vieja cultura tradicional que no le pro-

porciona los elementos necesarios para penetrar en la transformación audaz del tiempo presente. Suponer que la cultura sirve tan sólo para las veleidades espirituales o para mecer la nostalgia brumosa de algunos eclécticos, es pensar con prescindencia de la realidad. Este mismo aspecto negativo de la cultura, que según el orden nuevo, debe ser seguridad, comprensión, estímulo para perseguir un tipo de humanidad depurada y energía para dominar los fenómenos cotidianos y establecer relaciones estrechas con los sucesos que sobrevienen bruscamente, lo encontramos en las direcciones políticas. Chile presenta hoy el cuadro de un país políticamente desorientado. En cada sector de la colectividad hay un grupo que aspira a tener en su mano el sentido de la realidad social. Pero muchos de ellos, la mayoría, no representan sino supervivencias de viejas ideologías doctrinarias, en crisis o en falencia, aun no remozadas por la dura realidad de los hechos.

La desorganización de nuestro panorama político y las vacilaciones y aun el salto atrás que se advierte en sus hombres más representativos, proviene de un estado de temor frente a la realidad económica y social. En literatura existe un fenómeno semejante, en el escritor que ha quedado atrás en la evolución y que se siente tímido y acobardado con el pensamiento y la energía conceptual de los nuevos caminos estéticos. Finge despreciarlos. De ordinario es incomprensión o ignorancia. La realidad franquea su secreto o su intimidad a todo el que se atreva a encararla con el corazón dispuesto y firme. Los fenómenos sociales tienen su mecánica y su ética. Después de una dictadura, todo queda en desorden y en ruinas. Pero no queda todo como antes ni puede volverse al punto de partida, puesto que el camino de las ideas es siempre misterioso. Puede parecer que conservan la forma, pero en su avance inexorable saben adaptarse

con plasticidad maravillosa a las exigencias del minuto que atraviesan. Y en la visión del minuto que es proyección hacia el futuro, descansa la obra verdadera y eficaz de los políticos.

Al materialismo sin grandeza, del período pasado, hay que procurar la exaltación de un período de reconstrucción espiritual que dignifique la personalidad humana. Chile es un país irónico y descontentadizo. Su burla es inmóvil y penetrante. Siempre quiere nivelar y desconoce los méritos. Su espíritu crítico es negativo; tiene mala memoria y su desconfianza cazarra hiela los mejores intentos. Hay por delante una tarea ineludible de afirmación, de saneamiento, de revaluación de las posibilidades y excelencias de que está llena nuestra raza.

Max Jara.

DESDE AQUELLA PRIMERA MUJER...

*Desde aquella primera mujer que poseiste,
juventud, te tornaste pensativa y doliente,
y aunque tal vez hoy día ha tiempo que no existe,
vas sintiendo su beso desmayado en la frente.*

*Los blancos llamamientos de sus brazos, tendidos,
la ávida voluntad de su seno vibrante,
moldearon a su imagen sus frágiles sentidos:
a su destino mísero mi suerte es semejante.*

*Si voz de esa mujer esta noche cruzara,
se aplacaríá esta ansia de morir en desierto.
¡Olvido de vivir, vibrante en la voz clara
de la sola mujer para la cual no he muerto!*

*Hacia que lejanías vuela mi pensamiento
por el solo recuerdo de aquella mujer única!
¿No os sugiere la tierra, no advertís en el viento
la huella de sus pies, el olor de su túnica?*

CONGOJA DEL ATARDECER...

*Congoja del atardecer,
¿de qué deseo de mujer
vienes a mí?*

*(Con la fe ingenua de la infancia,
llorando están por ti mis ansias,
y te perdí!)*

*Acaso, sobre lecho extraño
la sed de amor, para mi daño,
hoy la empujó;
con la caída de la tarde,
mientras su cuerpo en la entrega arde,
pienso yo.*

*Así queriendo y sin querer,
por sed de amor de una mujer
me conocí
rico en saber sin experiencia.
¿De qué me sirve la conciencia
si te perdí!*

*¿De dónde viene esta congoja?
La tarde es rosa; se deshoja
por que flor es.
Flota en la sombra su fragancia.
Llorando están todas mis ansias
tu desnudez.*

Romain Rolland.

EL "ADIOS AL PASADO" DE ROMAIN ROLLAND

SENSACIONALES DECLARACIONES DEL AUTOR DE «JUAN
CRISTÓBAL»

TRATASE de una suerte de Revelación y de Justificación póstumas del célebre pacifista, por haber escrito su terrible AU DESSUS DE LA MELEE, que le conquistó tantos odios y tantas enemistades gratuitas; y por haber permanecido, él, francés de Borgoña, durante la contienda homicida de hombres y de pueblos, «Au dessus de la mêlée».

La colaboración que va a leerse, es de lectura fácil y apasionante, por el tono profundo de sus páginas—como bañadas en sangre—, por su acento humano y dolorido de alta justicia,—acento magno de sinfonía—, y por los datos inéditos sobre las responsabilidades y sobre los grandes culpables, y sobre los horribles crímenes de la pasada guerra. «Ave Caesar, morituri te salutan (Ave Caesar, los que quieren vivir te saludan...)

Sólo un espíritu de la grandeza infinita de Romain Rolland,—un auténtico AMICUS HUMANI GENERIS—era capaz de atreverse a revelar URBI ET ORBI lo que ningún hijo de Galia, lo que ningún europeo, había osado decir hasta ahora.

Léanse estos capítulos de las memorias inéditas de esta vida Ejemplar, como Testamento y Confesión de la figura más pura de Europa. El, el atacado, el combatido, ataca y combate a su vez, con mano enhiesta, rompiendo lanzas contra hombres e ideas de su tiempo. Se trata de salvar el Espíritu. Y en la ruda ofensiva, él asume todas sus responsabilidades.—París, Julio 1931.—CARLOS DEAMBROSIS-MARTINS.

Estas páginas han sido escritas en ocasión de las ediciones extranjeras de mis libros de artículos durante la guerra: *Au dessus de la Mêlée* y *Los Precursores*. Pero, escribiéndolas fuí inducido a repasar en mi espíritu el camino que había recorrido, no tan sólo durante la guerra, sino después—de 1914 a 1931. Mis reflexiones se organizaron en un capítulo que tomará probablemente su lugar en un libro de *Confesiones* (saldrá después de mi muerte), que intitulo: *El Viaje Interior*.

El fragmento que publico hoy constituye la primera parte del capítulo, la que va de 1914 a 1919. Que se me disculpe el tono demasiado personal. Pero debe recordarse que se trata de una *Introducción* a un libro que presenta y explica su autor. Y en segundo lugar, el tema no es un juego. El tema, para el autor, fué un combate. He sido atacado. Ataco. Y asumo mis responsabilidades.

R. R.

RECIENEMENTE he tenido que volver a leer la doble serie de artículos escritos entre los años de 1914 y de 1919 que se han reunido con dos títulos diferentes: *Au-dessus de la Mêlée* y *Los Precursores* aunque forman una misma serie de pensamientos que son actos y que, como tales, removieron las pasiones de la época. He recorrido, también, mi *Diario* de aquel tiempo, cuyos treinta cuadernos inéditos encierran una documentación y una meditación continuas, formando el comentario de los artículos y la clave del drama interior. Salgo de allí como de un rudo viaje de larga duración, que no ha terminado con la guerra sino que continúa desde hace diez y siete años.

¡Ah! casi no se lo figuran los que, habiendo perdido mis huellas en 1914 creen haberseme reunido, cuando al cabo de diez y siete años llegan por fin al punto de donde yo partí cuando escribía, en Septiembre de

1914, *Au-dessus de la Mêlée!* Eso no era más que el principio de una marcha sin descanso, durante la cual he sembrado mi camino de prejuicios arrancados de ilusiones despojadas, de amistades barridas... ¡Y no he llegado al fin! Cuando llega uno se encuentra completamente desnudo.

Algún día contaré, si tengo tiempo, el viaje completo de 1914 a 1930. Es una Confesión en la que podrá contemplarse toda la generación de una clase de Occidente que va a terminar esa burguesía gobernante cuya putrefacta ideología habremos contribuído a destruir para dejar sitio a los retoños jóvenes y vigorosos de un mundo nuevo. Pero, por hoy, me limito a volver a trazar el movimiento del espíritu que evolucionó durante los cuatro años de la guerra. Puesto que alguien ha dicho que «el principio es más de la mitad». Por muy tímidos que nos parezcan después los primeros pasos, son ellos los que han decidido todo lo que sigue. La suerte está echada. ¡Anda! Ahora ya no se te permite que te pares....

¡El hombre que se puso en camino en los primeros días de Agosto de 1914, no podía prever todo lo que iba a dejar y todo lo que iba a encontrar, los horizontes perdidos y los horizontes abiertos! ¡El viajero venía de lejos!... Viene de aquella vieja burguesía francesa, de las viejas provincias francesas, nutrida con la doble religión laica de la Patria y de la Revolución (¡la única Revolución, la del 89! La burguesía francesa ignora las anteriores y niega las posteriores. Puesto que la del 89—*la suya*—le ha hecho llegar a la cumbre del Destino, juzga que se ha cumplido el Destino: la Revolución está remachada....)

De estas dos religiones, unidas bajo el cañón de Valmy, al canto de la *Marsellesa*, la una, la Patria, acababa, en su infancia, de templar de nuevo sus energías cansadas, en el baño de sangre de 1870. Tenía su altar en la estatua, velada, de Estrasburgo, de la plaza

de la Concordia. Tenía sus letanías en las que a diario se salmodiaba la palabra *Desquite*. La otra, la República, estaba, desde el presidente Grevy y su yerno Wilson, en sus muebles, rica, rentista y condecorada (Hasta traficaba con sus decoraciones). Era el culto oficial sentado definitivamente en el sillón del Estado, y cuya consagración, fué, en 1889, la apoteosis de la Bastilla tomada, cien años antes, por la gran burguesía, que la había reconstruido como caja de caudales. En la Iglesia de la República había reinado siempre una ordenada confusión. ¡Esto no era de ayer! Hay que recordarlo: la República del 89 ha sido estafada desde el cuchillo de Termidor, por los siniestros aventureros que hicieron el Directorio y por Napoleón I. Pero ha seguido siendo, con perseverancia, método y solemnidad, para los hijos, nietos y biznietos de los Girondinos y de los Jacobinos reconciliados, ante los saqueos y los bienes denominados *nacionales* de aquellos, a quienes habían guillotinado. Ahora que estaban cebados, habían aplastado conscientemente a los *flacos* de la Comuna y se vendían en Panamá. Bien se comprende que con el catecismo cívico enseñado en la diócesis de tales vicarios floreciese el Señor Loyal (leal) y su buen maestro Tartufo! Era yo entonces joven y profesor que tenía que enseñar, en aquellos tiempos *panámicos* los programas de Moral laica y no pude hacerlo más de un año. Pero ¡qué de generaciones han tenido que ingurgitar estos principios adulterados! La mentira de las ideas se ostenta en los muros, con la triple inscripción fatídica: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*. ¡Y, sin embargo, y sin embargo! ¡Cuánta buena gente cree en ello con toda la sencillez de su corazón! Su estrella les había evitado el riesgo de poner, a sus *buenos Dioses*, a prueba. En las épocas tranquilas esa es la suerte ordinaria de la burguesía media que va con su trotecillo, mo-

desta, honrada, trabajadora, encerrada, sin horizontes, sin choques....

Vino el choque sin anunciarse. Fué el choque repentino del *affaire* Dreyfus. Los dos ídolos acoplados, Patria, Revolución se hicieron frente cual dos tigres. Vióse desgarrarse las caretas oficiales y surgir durante un momento los verdaderos rostros de Justicia, Libertad y también de la Fuerza—Las dos fuerzas: la Revolución, el Ejército— por todos lados violencia. El viento de la Verdad, es, para un pueblo que no está acostumbrado a él, peligroso de soportar. Durante algunos meses, Francia deliró ante la ráfaga y pareció que crujía todo; algunos cerebros no se repusieron nunca. Ya no se conseguía poner de acuerdo las fées que habían chocado y ninguna de las dos podía resignarse. Pero como querían vivir y como no tenían fuerza para prolongar hasta el fondo del problema, un acuerdo tácito puso un término aparente a la crisis. Hicieron, sin palabras, un convenio entre los dos ídolos enemigos igualmente disfrazados que sentían la necesidad del apoyo mutuo. Y se le reforzó, agotado por el esfuerzo, en el lecho de plumas del compromiso de ideas. Compromiso de la patria, de la justicia, de la libertad y de la civilización cuyo pabellón cubría los ardides del Dinero, amo de la política, la traición de los tratados secretos que disponían de los pueblos, y el pillaje desvergonzado, por las grandes potencias del resto de la tierra.

Contra este compromiso, nos levantamos un puñado de hombres jóvenes—(entre ellos estaba yo con Peguy)—en los alrededores de 1900. Una embriaguez de pureza y de verdad estoica, desinteresada, abrasaba con su blanco fuego a lo más escogido de Francia, marcado con el sello de Beethoven y de *Resurrección*. Los *Cuadernos de la Quincena* atacaban intrépidamente las mentiras de la política y los crímenes de la civilización. Antes de haber tenido tiempo de es-

coger maduramente entre estas grandes ideas: Patria, Humanidad de que estamos llenos, o de ponerlas de acuerdo, queríamos vengarlas de las profanaciones, arrojar a los mercaderes del templo, y purificar el culto de las dos Diosas Madres que para nosotros eran hermanas. Juan Cristóbal y Peguy alababan con todas sus fuerzas la mística de la acción, la religión heroica de la Vida que se sacrifica por su fe,—sea cual fuere.

Cualquiera que haya bebido en estas fuentes no ha renegado de ellas. Juan Ricardo Bloch en un libro reciente: *Destino del Siglo* (1931), cuenta:

«Toda nuestra adolescencia estuvo sellada con una palabra que era nuestra divisa, nuestra razón de ser, nuestra señal de reunión: Servir... Esta palabra que domina toda la vida espiritual de Tolstoy... Juan Cristóbal ha contribuido con Peguy con la mística de los años *Dreyfusianos* a construir en derredor nuestro una fortaleza de obligaciones humanas y de deberes morales... Nuestro ideal ha sido una servidumbre voluntaria. Lo más grave es que esta lección haya contribuido a convertirnos en 1914, en súbditos consentidores...»

Juan Ricardo, que añade que: «casi el único que se escapó de ese exceso de sumisión fui yo, porque siendo mucho más profundamente *Tolstoliano* había hallado en la otra orilla de la servidumbre, la autonomía y la ardiente soledad de la conciencia religiosa», debo imaginar con que estremecimiento ví en Agosto o Septiembre de 1914 a mis amigos, a mis hermanos jóvenes meterse en el río que Cristóbal había atravesado... ¿No le habían seguido? Sí, le habían seguido y le había faltado tiempo para hacerlos pasar al otro lado... He aquí la noble carta que me escribía el 25 de Agosto de 1914 la madre de uno de ellos, un muchacho de 22 a 23 años, bueno, generoso, encantador, muerto en una de las primeras escaramuzas, en Lo-

rena: «Una bala alemana acaba de matar a nuestro hijo. Antes de su partida me había expresado varias veces su deseo de escribiros. No sé si pudo hacerlo, en el último momento; y en la duda, voy a expresar sus sentimientos y los de varios amigos suyos que acaso hayan muerto también. Toda esta hermosa juventud había hallado en vuestros libros la fuerza y el heroísmo, que el espíritu crítico, tan desarrollado por la educación actual, suele ahogar a menudo. Vuestra obra había formado verdaderos discípulos, elevados por vuestro soplo por encima de las simples realidades de la vida, y habéis contribuido poderosamente a darles ese ardor alegre que les ha permitido marchar valientemente sin enternecerse, viendo lo que dejaban tras ellos. La hermosura de su sacrificio tan generosamente cumplido ayudará a los que los lloran a soportar su muerte, así como los males que esta horrible guerra nos prepara. Yo desearía deciros cuanto os deben y expresar su reconocimiento».

¡Este reconocimiento me destrozó el corazón!....

¡Ah! cuando oía a los Barrés y a los Bourget, extasiarse ante las virtudes del sacrificio que hacía dilatar la guerra, les gritaba, desde el fondo de mi corazón: «Desgraciados! ¡Esas virtudes las habíamos plantado nosotros en el corazón de estos jóvenes héroes! Nosotros somos los que hemos preparado estas víctimas! Pero no eran para vosotros! ¡No eran para vuestra guerra! Vuestra guerra no ha creado nada. Vuestra guerra los ha matado»....

Y esta es la tragedia del hombre que ha escrito *Au-dessus de la Mêlée*....

Esta heroica generación de 1914 la formaban nuestros hermanos jóvenes, nuestros discípulos, nuestros hijos. Nosotros los habíamos formado. Pero no habíamos tenido tiempo de enseñarles el camino. Y no podíamos. Pues ese camino; ¡confesémoslo! no lo co-

nocíamos. Nos habíamos quedado indecisos hasta última hora en el cruce de las rutas.

Hago confesión de toda una época. ¡No trato de disculparme ni de disculpar a los demás! No había uno solo entre nosotros, que en los primeros días de Agosto hubiese resuelto la confusión mortífera entre los dos ideales: patria, humanidad. No queríamos sacrificar ninguno. Nos engañábamos con la quimera de que podían armonizarse. Nosotros—no me refiero sólo a los intelectuales que zumban como moscas. Me refiero a los hombres de acción, a muchos de los cuales he conocido, y los que luego han representado los primeros papeles en el Estado. Y el mismo Jaurès que hasta el último día no se había decidido entre el ideal romano de la nación armada y los pueblos sublevados que se dan la mano.

Ahora bien, de repente se abrió la sima... ¡Escoger!... Ya es demasiado tarde para escoger. La elección está hecha por nosotros. Y el monstruoso pasado devora a lo porvenir.

Yo estaba entonces en Suiza. Salía de un largo sueño que me embriagaba. Las manos del amor en que se apoyaban mis ojos me habían ocultado las nubes que se amontonaban en aquellos meses de Junio y Julio (¡aquél espléndido estío en que se decidía la muerte de Europa!) Cuando se separaron de mí los dedos de la bien amada, la noche se había hecho en el mundo. La guerra estaba declarada.

Necesité tiempo para hallar mi camino en aquellas tinieblas. Y apenas pensé en guiar allí a los demás. No era ese mi papel ¡Quién era yo! un poeta músico, que tenía a veces presentimientos de *lo porvenir*: (desde antes de cumplir los veinte años, había visto venir la gran catástrofe del mundo de Occidente y en más de una de las obras teatrales que en mi juventud escribí, la mayor parte inéditas, aparece esta obsesión). Pero nunca me había ocupado de política.

Si mi hijo *Juan Cristóbal*, el yo de mis treinta años, había hecho de mi nombre sin que yo lo hubiese querido, un punto de reunión, un fuego en la montaña que arde y no sin humo,—si una juventud francesa había buscado en mí un hermano mayor que le sirviese en cierto modo de guía moral y de compañero (sus cartas lo atestiguan)—en cuanto a la acción social me entregaba a las más calificadas: a aquellas tribus socialistas varias de las cuales eran amigas mías y a las que yo estimaba entonces—a aquellos intelectuales libres, los Anatole France, los Mirbeau, quienes a las horas de las tormentas habían dirigido el asalto contra las masas pesadas de la reacción amenazadora,—a aquellos maestros de las Universidades, mis respetados colegas, cuya lúcida inteligencia, así como sus métodos críticos y el culto que profesaban a la verdad, tuve ocasión de conocerlos de cerca (como alumno y luego como encargado de curso en la Escuela Normal Superior y en la Sorbona) y a quienes presté la independencia de espíritu, la razón impávida.

«impavidum ferient ruinæ... »

A tientas en la noche, esperaba, esperaba, que se elevase su voz y me dijese: *¡Por aquí!*

Nada ocurrió, sólo se oyó el ruido de los ejércitos y el canto irrisorio de algunos héroes de salón:

«—¡Allez, enfants de la Patrie!»

Todos habían abdicado y Jaurès había muerto.

Soledad completa. Las primeras semanas de Agosto no fueron más que un diálogo trágico conmigo mismo, un examen de conciencia, un retiro con Dios. Necesitaba comprobar que de nuestras dos Diosas, Patria y Humanidad, la una lo había devorado todo. Y la otra había sido olvidada... ¿Soy yo el único que lo cree aún? Y puesto que ninguno habla, ninguno de sus devotos de la víspera, ¿será necesario que hable yo? ¿Pero qué diré? ¿Con qué derecho?, y ¿quién querrá oírme?... En esto recibo las primeras cartas

de mis amigos que se van a los combates. Todos se alegran, todos se sienten sublevados por la fe en la *Kali* francesa de mil cabezas, la Patria del tiempo pasado y del venidero, de los reyes, de las repúblicas, de las cruzadas, de las catedrales y de las Revoluciones. Con fecha 10 de Agosto escribo en mi Diario:

«¿Qué puedo hacer yo? ¡Todos quieren esta guerra! Están muy contentos con derramar su sangre en su altar. Ya no quiero compadecerlos. ¡Qué se cumplan los Destinos! Pero mi corazón no dará cabida al odio».

«De profundis clamans... Desde el abismo de los odios, elevaré hacia ti mi canto, divina Paz.»

En aquellos días (del 15 al 25 de Agosto) escribí mi Oda: *Ara Pacis*. Es mi primogénito de la guerra. Pero me quedo con el niño para mí. ¿Quién otro querría escuchar su canción? No me arriesgué a dejarla oír sino más de un año después, por Navidad de 1915 en los periódicos suizos. Y no produjo entonces más que groseras risas burlonas.

Sin embargo cada día acumulábanse más desastres y el alma se abrumaba más. Bélgica ardiendo, Francia invadida. Parecía que todo se lo tragaba la tierra: los amigos, la patria y la civilización. Y uno sentíase también tragado con ellos. Bruscamente un crimen más grande que los otros arranca un grito de horror: ésta es la carta a Gerhard Hauptmann (29 Agosto-10 Septiembre). Pero se percibe una rebelión contra algo más que un ejército, contra algo más que una nación, contra el Dios de nuestros padres, en quien hemos creído, en contra del viejo «Dios envidioso» ¡«Patria, ídolo sangriento»!

Veo la horrible locura, la asechanza infame en que se ha atraído a la hermosa juventud de Europa y a su alma ávida de abnegación. Estoy profundamente impresionado por la gran oposición entre la grandeza del sacrificio y la ignominia del objeto. Siéntome desgarrado entre el piadoso respeto por los que van a

morir y la sublevación contra los que los matan, los criminales directores y esos siniestros intelectuales que de uno a otro campo han comenzado ya, por encima de los combatientes, su abyecto duelo (porque están resguardados).

En estas condiciones fué, cuando durante la batalla del Marne, escribí (11-12 de Septiembre) y leí a mi amigo ginebrino Pablo Seippel las páginas tituladas *Au-dessus de la Mêlée*.

Hoy vuelvo a leer este saludo a la juventud sacrificada, «que nos venga de los años de escepticismo y de debilidad egoísta»; lo pienso aún y nunca renegaré de ello. Durante mi adolescencia he sufrido mucho en los años de bajo egoísmo social, de oportunismo, de corrupción parlamentaria y literaria, entre 1880 y 1895, en París, para no saludar a los hermanos más vigorosos de mi pequeño Aert, que corren al sacrificio. Si este sacrificio no hubiera sido tan puro (a lo menos entre los escogidos) no hubiese sido tan trágico el ver cómo lo echaban a perder los amos del poder y de la opinión. Al abrazar a los que van cantando, al martirio, he lanzado mi acusación contra sus asesinos (conscientes o inconscientes) tribunos, pensadores, Iglesias y Gobiernos. Y eso fué lo que levantó contra mí sus furores: los criminales se reconocieron y se sintieron heridos.

¿Qué más podía hacer yo? ¿Qué podía hacer en aquella ocasión un hombre débil y aislado? Los diques estaban rotos, Europa estaba ya inundada. Y mi artículo profetizaba la ruina de Europa. Anunciaba también las Revoluciones, la caída de los Imperios: en primer lugar el de Alemania. . . . «Al zarismo también le llegaría su turno.»

La única esperanza de acción que me estaba permitida era la de reunir a los escasos independientes «rarinantes» para tratar de defender por lo menos la libertad del espíritu y de humanizar la guerra cuanto

fuera posible. Aun no había realizado por la experiencia la incompatibilidad de los dos términos: «guerra» y lo que sea de «humano».

Mis palabras de paz, por mesuradas que fuesen—publicadas el 22 y 23 de Septiembre en el *Diario de Ginebra*—cayeron sin eco, en lo más fuerte de los combates librados en el Aisne hacía diez días, y de los furros levantados por el incendio de Reims. No se los podía oír en Francia sino más de un mes después. Y entonces hallarían una Francia cambiada.

Lo que me había sostenido aún durante los dos primeros meses, era la relativa moderación de los escritos franceses, comparada con el delirio inaudito que se manifestaba en las cartas y en los escritos alemanes. Y era también—sobre todo— ¿diré que la creencia o solamente la esperanza? (pues la confianza estaba minada) de que los mayores culpables no estaban del lado de los Aliados, excepto Rusia.

No tardé en desengañarme.

«Ese odio asesino, inspirado por retadores sin peligros»—que desde el 1.º de Septiembre (*Diario íntimo*) rechacé, con disgusto, en presencia de Barrès—extendía su infección por casi toda la prensa francesa y más allá por el pensamiento de casi toda la nación. Al principio había creído en un extravío pasajero. Se convirtió en calculado, y más atroz a medida que el primero retrocedía. El peligro más mortal. La bestia salvaje se vengaba de su miedo. Entre el 20 y el 25 Septiembre escribí reflexiones amargas y desengañadas sobre la potencia del ciclón y «la medida exacta de las almas de hoy»...

«Esta crisis me muestra la verdadera naturaleza de los hombres a quienes yo creía conocer mejor. La carreta cae; y donde yo pensaba ver el rostro humano y

afectuoso de amigos queridos, aparecen los colmillos y la baba de lobeznos.»

Pero los lobos viejos eran peores; Barrès conducía la jauría, y Anatole France, asustado, decía algunas palabras generosas, esforzándose con su voz de septuagenario, para ladrar con los demás y lloraba por alistarse (28 Septiembre)

Yo no esperaba nada de Europa «Europa es un manicomio. Todos creen que son el Dios Padre...» (Diario 28 Septiembre).

Y el 1.º de Octubre cuatro años antes que los demás —buscando fuera el árbitro, escribí al presidente Wilson:

«Señor Presidente: En esta guerra nefasta, cuyo resultado, sea cual fuere, será la ruina de Europa, los que tienen el triste privilegio de escapar a las pasiones de la refriega, dirigen la vista hacia vuestro país y hacia vos. ¡Pronto podríais hacer oír vuestra voz justa y firme, en medio de los hermanos enemigos! No va en ello tan sólo el interés de los pueblos que están luchando sino el de la civilización entera amenazada por estas luchas sacrílegas. ¡Qué los Estados Unidos de América recuerden a la Europa demente que ningún pueblo tiene derecho, para satisfacer su orgullo y sus odios, a estremecer el edificio del progreso humano que ha necesitado tantos siglos de ingenio y de penas para elevarse!»

Inútil es añadir que el hombre de la Casa Blanca no me respondió.

El 6 de Octubre, al salir de Vevey para Ginebra, a donde iba a ponerme al servicio de la Cruz Roja Internacional y a trabajar en la Agencia de los Prisioneros de guerra, que fundó en aquellos días la Cruz Roja, escribía yo:

«¡Qué revelación me ha hecho esta crisis respecto a los hombres y principalmente respecto a los más escogidos de los intelectuales! ¡Cómo, pensadores tan

orgullosos, tan celosos de su razón, tan penetrados de los grandes principios de libertad y de humanidad han renegado de ellos tan rápida y totalmente y los han pisoteado! Yo no los olvidaré más tarde, cuando les vea enseñar de nuevo, una vez vuelta la paz, su pensamiento libre y fraternal a todo lo humano. ¡Esto no les costará casi nada! No tienen valor para defenderla una hora contra el asalto de la bestialidad despierta! ¡Qué débiles sois, amigos míos!»

Estas palabras son de actualidad aun hoy en que el pacifismo se ha convertido en el «color de moda», pues sirve los intereses de los poderes directores: Política y Dinero. He tenido la irónica satisfacción de ver a algunos de aquellos a quienes noté entonces la débil y total abdicación, darme arrogantemente en estos días sin peligro, bajo la égida de los poderes oficiales interesados en el restablecimiento de los negocios—darme, digo, lecciones de valor cívico y de paz.

En medio de mis trabajos en la Agencia de los Prisioneros, escribía yo, en Octubre, dos artículos: *Del mal al menos* e *Inter arma caritas*. Hoy parecerían pálidos. No combatían más que el odio—no la guerra—y lo combatían sobre todo en las filas del enemigo. Los furiosos del orgullo demente de Alemania en aquellos meses, ensordecían al mundo con una serie de artículos, de llamadas y de torpes direcciones, en donde se señalaban los nombres más grandes y a quienes no hubiese esperado uno hallarlos contagiados. El discípulo eminente de Stefan George, el goetiano Friedrich Gundolf escribía que «Atila tiene más que hacer con la Kultur que todos los Shaw, Maeterlinck y d'Annunzio juntos» y que Europa está «gastada» excepto naturalmente, Alemania que «teniendo la fuerza de crear, tiene el derecho de destruir» y Thomas Ma

en sus espantosas «Gedanken im Kriege» ultrajaba villanamente a Francia burlándose de la emoción y del calor producidos por las devastaciones alemanas (en particular, por los destrozos causados en la catedral de Reims) y hacia la apología del militarismo alemán, identificando su causa con la de la Kultur. Era, pues, comprensible que en mis páginas de Octubre-Noviembre de 1914 hubiese reaccionado vigorosamente contra los desbordamientos de aquella *Uebermenschheit* alemana. Pero en ellas alabo demasiado la razón francesa, cuyo profundo desorden no sospechaba aún. De todos modos es un hecho que mis artículos pecan evidentemente por su parcialidad en favor de Francia.

¡Ahora bien, obsérvese que precisamente esos artículos son los que han levantado contra mí la tempestad de odio y de lodo! Ya no era solamente Bourget, quien celebraba «el Cristo y la guerra eterna» o Federico Masson, quien en el *Eco de París* (5 de Octubre) pisoteaba a los genios alemanes y quería que la música se redujese, por decreto, al canto del Rhin alemán y a la Marsellesa. La Universidad laica y jacobina entró en línea y mi colega de la Sorbona, el historiador titular de la Revolución Francesa, Aulard, a quien poco antes habían silbado en la cátedra los partidos de la reacción fué quien desencadenó la campaña de ataques contra mí. El fué el primero que me denunció públicamente en un artículo de *Le Matin* el 23 de Octubre, haciéndome el honor de desolidarizarse de mí en nombre de la Sorbona. Desde el día siguiente: *La Acción Francesa* el *Intransigente* y *La Cruz* todas las reacciones le siguieron los pasos. Era la Unión Sagrada: Aulard, Daudet, y *La Cruz!* Me siento orgulloso de haberla estrenado. Pero en el primer momento, lo confieso, caí de mi altura. *La Cruz* me soltó este venablo (lo colgué en la pared como trofeo de campañas): «En el *Diario de Ginebra* el suizo Romain Rolland que ha enseñado ha poco en la Sorbona, a título

extranjero, cursos retribuidos libremente por sus alumnos trata con dulzura a sus amigos alemanes» y censura vigorosamente a los aliados que «conmueven los pilares de la civilización» ayudados por los cosacos, los marroquíes, los sudaneses, los Sokhs. El mismo señor Aulard, el pacifista de antaño, no duda en difamar en *Le Matin* a este pilar de la impudicia que se cree un pilar de la civilización».

Mis amigos enloquecidos (los pocos que no me habían abandonado a la primera alarma)—me suplicaban que me callase o que me retractase. Mi editor asustado me escribía que, de la noche a la mañana los libreros boycoteaban a Juan Cristóbal y me conjuraba que escribiese un artículo de retractación. El correo me traía todas las mañanas para desayuno infinidad de insultos y de amenazas anónimas que me prometían la misma suerte de Jaurés y me intimaban a cambiar mi apellido de Rolland con el de Ganelón. Toda la turba literaria a quien había flagelado en *La Feria de la Plaza* aprovechaba la ocasión para hacer que la opinión me acuchillase. Un colega cortés, Alfredo Capus me ofrecía publicar mis explicaciones en el *Figaro*. Escribí la «Carta a los que me acusan» (reproducida ahora en la colección de artículos: *Aú-dessus de la Mêlée*. ¡Qué se fijen en la fecha: 17 de Noviembre de 1914! Las acusaciones se dirigían, pues, contra los artículos llenos aún de atenciones y de piedad para la patria, que van hasta *Inter arma caritas* (30 de Octubre) y a la pequeña elegida heroica, en honor de Bélgica: «Al Pueblo que sufre por la justicia (2 de Noviembre). Hoy siento más que entonces la infamia o el *delirium tremens* de esas acusaciones. Mi respuesta a los acusadores no retractaba ni una palabra. Volvía a afirmar más enérgicamente lo que había escrito. Mantenía contra todos, mis amistades alemanas y mi negativa a englobar al pueblo alemán en el juicio contra sus jefes. Pasaba a la ofensiva contra los exci-

tadores intelectuales del odio en Francia; y una frase, entre otras, cuando se publicó, los enfureció más: aquella en que anunciaba a esos siniestros comediantes de «la guerra eterna» que algún día ellos serían los primeros en «estrechar la mano» de sus vecinos del otro lado del Rhin «para sus negocios». (Bien sabe Dios que no han dejado de hacerlo desde hace diez años! Los peores nacionalistas franceses de 1915 se han convertido hoy en los enredadores de negocios en común con los peores nacionalistas negociantes de Alemania). Pero lo que menos se perdona, es precisamente el decir lo que será.

Los amigos estaban consternados. El editor me escribió:

«Esto no es publicable. El efecto sería deplorable. De acuerdo con Capus y con los amigos a quienes he consultado encuentro que el artículo es mucho más peligroso que los que han hecho arder el polvorín... Le suplico que no lo publique ni aun en el extranjero... Deje usted que los demás defiendan su proceso; que tendrán la suerte de conseguir que le absuelvan a usted.»

No esperé al día siguiente para replicar (24 de Noviembre) que «si mis amigos buscaban circunstancias atenuantes, me vería forzado a desautorizarlos... Reivindicaba mis pensamientos y mi derecho a decirlos. No prometo callarme nada, en lo porvenir. Si viese que mi país cometía una injusticia, antes que ser su cómplice con mi silencio, perdería la vida... No quiero disculpas. Sería una vergüenza para mi Francia que los sentimientos generosos pudiesen parecerle peligrosos... Defendiendo a Francia contra sus ciegos furros, defendiendo mi honor. Y algún día se alegrará de que me haya conservado fiel, aun contra ella, a sus tradiciones de justicia y de humanidad».

Y para afirmar mi resolución escribí *Los Idolos* (4 de Diciembre)—que de todos estos primeros ar-

títulos, fué en el que traté con menos consideración a los intelectuales franceses. . . .

«No me enorgullezco tampoco de los intelectuales franceses. . . La debilidad inaudita con que los jefes del pensamiento han abdicado por todas partes, ante la locura colectiva, ha aprobado bien que no eran caracteres. . . .»

La patria es tratada allí de «ídolo» y el ídolo democrático que los Aliados habían pretendido alistar en su guerra del Derecho no es respetado ya. . . .

«¿Quién romperá los ídolos?» A todos; patria, democracia, religión, cultura o civilización, opongo yo «la violeta silvestre de la libertad».

En adelante, los puentes, están dispuestos a romperse. Mis mejores amigos que hasta entonces me defendían contra la opinión y contra ellos mismos, dejan caer las armas desanimados. La más querida me escribía que al leer *Los Idolos* «le había dado un vuelco el corazón». Y mi madre me advertía desde París que «los Idolos» habían cambiado completamente la opinión de mis amigos en contra mía» (20 de Diciembre).

Y, sin embargo, aquel mismo día, 20 de Diciembre de 1914, leo en mi *Diario* que, por primera vez, desde el mes de Julio, he vuelto a poner las manos en el piano. «¡Desde hacía cinco meses había renunciado a mi compañera de todas las noches, la música; mi pensamiento no podía desprenderse del horror de los tiempos, y rehusaba toda diversión. El 20 de Diciembre escribí con amarga serenidad:

«Empiezo a desinteresarme de la ruina de estos pueblos que la quieren y que hasta parecen tener gusto en ella. Ya no combato por ellos, sino por el honor. Esta noche he tocado algo del querido Mozart y algunas melodías religiosas de los viejos alemanes.»

(¡Si lo hubiera sabido Federico Masson me hubiese acusado de traición!)

¿Qué había pasado para provocar este reverdecimiento del corazón?

Habían ocurrido dos hechos en Diciembre:

El uno que la ola de odio había roto con una violencia tan espantosa como jamás la había alcanzado aún y que me era tanto más insostenible que, para Francia, se había amortiguado el peligro. Los pensadores más independientes y más altos se habían unido al coro: Bergson y Remy de Gourmont que había entonado solemnemente su *mea culpa*. Y el rey de la jauría Barrès, lleno de rabia arrojábase a la garganta no sólo de los alemanes, sino de los pacifistas franceses. Tras él, Andrés Beaunier, Luis Bertrand, Emilio Picard, negaban el genio científico de los alemanes, la Academia de Ciencias, la Universidad católica de París, con su rector Baudrillart. La situación moral habíase modificado completamente. Al mismo tiempo la Academia de Ciencias de Berlín condenaba por unanimidad las declaraciones alucinadas de uno de sus miembros, el profesor Lasson y el Senado de la Universidad de Leipzig infligía a Ostwald un noble mentís. Alemania volvía a la moderación intelectual, a la hora precisa en que Francia se separaba de ella, con una furia calculada. Escribo, pensándola, esta palabra *calculada*; pues todas mis informaciones personales, las confidencias que recibía de Francia, me mostraban la laxitud infinita del pueblo de Francia, su sed de paz, y contra esto era contra lo que la jauría feroz de la prensa reaccionaba por orden y por instinto. Me disgusta tener que expresarme con dureza respecto de un hombre, cuyo arte estimo, a falta de carácter. Pero cómo calificar la alegría atroz con que Barrès saboreaba por anticipado la muerte lenta de Alemania «¡reducida a la desesperación... la innumerable Rusia que le mata y le matará centenares de guerreros rubios de ojos azules, la perfección del bloqueo en el que Alemania acosada por los fran-

ceses y los rusos, acabará por morir! «Diez y seis años después, mi corazón se subleva aún de disgusto y de aversión contra este hombre y su sadismo patriótico. Le niego el derecho de representar a Francia. ¡Sea de la raza que fuere, yo no soy de su raza. No hay nada de común entre los bebedores de sangre y yo!

Pero el colmo fué que la Suiza francesa se esforzó por concertar su lira con estos gritos. El 23 de Diciembre me ví reprendido en la *Tribuna* de Lausanne por Renato Payot que me infligía esta lección escandalizada de la que he saboreado—(mis lectores de hoy, también, espero)—la neutralidad y el a propósito: «¡Leyéndolo podría uno creer que el autor quiere ser ante todo un ciudadano de la humanidad! . . . El *Diario de Ginebra* intimidado por los ataques de que yo era objeto en *Le Temps* (17 de Diciembre) y en la gran sorpresa de París, me trataba con frialdad, vejado de que le hubiese comprometido y recibía en la ciudad suiza en donde vivía cartas como ésta de una dulce ginebrina que suspiraba:

«¡Sería necesario destruir a todos los alemanes, ¡Oh, Europa sin ellos! ¡Qué paz, qué alegría!»

¡Pero aún había más! En aquellos días abriéronse mis ojos. Empecé a descubrir las responsabilidades de los Aliados. Hacia fines de Diciembre de 1914 leyendo el *Libro Azul* inglés asistí con estupor a las entrevistas, el 1.º de Agosto precedente, de Sir E. Grey con el embajador de Alemania; ésta ofrecía a la Gran Bretaña, contra promesa de su neutralidad, la garantía de la integridad de Francia y de su imperio colonial; y Grey, cautelosamente se negó a decir ni si, ni no, dejando a Alemania enloquecida, caer en el lazo preparado: la enorme bestia acorralada, hacía irrupción en Bélgica; y éste era el *casus belli* acechado, el único capaz de arrancar el consentimiento de la nación inglesa para la aventura a que la empujaban sus gobernantes.

tes. . . . Y quiero que esta interpretación de la política criminalmente indecisa de Sir. Ed. Grey se pueda comprobar (aunque la he visto luego repetida por historiadores ingleses de *l'Unión of democratic Control*, sin que hubiésemos hablado una palabra). Pero el hecho psicológico, fué para mí, que desde aquel día entró la sospecha en mi espíritu. Y no ha salido de él. Yo había olfateado el crimen común de toda Europa en guerra, la responsabilidad colectiva de todos los Estados. El 11 de Febrero escribí:

«He hecho el descubrimiento, poco a poco, con espanto, que no era solamente Alemania la que mentía. Y ahora me parece que la responsabilidad se halla repartida, en diferentes grados entre todas las potencias en conflicto. ¿Quién sabe si Alemania habrá sido la más criminal de intención? Pero su gran torpeza ha hecho que sea la más criminal de hecho.»

La vuelta de los años de 1914 y 1915 ha marcado para mí una ruda vuelta del pensamiento. ¡Puede creerse que no fué cosa sin importancia! Necesité días y meses de agonía, para dar a luz un nuevo ser. Jornadas sombrías. Angustia del corazón y del espíritu, en que oía, «me cubriría el rostro y trataría de saborear la muerte».

Pero el beso me ha devuelto más de una vez el gusto de la vida. La muerte es también una buena compañera, como la música. En las horas decisivas, cuando el camino parece cerrado nos coge de la mano y nos dice: *¡anda!*.

Yo he vuelto a emprender la marcha. Y he formado en el desfile. Pero me ha sido preciso a mi vuelta despedirme del tiempo pasado. La mayor parte de los amigos de entonces no me habían esperado para dejarme. Pero al otro lado de la montaña encontré a otros

amigos. Varios habían corrido ya contra el viento,— como hacen los valientes emigrantes.

De estas voces del aire, la primera que respondió desde lejos, al grito de llamada de *Au-dessus de la Mêlée* fué Eleonora Duse. Algunas líneas con lápiz desde Roma, 13 de Octubre 1914.

«¡Que vuestro corazón se consuele con vuestras mismas palabras!... ¡*Au-dessus de la Mêlée!* ¡Seguid hablando! Podéis hacerlo.»

Y desde el otro extremo de Europa, pronto la voz de otra mujer: Ellen Key (18 de Diciembre).

Pero en el intervalo habían llegado voces de Francia. La ofensiva de Aulard y de la prensa parisiense me habían prestado el servicio de llevar mis palabras al fondo de la soledad desanimada de franceses, que sin los ataques, quizá las hubiesen ignorado. Ví tenderse hacia mí las manos primero de Marcelo Martinet (24 de Octubre), de Amadeo Dunois (31 de Octubre), del viejo amigo de Tolstóy, Pablo Birukoff (4 de Noviembre); Daudin, profesor de filosofía en Burdeos; Enrique Guilbeaux, que el 13 de Noviembre, me dirigía una *Carta Abierta* en la *Batalla Sindicalista*; Chauvelon profesor del Liceo Voltaire, P. J. Jouve (25 Noviembre), Mercereau, Jorge Pioch, Fernando Desprès, Frantz Jourdain, Eduardo Dujardin, Gustavo Dupin, Santiago Mesnil, Bazalgette, Emilio Masson, Gastón Thiesson, Edmundo Privat, Feliciano Challaye, etc. *La Ghilde de los Herreros*, agrupaba el 22 de Noviembre, misteriosamente en París, como en las Catacumbas, la primera iglesia de los que negaban su alma a la guerra.

En Inglaterra, donde se reclutaba activamente la *Unión of Democratic Control* de Treveylan, E. D. Moral, Norman Angell, Bertrand Russell etc. el *Cambridge Magazine* publicaba el 14 de Noviembre *Above the battle field*, que se repartió en seguida en un folleto; y se entablaron discusiones apasionadas en don-

de los jóvenes combatientes mostraban la más generosa humanidad.

Y el 22 de Marzo de 1915, a la vuelta de la primavera, recibía de Berlín un gran mensaje, el saludo de A. Einstein:

«He tenido conocimiento, por los periódicos, del valor con que os habéis expuesto, para disipar las equivocaciones tan penosas que separan al pueblo francés y al pueblo alemán. Le expreso mi calurosa simpatía. ¡Que vuestro ejemplo despierte a otros hombres excelentes de la ceguedad incomprensible para mí, que ha herido a tantos espíritus, hasta ahora sanos y seguros como una epidemia! ¿Podrán los siglos futuros glorificar a nuestra Europa, en donde tres siglos del más intenso trabajo cultural no han conducido a nada más que a pasar de la locura religiosa a la locura nacionalista? Hasta los sabios de los diferentes países se agitan como si les hubiesen amputado el cerebro hace ocho meses. Pongo a su disposición mis débiles fuerzas, para el caso en que pensara usted que pudiera yo servirle de instrumento, sea por mi situación, sea por mis relaciones con los miembros alemanes y extranjeros de las Academias de Ciencias.»

Un hecho no menos importante para mí se produjo. A fines de Enero de 1915, el futuro comisario de Instrucción pública de los Soviets, Anatole Lounatcharsky vino a verme. Era, digámoslo así, el embajador de lo porvenir—el mensajero de la futura Revolución Rusa, anunciándomela tranquila y formalmente, para el fin de la guerra, como una cosa decidida.

Se comprenderá que yo haya sentido formarse una nueva Europa, una nueva humanidad bajo mis pasos. El 26 de Noviembre de 1914 había escrito a un amigo alemán, que quería negar las verdaderas razones de la guerra:

«¡No se haga usted ilusiones!... No hay más que un medio único de librarse: el desprenderse de la idea

patria. El que quiera la salvación de la civilización humana amenazada tendrá fatalmente que llegar a este acto terrible y necesario.»

Y, en una controversia, muy cortés, pero muy enérgica, con Gabriel Seailles, que algún día se publicará, le dije:

«¡Nuestras almas de transición han sido quebradas por el antagonismo entre ellas de varios ideales contradictorios. Será preciso, sin embargo, escoger, el ideal nacional o el ideal humano! Por mi parte ya sabéis cuán obsesionado estuve, durante un período de mi vida por los recuerdos de la Revolución francesa. Durante muchos años he profesado un culto por estos héroes sangrientos. Pues bien, la crisis actual me ha dado por resultado el relegar decididamente a lo pasado este ideal que hoy es peligrosamente anacrónico y que para hablar sin piedad de la fe de mi juventud, no es una traba menor que el ideal católico para el libre desarrollo del ideal de los nuevos tiempos.»

Por eso, ni la simpatía del verdadero pueblo obrero, ni el odio reaccionario se han equivocado respecto a mi pensamiento. Edmundo Privat—(26 Febrero) Rosmer, (5 de Mayo); Fernando Desprès y otros muchos me habían traído de París la expresión de las simpatías y de la gratitud despertadas por mis artículos en el espíritu de los obreros sindicalistas que se habían conservado fieles a la Internacional. Y el 24 de Abril de 1915, Enrique Massis empezó en *La Opinión* la campaña injuriosa contra mí, que floreció con el libelo: *Romain Rolland contra Francia* (Julio de 1915). Me prestó el mayor servicio. Su torpe animosidad, obtenía de la censura francesa lo que negaba a mis defensores la publicación íntegra de mi *Au-dessus de la Mêlée*. El fanático pensaba de ese modo malquistarme con la opinión; consiguió sembrar en ella mi espíritu mejor que todos mis partidarios juntos. Diez

y seis años después, le envió, irónicamente, las gracias.

Me hubiese alegrado mucho no tener nunca, más que enemigos tan poco inteligentes como éste. Pero mis amigos me hacían sufrir mucho más, como aquel compañero de veinte años que sin haberme leído siquiera, por miedo a comprometerse renegó de mí precipitadamente: o como el honrado y débil Verhaeren—(yo le quise siempre y él me quiere a pesar de todo)—que publicaba por aquellos meses sus poemas de odio infantil. El era el primero en sufrir y en disculparme, pero sin poder desprenderse de ellos. Jamás le confundiré con esos otros bardos repugnantes, como Gabriel d'Annunzio, declamando en Quarto, cerca de Génova (5 de Mayo) su hipócrita *Sermón de la Montaña* que me evoca las predicaciones asesinas del Antecristo de Signorelli, en las murallas de Orvieto—o con esos guerreros, pusilánimes y patrulleros como Anatole France que continuaba tocando el tambor y oponiéndose formalmente a la paz «hasta la destrucción completa» y «al reinado augusto del derecho» (*Le Temps*, 3 de Mayo de 1915).

En esta atmósfera de locura furiosa y senil fué cuando Alemania torpedeaba estúpidamente al Lusitania (7 de Mayo) y cuando Francia se vengaba en los niños de Karlsruhe, bombardeados por sus escuadri-llas de aviones (Junio)—escribía yo: *Nuestro prójimo el enemigo* (15 de Marzo) *Literatura de guerra* (19 de Abril) y *La muerte de los Escogidos*, (14 de Junio). Los ataques de la prensa se multiplicaban. Era un fuego graneado, por ambos lados. *Le Temps* habían encontrado una nueva forma de acusación y en *recoged eso* me acusaba de colaborar en una sociedad alemana: *Neues Vaterland* «máquina de guerra alemana» fabricada, según decía él para desmoralizar a Francia (7 de Julio). Y los alemanes no me perdonaban el haber querido hacerles simpáticos a los franceses, representando a algunos de ellos como mártires de la política

de su gobierno. Un *Amtsrichter* (juez de paz) de Rüdeshain am Rhein, Leo Sternberg, publicaba en Stuttgart un folleto que me insultaba «Die Maske herunter! Eine Antwort an R. R.» (Abajo las caretas! Una respuesta a Romain Rolland»). Un profesor de Giessen, Messer, me acusaba de ser «cómplice de la prolongación de la guerra» ultrajando a su amigo el doctor Klein a quien proclamaba, para honrarle, como partidario consciente y declarado de la violación de la neutralidad belga por los ejércitos alemanes. Y para colmo, una revista internacional que pretendía trabajar en Suiza Alemana, en la reconciliación de los espíritus, se ponía muy contenta publicando esta ruidosa protesta de la patriotería germánica y obligándome a desmentirla.

Ya empezaba a estar harto de todos aquellos locos. En mis notas del 3-7 Julio de 1915—últimos días de mi trabajo en la Agencia Internacional de Prisioneros, escribía:

«Desde hace doce meses me esfuerzo en defender mi espíritu de la justicia y en defender a los que están en el combate; reconozco mi fracaso. La refriega europea se me presenta cada vez más como una crisis cósmica, como un fenómeno de patología colectiva, que tiene sus raíces en las leyes misteriosas de la química de los pueblos y de sus mezclas catastróficas—o tal vez más allá, en una enfermedad del planeta o en una crisis del crecimiento. No hay que hacer más que observar. Dentro de algunos meses me retiraré.»

El 17 de Julio, mandaba a paseo a los ladradores de Alemania y de Francia. Escribía al director de la *Internationale Rundschau* de Zurich, que publicó esta carta:

«Desde hace un año, he sacrificado mi tranquilidad, mis triunfos, mis amistades, a la tarea de combatir a la sinrazón y al odio. He tratado de hacer sentir a los dos pueblos enemigos y especialmente al mío que sus

adversarios son hombres que sufren como él. He buscado, no sin trabajo, en la Alemania de ahora, manifestaciones de pensamiento que despertasen en los corazones franceses un eco de simpatía, pensamientos libres y justos que pudiesen servir de puente sobre el abismo abierto entre las naciones. Con cada artículo sólo he conseguido que me ultrajen ambos países. Por ambos lados he tropezado con la misma falta de comprensión. Los ultrajes no me detuvieron, pero la falta de comprensión acabó por desarmarme. El señor Messer estará satisfecho. Reclama para glorificar a su amigo (según parece) que declare yo, *urbi et orbi*, que este amigo aprobaba los actos de su gobierno y trataba de defender con los argumentos, que acreditaron a Spitteler, la violación de la neutralidad belga. Yo la daré a conocer. Y así se hundirá la estimación que había conquistado por la memoria del doctor Klein. ¡El doctor Messer me echa en cara mi desconocimiento de la lealtad alemana y declara que soy cómplice de la prolongación de la guerra! ¡Esa guerra que he querido que sea menos cruel y más humana, siendo casi el único de los escritores franceses que han tratado de conseguirlo! Era demasiado. Me retiro cansado de la ciega refriega, en donde cada combatiente no escucha más que su propia pasión y repite a los cuatro vientos sus propios argumentos, sin buscar el medio de hacerlos, progresivamente accesibles a los demás. Yo he querido hacerlo por ellos, he intentado lo imposible. No me arrepiento. Mi deber era intentarlo; pero siento la inutilidad de insistir. Me refugio en el arte, que es el retiro inviolable.»

Sin embargo, realicé un último acto. Se había cumplido el año sangriento: llegaba el aniversario de la muerte de Jaurès. Quise honrar a la gran víctima expiatoria, al toro degollado en las gradas del altar. Estos debían ser los *ultima verba* de este ciclo de artículos *Au-dessus de la Mêlée*. Pero lo que no se figura el pú-

blico es el trabajo que me costó conseguir que el *Diario de Ginebra* aceptase este fúnebre homenaje. El director de entonces rechazó mi artículo para el día del aniversario (31 de Julio) escribiéndome (21 de Julio):

«El público no comprendería que dedicásemos tanto espacio a este suceso, y sobre todo nuestro público francés que ve rojo, al nombre de este gran socialista a quien se acusa—(quizá sin razón)—de haber querido desorganizar al ejército y debilitar la resistencia nacional.»

Yo protesté indignado y con ayuda de mi amigo Leippel mi artículo pasó bien que mal el 2 de Agosto. Pero yo me había marchado de Ginebra irritado, disgustado, agotado. Fuí a ponerme en contacto con la tierra. En Monatte, me rogaron que continuase mi campaña en la prensa, a lo que respondí el 10 de Agosto:

«He querido ser una palanca. Pero necesitaba una piedra en que apoyarme y no la he encontrado en ninguna parte.»

No se crea que mi retirada amortiguó la violencia de los ataques. Se redoblaron encarnizadamente, distinguiéndose *Le Gaulois*. Alberto Guinon, cuyo pensamiento lapidario decoraba el frontón del libelo de Massis, gastó todo el verbo que le quedaba a costa mía; (7 de Agosto) y el viejo Federico Masson me pisoteaba innoblemente en una serie de artículos (18-24 de Agosto). Entraba en la liza con gran estrépito: Pablo Jacinto Loyson. Empezó en Agosto de 1915. No se sabe cuando habría terminado si al cabo de algunos años, la muerte no hubiese dispuesto de su vida. ¡Sin embargo él pensaba disponer de la mía! Su idea fija era destruirme. Jamás le respondí. Eso era lo que menos me perdonó. Pero hizo tanto en contra mía,

escribió tanto a mi costa que acabó por cansar hasta a mis enemigos. El odio tiene todos los derechos y si no los tiene los toma, menos uno: el de aburrir. P. H. Loyson tuvo ese don. Le estoy agradecido.

Trataba yo de olvidar estas maldades, y las otras peores que sufría Europa—en compañía de Spitteler a quien iba a ver a Lucerna; de Einstein que vino a verme a Nevey (16 de Septiembre de 1915); de Sienkiewicz entonces vecino mío y de Alfredo E. Fried, el premio Nobel de la Paz, el amigo y ejecutor testamentario de la baronesa de Suttner.

Y desde el hospital en donde estaba, en el corazón de Africa, en Lambarene, *Gabón Francés* vigilado (¡oh ironía!) por negros al servicio de Francia, el gran alsaciano Alberto Scheitzer me enviaba un abrazo fraternal: «Hasta la soledad de la selva virgen» había llegado el eco de mis artículos; y mis pensamientos, me escribía, eran una de las raras cosas consoladoras en aquellos tiempos...! Combatid bien en un combate en que estoy con vosotros de corazón aunque sea incapaz de secundaros en la posición en que me hallo!»

Pero mi mejor compañero en aquellos tiempos fué el *Prometheus* de Spitteler. Fué para mí el manantial que brotó de la roca. No hubiera podido hallar ningún otro mejor en el mundo que esta alma de Titán de los Alpes para alimentar mi necesidad vital de libertad.

Sin embargo, después de algunos meses de retiro, volví al combate, templado en estos grandes ríos fraternales. Pero éste había entrado en una nueva fase.

No era cosa ya de escribir al *Diario de Ginebra* que bramaba contra la paz, contra el papa, contra Holanda, contra la Misión Ford, contra todos los que trataban de interponerse entre los combatientes. Ninguna re-

vista suiza se me abría a excepción de la pequeña *Revista Mensual* de Carlos Bernard en Ginebra. Pero se me había unido un aliado francés joven y fogoso; era el combate en persona: Enrique Guilbeaux. Llegó de París a Ginebra a principios de Junio de 1915 y en Enero de 1916 fundó la revista *Mañana*. Yo fuí el padrino y uno de los principales paladines. No diré yo que aprobaba siempre su espíritu; era más agresivo de lo que yo hubiera querido y después de estar algunos meses en Ginebra, Guilbeaux tuvo la suerte de encontrar allí a Lenín, Badek, Zinovieff, etc., que eran la aguja de una vía más revolucionaria y que no era aún la mía. El carácter impulsivo de Guilbeaux le lanzaba constantemente a excesos de lenguaje y hasta a imprudencias de acción que nos exponían a comprometer gravemente la causa que defendíamos. Tuve que defenderme contra mis aliados, durante la guerra, mucho más que contra mis enemigos. ¡Cuántas cartas tuve que cambiar con Guilbeaux para rectificar la posición! Pero fuera de esto, rindo homenaje a la lealtad absoluta, al desinterés estoico, al temerario valor de mi joven aliado. Este hombre que fué abominablemente difamado por la prensa nacionalista de Francia y de Suiza y muy mal defendido o traicionado por los socialistas de Suiza y de Francia—(aun no le perdonan, hoy, su intratable intransigencia), finalmente Suiza lo aprisionó y luego lo expulsó; y los procuradores de Clemenceau lo hicieron condenar a muerte, con acusaciones falsas (me dicen que se va a revisar el proceso...! 13 años después!)

Fuera de sus cualidades de valor personal y de audacia de pensamiento, tenía dones de organización. La revista *Mañana* dirigida por él, se elevó desde el primer año a un nivel muy alto de discusión y de documentación. Yo no conozco ninguna revista internacional que la haya igualado durante la guerra. Supo agrupar los nombres y los artículos de los intelectua-

les más libres de Europa: E. D. Morel, Bertrand Russell, Federico van Eeeden; Enriqueta Roland-Holst; A. Forel, Latzko, Fritz Adler, etc., y todos los grandes rusos revolucionarios emigrados. Yo publiqué allí *A la Antígona eterna—Voz de mujer en la refriega, Libertad*—un ensayo acerca de Shakespeare—y en Noviembre de 1916 *A los pueblos asesinados* que abre un nuevo período de mi pensamiento contra la guerra. Estas páginas, sombrío otoño de un año de trágica meditación, en que acompañé en su vía crucis a «Clerambault» fueron leídas primero en un pequeño grupo de amigos franceses que se habían refugiado en Ginebra y luego en Sierre contra la marea de tinieblas sangrientas que cubría a Francia y a Europa: Renato Arcos, P. J. Jouve y André Jouve, Fernando Desprès, Gaston Thiesson, Frans Masereel, Claude Salives, (Le Maguet), la señorita S. Duchêne (ahora la señora A. Roubakine) y mi valiente hermana Magdalena. Tal artículo tomaba entonces el carácter de una declaración de ruptura completa, no ya tan sólo con la guerra sino con la vieja sociedad, con el orden capitalista y burgués, que era su foco. No guardaba ya ninguna consideración. Hacia el progreso de las naciones. Y denunciaba al verdadero fautor: el Dinero.

«En el guisado que hace hoy la política europea, el pedazo más gordo es el Dinero. El puño que tiene la cadena que ata al cuerpo social es el de Pluto. Pluto y su banda. El es el verdadero amo, el verdadero jefe de los Estados. El es el que hace de casas de comercio sospechosas, empresas dudosas... Los pueblos que se sacrifican, mueren por las ideas. Pero los que los sacrifican viven por los intereses. Toda guerra que se prolonga se afirma cada vez más que es una guerra de negocios, una guerra por el Dinero.»

Lo que entonces era verdad lo es hoy cien veces más. Hoy el dinero domina y avasalla a la paz del mundo, como ha dominado y avasallado a la guerra. Volverá

a hacer la guerra, una, diez guerras, mañana, si quiere; pero, (añadamos hoy muy alto), si quiere también la Revolución. Pues ahora, es ella la joven, fuerte y armada. Y vela a las puertas.

En Noviembre de 1916 la veía venir y la llamaba. Pero preveía también con dolor, el odio que engendraría, y la ruina fatal de Europa....

«... ¡Adiós, Europa!... Pisas en un cementerio. Ese es tu sitio. ¡Echate! ¡Y que otros conduzcan el mundo!»

Y lo fechaba:

—«2 de Noviembre, Día de los Difuntos de 1916».

En aquella fecha, aun no había empezado la Revolución. Pero se incubaba bajo la ceniza en toda Europa. En Francia se había recobrado una minoría obrera. Yo había recibido un memorial de una fracción de la G. G. T., que me había traído Merrheim, al dirigirse a Zimmerwald (5-8 Septiembre 1915). Siguió Kienthal (fin de Abril 1916) en donde Lenine había hecho un poderoso llamamiento a la lucha de clases y a la Revolución del proletariado. Hasta de los ejércitos franceses llegaban a mí terribles rugidos. Yo estaba muy lejos de asociarme a ellos. Pues estos furros elementales no tenían ninguna doctrina, ninguna organización, ningún jefe que los guiase. No podían conducir en Occidente más que a destrucciones estériles o a pronunciamientos militares como en la América del Sur. Yo los condenaba en mis cartas a Guilbeaux. Y dudo que el mismo Lenine los hubiese animado: pues los jefes más atrevidos, los más dispuestos a la acción, odiaban precisamente, la acción desorganizada.

Pero en Marzo de 1917 estalló la gran novedad. El viento del Norte, cargado de esperanza, la arrastraba

por las calles de Ginebra. La áspera brisa de la ciudad de Calvino, a pesar suyo, traía el soplo de la primavera roja. . . Rusia había roto sus cadenas y una carta que me enviaba Gorki, se interrumpía en el centro para lanzar el grito de las nuevas Pascuas: ¡Cristo ha resucitado! . . . » Me abraza por encima de la Europa en guerra, y todos los franceses libres, nos levantamos en Ginebra para responder, como al beso de pascuas rusas: «¡Ha resucitado de veras!» Yo escribí para el folleto que editamos juntos, la llamada: *A la Rusia libre y libertadora* (1.º de Mayo de 1917).

Otros espíritus libres, en el mismo foco del capitalismo imperialista que alimentaba la guerra, en los Estados Unidos de América, eran atraídos como nosotros, hacia la Revolución rusa: Max Eastman, y su revista *The Masses*,—cuyo principal redactor con él, John Reed, sería algunos meses después el cronista de la Revolución de Octubre, y cuyo cuerpo reposa al pie del muro del Kremlin, cerca de Lenine. Les tendí las manos. Por primera vez hice, en un artículo, el proceso de la prensa suiza, que, con una culpable falta de imparcialidad, ahogaba o denigraba todos los esfuerzos desesperados del mundo para poner fin a la carnicería nacional (oposición inglesa, minoría socialista y sindicalista francesa, prensa independiente de los Estados Unidos, Revolución rusa). Siente uno estremecerse en sus páginas la revuelta «de los hombres que han quedado libres, de los que, de la cárcel de Europa a la cárcel de América se estrechan la mano por encima del Océano y de la locura humana más inmensa que el mar.»

Poco después, tomaba yo la defensa del heroico E. D. Morel, preso en Inglaterra, en condiciones odiosas por la ridícula acusación (falsa desde luego) de haber querido enviarme a Suiza uno de sus folletos políticos. (Seis meses de duro cautiverio bastaron para llevarlo a la muerte, prematuramente). Luego hice eco al

Fuego de Henri Barbusse, esa brillante acusación contra el viejo mundo homicida hecha por el «proletariado de los ejércitos.»

Al mismo tiempo, dejaba oír el sufrimiento y la rebelión del otro lado de las fronteras, en el frenesí de un Latzko (*El hombre del dolor*), en la bíblica melancolía de un Stefan Sweig (*Jeremías*), y en el implacable análisis científico de la guerra por el profesor Nicolai. Saludaba yo con el título de *gran europeo* al valiente sabio alemán, perseguido y encarcelado, indicando que ya no me limitaba a la unidad europea, y que quería que entrasen en mi *paz mundial*, Asia y América, toda la humanidad.

Volví sobre el mismo tema del *más allá de Europa, el Panhumanismo*, en el artículo del 15 de Marzo de 1918: *por la internacional del espíritu*. Tuve cuidado de precisar que yo no quería sostener la causa de una selección de intelectuales, sino la de los pueblos, «la internacional de la cultura, pero no para los solos privilegiados».

Desde Octubre de 1917, la revista *Mañana* había acentuado su orientación social. Guilbeaux, que hubiera querido acompañar a sus amigos de Ginebra, los jefes bolcheviques, en su éxodo a través de la Europa en guerra, para llevar a Petrogrado la llama de la Revolución, había hecho de su periódico, su tribuna en la Suiza francesa. Allí encontré, repetidos los nombres de Lenine, de Trotzki, de Kameneff, de Rakovski, de Radek, de Kalinine, de Zinovieff, de Lounatcharsky, de todo el estado mayor que estaba derribando el viejo mundo. Los secundaba atrevidamente, y su *Demain* ofrecía una documentación única en lengua francesa sobre los acontecimientos de la Revolución.

Yo no le acompañaba en ese camino sino como es-

pectador imparcial que simpatiza con la grandeza de los héroes y de los altos fines que se han asignado, pero a quien repugna la violencia sangrienta de sus medios. Yo no era un hombre de acción; era un hombre de pensamiento, y estimaba, que mi deber era esforzarme en mantener el pensamiento de la Europa, puro, libre, e independiente de todos los partidos. Lenine hubiera deseado, en Marzo de 1917, arrastrarme con él a Rusia, y Guilbeaux me llevó su mensaje; pero me negué a ello. En aquel momento, no quería yo comprometer, en lo que juzgaba, equivocadamente, una mezcla de partidos políticos, mi papel de vigilante intelectual, «au-dessus de toutes les mêlées». Hoy tampoco lo juzgaría oportuno. No había visto aun el fondo, como lo veo, de la ideología burguesa, aún la más noble,—o más bien, no había sondeado aún perfectamente, como lo hice después, a esta triste especie que se llama «la élite intelectual», hasta cuando se adorna con el rótulo *internacional*. Yo le suponía un carácter, un valor cívico, una intrepidez en la búsqueda y en la defensa de la verdad, que con rarísimas excepciones no tiene. Habla mucho de la verdad, pero la verdad está muy lejos de su temperamento; pone la verdad a su servicio, pero enmascarada y cubierta de colorete. Los escritores más estetas emplean a la verdad como a una muchacha, para atraer al público. Aunque yo había ya, con Juan Cristóbal, echado a la alcantarilla, a los chulos de la Feria en la Plaza, no sabía aún, no quería saber lo que luego supe. Me obstinaba en esperar una *élite* europea «mejor» entre una valiente minoría de intelectuales que fuesen los apóstoles intransigentes y resueltos de *La Independencia del Espíritu*, y a ellos se dirigían los últimos artículos de *Los Precursores*; a agruparlos es a lo que tiende la *Declaración* de la primavera de 1919, que cierra el libro y que firmaron centenares de grandes intelectuales del mundo entero.

Pero se notará que en la misma redacción de esta Llamada, mi pensamiento sobrepasa a la *élite*, o quiere ponerla al servicio «del Pueblo universal que sufre, que cae y que se levanta siempre y que siempre avanza en el rudo camino empapado en su sangre».

Y en la nota de Junio de 1919, en comentario a mi *Carta al presidente Wilson*, en que le rogaba que tomase «la causa, no de un partido, sino de todos los pueblos», proclamaba yo, con la quiebra de Wilson, «la ruina del gran idealismo burgués».

Mis miradas se volvieron hacia los trabajos de Hércules, con que la joven Rusia de los Soviets iba a romper los repliegues mortales de la hidra ignominiosa que la apretaba. Había dirigido al *Populaire* una carta en la que censuraba la intervención militar de la *Entente* contra la U. R. S. S. y afirmaba mis «sentimientos de solidaridad internacional con el bolchevismo ruso». Y la última línea de los *Precursores*, que deplora que no figuren en mi lista «nuestros amigos de Rusia de quienes nos separa el bloqueo de los gobiernos», declara sin ambages que «el pensamiento ruso es la vanguardia del pensamiento del mundo».

La experiencia trágica de esos cinco años (1914-1919), tal como se imprimía entonces en mi espíritu y que la refleja el espejo de mis dos libros: *Au-dessus de la Mêlée* y *Los Precursores*, se termina, pues, hacia mediados de 1919, en un estadio de espera. Por una parte, mantengo la esperanza de construir una *Burg* del espíritu internacional, sin fronteras, sobre los cimientos del individualismo libre, lúcido e intrépido. Por otra parte, la aguja de la brújula marca el Norte, el fin hacia el cual marchan las vanguardias de Europa, los heroicos revolucionarios de la U. R. S. S., la reconstrucción social y moral de la Humanidad.

La experiencia no ha terminado. Contaré la continuación otro día. Diré cómo, para levantar mi *Burg* del espíritu libre, me han faltado los cimientos,—los

hombres libres—. Referiré cómo, (aparte de un puñado de independientes) casi todos han abdicado. Diré cómo, a falta de Europa, he hallado en el Mahatma de la India, un renuevo poderoso del Espíritu libre, y nuevas formas de acción. Luego, como la marcha misma de los acontecimientos, esa *Anagke* que Marx redujo muy estrechamente a la ley de hierro del materialismo económico, escindiendo el mundo en dos campos y ensanchando de día en día el foso entre el coloso del Capitalismo internacional y el otro gigante: La Unión de los trabajadores Proletarios, me ha conducido, fatalmente, al lado de la U. R. S. S. Esta no ha sido una marcha sin fatigas. Y el viaje no ha llegado a su término. ¡Pero vale tanto como los de Sindbad el Marino! Y cuando haya llegado al fin, diré: —«¡Bendito sea el descanso! Duerme cabeza mía! ¡Dormid pies míos! Habéis trabajado mucho. El camino era duro y accidentado. Pero fué hermoso, a pesar de todo. Merecía la pena de ensangrentarse en él.»

Villeneuve, Suiza, Estío 1931.

ROMAIN ROLLAND.

(Exclusivo para *Atenea*, en Chile.)

H. Gómez Holguín.

AGUA FUERTE

UNA mancha overa pone en la mitad de los pastizales esa bestia, a quien Dios puso en sus cuernos una actitud femenina, casi dulce, de rulo, apenas endurecido. Tiene el porte, sin duda, de los toros, de aquellos que hinchan el cuello en un afán de mostrarse por encima de la castradura recia, pero plebeya de los bueyes.

Tiene también esa seguridad maternal de las vacas que afeitan sus narices rosadas con la punta de sus lenguas casi blancas, como torrejitas de melón.

Y el conjunto hace de él, un animal que encanta y que enarbola miedo, cuando no se le puede precisar bien el sexo, así de repente, en medio del campo, que tiene la anchura de lo que nunca se ha saciado en el límite, o la angustia de las ansias que se alejan siempre, buscando el nuevo placer para el gusto, o simplemente, para el tacto.

Bien de cerca tiene algo de la estructura de esos hombres maduros, recogidos, que no apuntan en su vida ninguna aventura de galantería, ni refinada ni asquerosa, hasta el extremo mismo de ignorar la forma del triángulo rubio o moreno del goce.

• Es como ellos, con unas ancas firmes, donde bien podría sujetarse con comodidad el par de muslos de un macho rijoso. Tiene como ellos, la cadera plana, es-

peranzada, como los azafates, donde cabe todo, o como las piedras de moler, donde se hace harina el trigo que se ha de amasar en pan.

Son ancas donde se levanta y se esconde la vida, con sus renunciados y con sus altiveces, por eso no pueden ser ni de hembras ni de machos. Las pierde del análisis más íntimo, esa conjunción alegremente demostrada, de la dualidad, hecha masa.

Los remos mismos tienen la finura de una mujer alta, hasta la rodilla, y la ampulosidad obesa de un hombre masudo, hasta el ijar, donde nunca podría caber la gracia leve de un hijo.

Y así resulta admirable, mirado por detrás, este animal hermafrodito, fino de pezuña y casi huérfano de rabo, tal vez para que mejor se aprecie su magnífica naturaleza, por lo indescifrable o por lo misterioso, en medio de esta sociedad de animales que le rodea y donde no se le reprocha, porque hay que reconocerle una elegancia que no tienen las bestias normales, las bestias demasiado normales.

Es indiferente, sin embargo con quienes le miran pasar lento o nervioso, como si de repente le atormentara alguna idea audaz de la que no quisiera ser dueño ni por un solo instante.

Por eso, cuando los piños enardecen a los que tienen la facultad de hacerse heredar, se abstiene de ir en el centro, porque le disgusta el apretón sudoroso, cuando ha debido padecer largas jornadas, y porque también se estropea la piel, en la violencia con que las bestias se hacen expedito el camino.

El va siempre detrás, contando con el beneplácito silencioso de los arreadores, que no le tienen lástima, ni mucho menos, pero que nunca le han pegado un azote porque les parece extraño este animal ceremonioso como una mujer mirándose al espejo.

La cara misma del hermafrodito les parece la de un adolescente que tuviera miedo de vivir en medio de

una exuberancia espantosa de instintos, como son los de una manada o los de un rebaño. Y así consigue vivir tranquilo, con un arreador consciente de su naturaleza y con un ganado que tal vez sintiéndose por encima de su suerte, a él le parece comprensivo.

A veces le entusiasma algún ternero rollizo, con la punta del cuerno recién nacida, y busca las quebradas que tienen toda la semejanza de un lecho blando y oloroso, para entregarse a un detallado programa de sutilezas, que el ternero piensa maternales, y que el hermafrodita sólo considera para la satisfacción íntima de sus apetitos.

Y así es como establece una contradicción fuera de toda medida, por que prefiere, dentro de su propia contextura, la reciedumbre de un ternero joven, bien hecho, casi atleta, a la gracia suave y lánguida de alguna ternera que muestre la seda virgen de su sexo, como un plátano pequeño y sin violar.

El renuncio mismo no le ha cogido nunca, de repente, ni a conciencia y si ha llegado a la insinuación deliberada y elegante, no se sabe de que haya caído alguna vez en la generosidad de su cuerpo o en la violencia con los extraños.

Por eso las bestias vulgares, las que hacen una patente demostración de su fuerza cuando son propicias a la herencia, como cuando han renunciado a ella y se entregan a las más comunes labores diarias, le respetan, porque nunca ha caído sobre su nuca demasiado fina el yugo infamante o la coyunda abrazadora.

Y sólo pone en mitad de los pastizales lujuriosos, su tono overo, como una inverosímil mariposa.

Ovalle, 1931.

Sady Zañartu.

LOS ANSIOSOS DEL DESIERTO

EL CAMINO DE CHILE

EN el desierto de Atacama todavía se incrustan las piedras baldosadas que señalan el camino del Inca. Las he visto saliendo del valle de Copiapó, en el despoblado, durante largo trecho, las encontré en la falda de un cerro de vetones rojos, y, por último, diseminadas frente a la bocamina donde reventara un rico crestón de plata.

El camino, que trajo la primera civilización para comunicar a Chile con el Cuzco imperial, tiene algo de eterno en las piedras que lo forman, constreñidas a acomodarse en la vastedad de los Andes y a llevar el mensaje de los hombres nuevos.

Este camino se prolonga hacia el pasado y el porvenir. Es el camino por donde llegamos. Su inmutabilidad conquista.

El ojo visionario del inca Yupanqui lo sacó por valles hondos y sierras altas, por tremedales de agua y por peña viva, lo hizo entre nieves con escalones y descansos, vallados por las laderas, socavado a los ríos en sus paredes, y por todas partes limpio, barrido, descombrado. Era el camino del señor de todas las culturas peruvianas para dar paso al vuelo libre de la imaginación.

Los naturales que lo construyeron caminaron en línea directa como debe ser todo principio de amistad

entre pueblós. Se orientaban en el día por 'el Sol y los cerros, en la noche por la cruz del Sur y el aire. Poseían una doble vista, un doble oído, un sentido de orientación, desconocido para los hombres de otros continentes, y que los hacía atravesar, sin pavor, los altiplanos extensos y los arenales estériles.

Así llegaron a Chile los hijos del Sol.

El camino del Inca, después de dejar en Copayapu sus pucarás y tambillos que aseguraban la conquista, penetra en el valle del Mapocho, pero no avanza hacia el sur del Maule. Los araucanos eran demasiado guerreros para ser pacificados económicamente por un camino. Las campañas de proselitismo de los incas se replegaron de las tierras sureñas. No tuvieron interés en proseguir hacia el sueño impenetrable del bosque y de las aguas.

Este aislamiento en que nos dejaron dura hasta mediados del siglo XIX. El camino, si bien servía a los viajeros que iban al Alto Perú y a los poblachos interiores del desierto, continuó ocultando en las sierras y planicies la ruta de su riqueza. Sólo cuando la herencia nacional de sangre ilusa nos arroja a la ola pétrea de la cordillera andina, el camino vuelve a la retroacción que determinara la cualidad del pensamiento comunal. Los arrieros perdidos bendicen la huella infalible, los cateadores orientan sus distancias de tambo a tambo, como los correos de chasquis, los enfermos de sed vienen a encontrar la aguada en el páramo. Aquella ruta que la piedra enternecida señala se convierte en el símbolo de nuestra humanidad en marcha.

La noche manda al camino el brillo de sus colpas de plata. Y el minero sueña escuchando el mensaje de un alcance misterioso que viene de la eminencia de la montaña. Cree ver en la distancia señales de fuego, siente cantos de trompetas, gritos de monterías, rumores de pisadas veloces, olores de frutas frescas y

de pescados de caletas distantes. Un mundo invisible llena de voces el desierto.

Son los chasquis que corren en busca del tributo del Inca por el camino paralelo a la cadena de los Andes. Se escucha en el tambo vecino el canto de la trompeta de caracol que anuncia la llegada del correo. Los pucarás encienden en la cima de las sierras las fogatas que transmiten el aviso del sagrado envío, de abra en abra, de sur a norte, hasta el Cuzco.

Los chasquis llevan en las espaldas el bastimento de oro y sólo dejan, en el desierto, el sueño excitado en la masticación de las hojas de coca. La tierra refleja en el espejo mineral praderas regadas que evocan un idilio pastoril; lagunas tersas que son viviendas de lunas encantadas; altísimos nevados que semejan almas en pena y suben y bajan en quimérica aparición; tapices que rivalizan con el sol y el zafiro de las aguas.

LOS BUCEADORES

La conquista del desierto es la segunda persecución de «el Dorado». La áurea fiebre hace delirar a los criollos pobres con riquezas fantásticas. Y estos empiezan a buscar en las sierras interminables las guías de plata y de oro, a escarpar por las quebradas andinas los farellones metálicos, a perseguir derroteros de tesoros indígenas, con un individualismo sombrío y anárquico. Es la reproducción de la aventura de los conquistadores del siglo XVI. Es el mismo valor ciego, que parte confiado únicamente en sí, hacia lo desconocido; la misma confianza en el azar, el propio dinamismo y la impulsividad.

El cultivo de la tierra da escasamente para comer. La patria nace con un erario exhausto. El suelo mismo es estrecho. No alcanzamos a divisar los picachos de la cordillera, que se agarran al sol, cuando nuestro cuerpo se hunde en el mar.

Las minas son la liberación. Copiapó, en las puertas del desierto de Atacama, fué bautizado por los conquistadores *el valle de turquesas*. Desde la colonia ha quedado allí flotando una sombra punteada de oro y plata. Los indios han legado noticias de derroteros confirmadas por traficantes de las sierras. La pobreza ha creado en las almas un ansia, anticipando el hallazgo en la imaginación. La piedra es blanda. Es la misma con que el Inca cortara sus huacas; construyera sus templos megalíticos y formara el real camino hacia Chile.

Los primeros conquistadores del desierto tienen, como los héroes del Dorado, una acción individualista. La aventura, por sí misma, les atrae; su actividad se consume en perseguir una quimera. Todo esto supone algo más que el oro, supone un espíritu caballeresco, supone un ideal de ensanchar los dominios de Chile.

Diego de Almeyda fué uno de estos pioneros. Su paso por Atacama tiene algo de sacramento, porque cada cerro y cada paraje recibe el bautismo. Deja su sombra en la arena movable de los médanos, un toldo cerca de la aguada, una cruz en el filón o el derrotero. Los cateadores que vienen tras él se dicen, para alentarse en las horas extraviadas y de desesperanzas, *por aquí pasó don Diego*.

Desde la retirada del Conquistador Almagro, el paso de las huestes de Valdivia, desde el viaje episódico de Monroy y el cateo de Cisterna Villalobos, nadie como Diego de Almeyda recorrió ese desierto donde más tarde habrían de labrarse las poderosas minas de cobre y plata que darían a Chile los primeros capachos de riqueza para levantar, frente a los países hermanos, su nivel de *pariente pobre*.

Era Diego de Almeyda descendiente de aquellos bandeirantes portugueses, creadores del mito amazónico, y jefes de pueblos que conducían a través de la selva brasileña. Un tío suyo, llamado Lorenzo de Al-

meйда, fué quien remitió a Lisboa (1729), las piedras preciosas que se extraían del *Cerro do Frío* y que allí servían de fichas para jugar, cuando eran diamantes de pura agua.

La aventura iniciada por Almeyda, en el nacimiento de la nueva república, se infla de un prestigio utilitario y romántico. No es ya el mito de la ciudad perdida desacreditado por la sátira de Voltaire. Es la revelación de la piedra adorada por los incas y despreciada por los conquistadores.

Copiapó, palabra derivada por los aimarás de Copayapu (copa de oro), rebalsa en sus hijos todas las ansias del país. Siguen las huellas de Almeyda dos atacameños: José Antonio Moreno y José Santos Ossa. Moreno explora el desierto por el flanco accesible de la costa: llega al mar. Los primeros vapores de rueda que navegan en el Pacífico, en 1840, embarcan los metales de sus establecimientos beneficiadores de Taltal y Paposo, siendo el iniciador del intercambio comercial con Europa. Le llaman el *hombre del cobre*.

José Santos Ossa es el prototipo del chileno del desierto con todas sus energías y temeridades. Cateador, minero, industrial, explorador. Su niñez se desliza escuchando la relación maravillosa de los grandes descubrimientos. Chañarcillo es el palacio de plata donde empiezan todas aquellas historias.

La india Flora Normila había huído de su pueblo para vivir sus últimos años lejos de los hombres, en las alturas de una serranía llamada la punta de Pajonales. Allí estableció su majada y apacentaba sus cabros y sus borricos leñadores.

Cuando al caer el sol recogía y juntaba su pequeño rebaño en el aprisco, solía llegar a descansar a su choza don Miguel Gallo, de paso para su establecimiento cuprífero del Molle. La india hecha, a pesar de todo, de amor y de dulzura, participábale de su agreste mate y de alguna tajada de sus cabritos.

Cierta vez que lo notó intranquilo, abatido por el peso de sus afanes, díjole, quedamente, sin que el señor Gallo hiciese mucha atención, que ella podía librarlo de pesadumbres haciéndolo dueño de una riqueza que tenía muy cerca de la choza. Muchas otras veces le repitió lo mismo y el señor Gallo otras tantas veces se desatendió, preocupado siempre de sus minas de cobre, de sus ingenios de fundición, de las leñas de las quebradas con que alimentaba sus hornos. Parecía querer atribuir el ofrecimiento de Flora Normila a un deseo de prosperidad que tuviese para él, y así se lo agradecía, llevándole en sus alforjas la yerba, el azúcar, la coca.

La buena india poco después, callada como había vivido, murió. Su hijo, Juan Godoy, mocetón fuerte y bien constituido, se ocupaba en los trabajos serranos de acarrear leña para los establecimientos de fundición, y su madre lo había hecho depositario del secreto pidiéndole no participarlo a otro que no fuera el señor Gallo.

La historia ha tenido otras versiones de aquel amanecer de Juan Godoy, recostado sobre un crestón de plata de Chañarcillo. Pero, sea como fuere, le tocó a don Miguel Gallo recibir del humilde leñador el mineral más opulento de Chile, riqueza que formó la fortuna de innumerables familias, acaso la de la República misma.

Los caminos que recorren los primeros buceadores del desierto dan noticias de una vasta y rica literatura geográfica que, más tarde, sólo la abnegación de la ciencia inspira nuevas excursiones. A este orden pertenecen los viajes científicos de Darwin, Humboldt, Phillippi y otros.

LOS ANSIOSOS

Los que siguen la ruta de los descubridores desatan la imaginación apurada y violenta del ansioso. Las ca-

ravanas de cateadores toman rumbos inverosímiles. Lopez, busca guano; Morales, minas de oro; Carabantes, yacimientos de cobre; Barazarte, plata; Pig González, salitre. Nadie sabe lo que desea para enriquecerse. Los santiaguinos invierten sus últimas onzas peluconas en una expedición aventurera. El agricultor se hace minero. El marino deja su buque por el toldo del cateador.

El ansia crece con el derrotero. Los cerros del litoral dejan en las aguas un tinte oleoso, lujuria de color y de fuerza. Hay en esos cerros vetas negras y coloradas. Y cuando salta el sol el gredelín, el púrpura arcilloso, el pardo oscuro, el morado claro, el verde alfónsigo, el rojo fuego, se ven en la roca picada al mar. La tierra está metalizada. Es una invasión de colores. Los aires emolientes incitan a internarse.

El derrotero de los Naranjos es alentado por los informes de los descubridores. El desierto avaro guarda el misterio de sus riquezas para los constantes y tenaces. ¿Por qué desconfiar?

La leyenda está viva. Nicolás Naranjo construyó un buque en La Serena para llevar al norte un cargamento de congrio seco. En uno de los puertos de la recalada, vendió el buque y regresó para construir otro de mayor tamaño. Naranjo había desechado el negocio del pescado para ir a trabajar una rica mina de oro.

Durante su permanencia en el distrito de Atacama medicinó y salvó a un indio chango, de Paposo, quién agradecido le condujo al interior del desierto mostrándole una gran veta de subida ley, de la que extrajo un bolsón de colpas, que, beneficiadas en La Serena, rindieron diez libras de oro puro.

El feliz minero fabrica el nuevo buque; lo echa al agua y se da a la vela, desde Coquimbo, el 25 de Diciembre del año 1806. Pero la embarcación, a poco andar, se inclina de babor, quizá por la mala estiva;

marcha algunas horas sin recuperar su posición natural. En la tarde se hunde frente a la Punta de Teatinos, ahogándose Naranjo y los ocho tripulantes.

Desde entonces este derrotero es una de las leyendas favoritas de los mineros del norte. Las caravanas de exploradores que han ido en su busca suman cientos, pero el misterio permanece. Los ansiosos no han logrado hartarse con esta conquista. Hay un sino fatal en el desierto que hiere de muerte a los que se acercan. La venganza de la tierra incomprendida donde es un culto el símbolo mitológico del guanaco, el cóndor, la llama; donde la piedra tiene la cara del indio con gestos que recuerdan la pena, el terror, el odio, el amor.

El ansia de riqueza ha transformado los hombres del país. En el penoso esfuerzo nacen virtudes que convergen en una evolución social. La vida de las minas, el continuo contacto con la muerte, la esperanza de nuevos descubrimientos, reúne a los hombres dándoles la santidad de la sustancia primitiva. Hay un pensamiento comunista. La tierra es de todos. El camino del Inca tiene en el desierto el prestigio de la antigua civilización incaica, que anima el aliento creador de los dioses nativos. De esta obra de solidaridad humana nace nuestro progreso. Pero, cuando los descubridores, los mineros de Atacama, los cateadores y arrieros han desaparecido, se rompe la unidad emocional de los nativos. Los hombres extranjeros que vienen a elaborar riquezas en el desierto, vuelven pronto a sus patrias originarias llevándose el tesoro de los ansiosos y dejándonos solamente esa llaga geológica que llamamos *hoyo*. Entre tanto la barbarie de su codicia lo ha corrompido todo. No es ya el esfuerzo individualista que mantiene el ideal. Es la especulación voraz que deja como migajas del banquete el exiguo derecho que se paga al país por llevarse su riqueza.

za. Los nuevos colonizadores ni mueren ni se redimen.

Los nietos de aquellos visionarios, corrompidos por la molicie y huérfanos de la herencia moral de los descubridores, se dejan seducir. Los nervios endurecidos de los abuelos se ablandaron en la costa para crear una burocracia medradora, incapaz del menor esfuerzo.

El hijo del sur, desarraigado de la tierra generosa que lo sustentaba, se obscurece en una masa informe, dolorida, deshecha moralmente por el trabajo brutal.

Cuando la explotación deja de producir a ese capital extranjero, sin arraigo, las cantidades fantásticas de otrora, se paralizan los trabajos y en las pampas quedan las máquinas de elaboración, abandonadas como barcos arrojados contra la costa por el mar.

Los mercaderes han huído, asustados por la hosquedad del desierto, abandonando sus palacios de madera y calamina para que el terral silbe en las noches los augurios de desolación.

Ernesto Montenegro.

MI TIO VENTURA (*)

TAMBIEN en días de invierno, siempre que amanezca despejado, el tío Ventura viene a sentarse en el viejo sillón de paja del corredor, y ahí se queda, horas de horas, ensimismado, afirmando la barbilla en las manos anudadas sobre el puño de su garrote. Sus ojos ciegos, de un azul de mezclilla muy lavada, miran sin pestañear al sol que asoma por encima del tejado de la iglesia. Permanece así por un buen rato, con la mirada fija en lo alto, como en espera de que este calorcillo que le cosquillea la cara venga a fundir las telas que le cubren los ojos. Poco a poco el viejecito se anima; la tibieza de este sol de invierno hace que corra más flúida la sangre en sus venas nudosas; sus flacas piernas, que se retorcían una en torno de la otra bajo el poncho, comienzan un bailoteo vivaracho, y hasta su bastón parece brincarle entre los dedos, en tanto que su voz cascada y temblona va salmodiando uno de esos romances picarescos con que entretiene sus horas de vigilia. De tarde en tarde saca su bolsa tabaquera, tuerce un cigarrillo de hoja, y después de encenderlo levanta el fósforo a la altura de los ojos para quedarse mirando la llamita hasta que le chamusca los dedos.

Viene haciendo esto mismo, según creo, desde que se quedó ciego, cuando era ya hombre maduro, hará cosa de cuarenta años o más. Es una costumbre tan arraigada en él ésta de acercarse la llama del fósforo a las niñas de los ojos, que sus dedos han criado una costra encallecida, insensible.

—¿Alcanza a ver algo ahora, tío Ventura? ¿Son muchas las ganas de ver que tiene? le preguntamos en coro.

—No vislumbro ni así tantito, responde juntando sus gruesas uñas encorvadas. Suspira como canturreando y agrega: Pero más vale así; me parece que si alcanzara a columbrar siquiera un hilito de luz, me moría de gusto, hijitos.

(*) Introducción a un libro de cuentos populares.

Es un tío-abuelo materno, que viene a pasar sus temporadas con nosotros. Todos los hombrecitos de la familia nacimos años y años después de que él perdiera la vista, y, sin embargo, siempre nos reconoció de lejos nada más que por la voz, como algo que para él tuviera una fisonomía, estatura, color. A veces, con travesura de muchachos, procurábamos confundirle alterando el tono del habla, pero él nos distinguía a cada uno como bajo un disfraz transparente. Más tarde se quedó algo sordo, «por culpa de un aire colado», y entonces la mano reemplazó al oído.

Llegamos junto a él en la punta de los pies, por un refinamiento de precaución, y le pasamos la mano. El la toma con dos dedos solamente, pasa las yemas a lo largo del dorso, hasta la muñeca, y dice un nombre que no yerra jamás. El tacto de esos dedos encallecidos, que no sienten la vecindad de la brasa del fósforo, se ha afinado como si fuera un instrumento de precisión. A veces la mano que se le ofrece se halla vendada a consecuencia de un descalabro, y entonces el tío Ventura levanta la suya hasta la cara del recién llegado, y con un solo pase por el ángulo de la mandíbula lo identifica tan claramente como si lo estuviera viendo en un retrato de cuerpo entero. Cuando años más tarde he oído contar de un célebre naturalista que se jactaba de poder reconstruir un animal antediluviano con que le presentaran el hueso de la quijada, he pensado que el tal nunca llevó a cabo hazaña tan patente como la que veíamos realizar a cada rato sin alarde alguno al tío Ventura. Toda la parentela viene a saludarle de este modo; más tarde son los vecinos y aun suelen llegar antiguos conocidos de lugares distantes, a los que no *veía* desde mucho tiempo, años tal vez.

—Ah, éste no puede ser otro que mi don Jesús María, que Dios guarde! dice muy ufano apenas tiene al visitante al alcance de sus dedos. Tantos años sin tenerle por estos lados. Y ¿qué es de Misiá Tomasita, esa gran señora?

—La pobre falta desde el año antepasado, don Bencho, dice apagándose la otra voz.

El bueno de Buenaventura Lobo se queda cortado por un momento: un nublado de tristeza le oscurece el semblante y su cuerpecillo se agacha como si también sintiera ese llamado urgente de la tierra. Pero su natural animoso se repone pronto, y dice, aunque con la voz todavía quebrantada:

—Vaya, que Dios la tenga en su santo reino, señor. Y con lo joven que estaba todavía.

—No tánto, amigo, iba para los sesenta y cuatro, la pobre.

—¿Cómo dice, don Jesús María? (*con brusca animación*)

usted la confunde con la hermana de la finada, doña Flavia, que cumplió los sesenta y tres el 23 de Junio, víspera de San Juan. Pero doña Tomasa no nació hasta el día del Tránsito, después de la Seca, un año, un mes y veinticuatro días más tarde. Desde hoy mismo le voy a rezar un rosario todas las noches.

Se despiden con muchas demostraciones de aprecio. Algo pasa de una mano a otra; pero la del tío Ventura es tan diestra como la otra es discreta. Así es también la memoria del viejo: en el pasado remoto, donde uno esperaría verle ir a tuestas, él señala una fecha certera, precisa, como si el sol que alumbró la primera mitad de su vida siguiera iluminando los contornos netos de aquellos sucesos. De sus hijos y nietos, y de todos nosotros, él recuerda al punto la fecha, el día de la semana y hasta la hora de nacimiento de cada uno, junto con los acontecimientos locales de la época.

—Fué un 4 de Octubre, día de mi padre San Francisco. Pusieron la primera piedra de la capilla ese año. Las heladas fueron muy grandes, hasta Noviembre; las viñas quedaron hechas una compasión; pero las sandillas se dieron así de hermosas.

La misma cronología infalible se aplica a algunos objetos, si tal puede llamarse su palo, por ejemplo, que ya era un instrumento dócil bajo su mano mucho antes de que ninguno de nosotros aprendiera a dar paso.

—Me lo trajo del Norte un entonado de mi comadre Bernar-dita, (que es, también, su hermana), el año 82, dice acariciando el puño de su bastón, que parece una cabecita calva, cargada de experiencia. Es (dice mi prima, que acaba de salir de la Escuela Normal) como el apéndice nasal del elefante de Cuvier... de Cuvier o tal vez de Buffon, que se hubiera aprendido de memoria todos los altibajos del camino y que hasta sospecha dónde hay exceso de humedad. Es, en suma, un palo tan fiel y tan inteligente como un perro, que a veces se irrita por su amo y suele caer de improviso sobre el imprudente que lo provoca.

Tras una de estas excursiones por el pasado, el tío Ventura y su garrote vuelven a sumirse en un bien ganado reposo, el uno sirviendo de soporte a la barbilla del otro. Pronto sale a relucir la bolsa tabaquera (los bordados de lentejuela, que él no alcanzó a ver, pero que encuentra primorosos, son obra de su nieta Carmen) y el ciego se pone a paladear la hoja picante y aromática del maíz. Su boca desdentada engulle con delicia este manjar de humo que no exige una trabajosa masticación.

Y mientras la pequeña linterna de su cigarro persigue por dentro las imágenes que anidan en los recovecos oscuros de su

memoria, nosotros le rodeamos pedigüeños en espera de un chascarro que sea como un tente-en-pie hasta el cuento de esta noche. El nos siente en derredor, y tan pronto como ha oído la voz de cada uno podría señalarnos con su palo y pasar lista al corro entero. Nosotros le observamos sin cansarnos, con la curiosidad glotona del niño, en tanto que sus ojos entornados parecen perseguir un cabo suelto en la madeja revuelta que deben de ser sus recuerdos. Pero no hay tal; todo es mencionarle las primeras palabras de una historia para que el resto corra sin tropiezos, sin una falla, como devanándose de un carretel que rueda cuesta abajo...

A contar para saber
y saber para contar:
pan y harina
pa las Capuchinas;
son poquitas y bailan bien
y se arriman al malambo
como moscas a la miel.
Este es que era.....

No importa cuántas veces le oyera uno esos cuentos—y habría por lo menos un medio centenar de ellos,—cada vez cada frase estará dicha con las mismas palabras, exactamente en el mismo tono, hasta con la mismísima pausa al llegar a cierto punto, en que debíamos intervenir a pesar nuestro con un «¿Y qué pasó entonces?» que le disparábamos de lo alto del círculo de silletas donde nos agazapábamos.

—Espérense, niños, que me ha dado una secazón muy grande al pecho.

Alguien se levanta con sigilo, pasa al comedor y vuelve con un vaso lleno hasta el borde. El tío Ventura lo vacía de un solo trago, hace un gesto agrio como si en la oscuridad del comedor hubiesen sacado por equivocación de la botella del vinagre (pero ya sabemos que es su manera de expresar que el mosto está exquisito) y ahora el cuento prosigue sin contratiempos por un breve espacio. Sólo que el tufillo de la bebida alcanza al fin a los personajes, y aun las mismas damas de la Corte dan en reirse con descaro, y el propio Rey comienza a usar palabras malsonantes, hasta que alguno de los mayores de la familia viene a asomar la cabeza por la puerta que da al corredor con miras de hacer entender moderación a toda esa gente. El tío Ventura oye la reprimenda con una risilla socarrona, refunfuña algo, y de ahí para adelante la narración marcha a tropezones,

con los personajes a la desbandada, para morir al fin en un balbuceo ininteligible, mucho antes de que el menor de los tres hermanos haya vencido a la Sierpe y conseguido para él la mano de la Princesa encantada.

Pero justamente hoy el tío Ventura no está con ganas de contar cuentos. Entonando una canción antigua por lo bajo, aparece muy quietecito, con su perfil enjuto, de la papada floja y la color subida, tal un viejo gallo de pelea. Sus ochenta y dos años están escritos como en pergamino con los caracteres menudos y angulosos de sus arrugas, que le cosen la cara sin privar a la piel de una sana coloración, bajo la cual se deja adivinar la afluencia de una sangre todavía cálida apenas una impresión fuerte, ya provenga de un bromista necio, un viejo amigo que llega, o hasta el recuerdo de las mozas de antaño, viene a sacarle de su habitual ensimismamiento. El bigote le cae en hebras finas y tupidas sobre una perilla rala y áspera, mientras que unas guedejas sedosas y muy albas le bajan por detrás de las orejas y rematan en la nuca en una pelusilla tan leve y tan blanca, que da la idea de una espuma de jabón sobre la piel rojiza.

Visto que esta tarde no quiere oír hablar de cuentos, ni siquiera de una broma de Pedro Urdemales o una aventura de San Pedro cuando salió a correr mundo con Nuestro Señor Jesucristo, uno de los chicos regalones quiere saber de boca del tío Ventura cómo fué que se quedó ciego. La historia la conocemos ya por los mayores, por él mismo, pero oírla una vez más es siempre una experiencia agradable.

Fué el año 59, dice el ciego, como si dijera ayer. Nos habían licenciado de la revolución de San Felipe y todavía andaban los ánimos entre acholados y soberbios. Yo era entonces medio lacho, les diré, ¿y no tienta el diablo, pues, que en la chingana de don Angel Silva me voy topando con mi vecino Tomás Morán (Dios tenga perdonado al pobrecito) que estaba también con sus copas y comenzaba a bailarle una cueca con muchas guaras a una pollona que yo conocía. Verle y ocurrírseme cobrarle allí mismo unos cuantos cobres que me debía de unas semillas... ¿no ven que hay días en que uno amanece con toda la mala? Bueno, señor, apenas llegan al fin del primer pie, me cuelo por el medio de la pareja con un vaso de ponche que le ofrecí a mi temple, y después de brindar con ella me encaro con el guapo de Morán .

—Vaya, amigo, comienzo así con una risita—tan bien ape-
rado que lo han de ver con el lazo que anda triendo a los co-

rrones, y no le parece que hubiera sido más bien visto que me pagara la miseria que me debe de cuantoá, vamos a ver?

—Claro que te voy a pagar, zarco entrometío, no más. Al tiro te voy a dar esto a cuenta por lo a tiempo que llegáis! Y sin más, me tira con el vaso que le pasaban para que brindara con la suja aquella. Me acertó medio a medio de la cara, y el vino o la sangre, y el dolor también, no me dejaron ver más. Tampoco sé lo que pasó, con el llanterío de las mujeres y los retos de los hombres. Cuando me sacaron las vendas, como a las tres semanas, lo más bien que podía distinguir algo con el ojo derecho. Me acuerdo de que todas las noches soñaba que recobraba la vista: qué lindo se veía todo otra vez; después, hasta los colores se me confundieron. Ahora hasta cuando miro al sol llego a ver azul-retinto de lo negro de esta escuridá.

—¿Y cómo fué a quedar ciego del todo? majaderea uno de los regalones.

El tío Ventura piensa un poco y luego parece escoger entre todas las explicaciones posibles la que tiene por más natural:

—Fueron unas gotas que me echó el médico en el ojo bueno. Apenas me cayeron dentro, hasta el tino para andar me parece que lo perdí. Llegué a casa a topetones. «¿Qué tienes, Ventura, hombre de Dios?» me dice la pobrecita de la finá Candelaria, tomándome del brazo y llevándome pa dentro. «Me parece que me he puesto ciego de un repente» le digo yo. Y del dolor, y de la rabia también, me corrían las lágrimas del ojo quemado.

Su mujer y dos de sus hijos murieron a lo largo de estos cuarenta años; crecieron sus nietos sin que él llegara a conocerlos más allá de esa especie de caricia furtiva que es el toque de reconocimiento de su mano. Pero su genio es siempre animoso y el buen humor no le falta, mientras que su corazón, enternecido por el propio infortunio, perdió en petulancia lo que ha ganado en simpatía por la desgracia ajena. Nadie como él para contar un caso gracioso con la propia entonación en el habla de los personajes. Pocos tan oportunos para tocar la cuerda sensible bajo la dura corteza campesina:

—Tampoco olvido en mis rezos al finado Tomás, hijito, le dice como al pasar a alguno de los sobrinos y herederos de Morán, cuando se paran a saludarle y dejarle algún «engañito» como él llama desdeñosamente a lo que le dan. Los sobrinos le pasan su moneda con el aire contrito de quien paga un legado forzoso, convencidos como están de que no hay otro medio de que su bienhechor acorte sus años de purgatorio.

Esta gracia en el rezar y en el contar es lo que hace al tío Ventura tan bienvisto en los velorios, donde comienza por en-

cabezar los rosarios de quince casas con las mujeres, para terminar espantándoles con sus chascarros el sueño a los hombres a la hora en que el vaso y el mate pasan de mano en mano y las velas comienzan a heder y a apagarse. Apenas oye decir que otro de sus conocidos ha muerto, el tío Ventura anuncia que esa misma noche comenzará a rezarle veinte padrenuestros y veinte avemarías por el descanso de su alma, y así por lo que le resta de vida; pero como estos compromisos parecen haberse acumulado ya con exceso, ha discurrido ir añadiendo una letanía de nombres a los últimos rosarios de cada noche: *Por el ánima bendita de la finá Gregoria, de la finá Cruz, del finao Pedro Juan, de mi compadre Palemón, de la comadre Rosa;* y así hasta que se duerme, allá por las diez. Su único alarde, y tal vez su único desliz de memoria es cuando asegura que no duerme una pestañada semanas enteras y que se pasa rezando hasta el aclarar por sus amigos, parientes y conocidos. En realidad, nos ocurre a veces despertarnos con los ojos humedecidos de sentir entresueños su voz lenta e insegura, entonando las *Alabanzas*:

Ya viené rompiendo l'alba
con la luz del claro día;
alabemos al Señor,
a Jesucristo y Mariía!

Cuando el tiempo está lluvioso el tío Ventura se queda en cama rezando hasta muy entrado el día. Su voz de pecho llega hasta el patio como el rumor apacible y monótono de una olla que ha soltado el hervor. La ceguera ha simplificado su vida interior al igual que sus hábitos, reduciendo sus necesidades y explicando muchas cosas por una simple fe en lo sobrenatural. A semejanza de lo que he podido notar más tarde en el caso prodigioso de Helen Keller, el tío Ventura creía en el milagro cotidiano, en una potencia de justicia distributiva, y era también en consecuencia, y sin explicárselo, religioso y socialista a su manera. Un rincón junto al fuego, un plato de algo caliente y una voz amiga, de cuando en cuando, eran bastante a impedirle caer en cavilaciones morosas, manteniéndole en aquella perfecta gracia epicúrea del viejo de cuerpo vigoroso y alma sencilla que ni desea ni teme a la muerte. Como no tiene suyo más que lo que lleva encima, el mundo no puede distraerle con halagos interesados; y, según parece, la voz sola resulta menos engañosa y más reveladora que el semblante. Por eso la palabra de algunas personas, apenas llegaba a sus tardos oídos, tenía la

virtud de refrescarle la color de la cara y de animar su voz con exclamaciones alborozadas, mientras que en otros casos su sordera era peor que incurable.

—¿Les he contado alguna vez el caso del Jefe de los Cívicos, el mayor Barrera? nos dice un día que se ha presentado uno de esos visitantes importunos. Don Samuel Barrera era un hombre de cara de hacha, con la voz aflautada, áspera como lima. Verán cómo estas cosas se heredan, si está de Dios que el malvado reciba su castigo en este mundo, cuando más no sea en sus hijos. El jefe de los Cívicos, siendo de los Gobiernistas, entró a San Felipe con un piquete del Buin, una vez que los andinos bajaron a ayudar a tomarse la plaza. El pobrecito de don José Mercedes Segura estaba entre los redotados, además de haber perdido una fortuna en equipar una fuerza. «Búsqwenlo hasta por debajo de las piedras!» gritaba don Barrera, echando espumarajo por la boca y revolviendo los ojos, como los que caen con gotacoral. Los de la patrulla llegaron detrás de él a la quinta de don Pío Herrera, primo-hermano de los Segura. «Aquí no hay ni una almita, mi amito lindo» gilibeaba poniendo tamaña jeta una pícara mulata que habían criado en la casa; y al mismo tiempo que se hacía que se limpiaba las lagañas mostraba al parrón con la punta del delantal. Lo bajaron al tiro a punta de lanza, y cuando en la agonía se revolcaba en el suelo, vino el Mayor Barrera como el mismo demonio, le atravesó el carrillo con la espada y le cortó la lengua. Bueno, ¿creerán ustedes que a la pobre señora del comandante Barrera le va naciendo ese mismo año una niña con un costurón tamaño en la boca, y el habla toda estropajosa, como un continuo lamento?

Como el tío Ventura siente que las caras están así de largas, y más de alguno está tragando saliva por temor a una pesadilla esta noche, la velada termina con alguna travesura de su niñez—la de las pepas de sandía, por ejemplo:

—Esas fueron cosas del negro Aniceto, nos advierte en descargo de su conciencia. Nos habíamos entrado los tres con el finado Pedro Juan al sandial de los Gorigoitia; pero resultó que la fruta estaba apenas pintona. «Yo les diré lo que vamos a hacer para no perder el viaje—dice el condenado de Aniceto—vamos a tener una matanza de godos ahora mismo». Mandamos al pobrecito de Pedro Juan por el sable que tenía mi padre en su poder, como celador que era entonces. «A ver, dos de guardia, tráiganme a ese facineroso!» gritaba Aniceto escupiéndose las manos y remangándose el algodón. Le hacíamos rodar a duras penas unas sandillas azotadas del tamaño de un ternero, y ¡ras! zumbaba el sable, y no quedaba más que el

desparramo. «Ahora me toca a mí,—decía yo, tomando el sable a dos manos—arrastrén hasta aquí a ese godo coludo» y, en un-dos-por-tres, dejamos toda aquella fruta verde o a medio madurar hecha un picadillo.

Nosotros nos quedamos mirándonos unos a otros, sin saber si celebrar o lamentar el charqueo de las sandías. No sería más fuerte la impresión si el tío Ventura nos dijera que lo que sangraba por los camellones no eran corazones de sandía, sino los mismos corazones de los Talaveras! Pero él se halla tan metido en sus recuerdos que no siente este silencio, que es casi de reprobación. Con una sonrisa de otros tiempos, una sonrisa de niño, continúa:

—A eso de las oraciones volvimos a casa, con la boca seca, rendidos. Para entrar dimos un rodeo y saltamos las tapias del sitio. Con el apuro Aniceto metió el sable en la vaina tal y como estaba, y manda a Pedro Juan que vaya a dejarlo en el rincón, detrás de la cama de mi padre. El «patrón» estaba sentado en el escaño del corredor, sobando un látigo.

—A ver, Pedro Juan, dice, acércate;—¿a dónde han ido tan temprano a las sandillas, niños?

—¿Qué sandillas, padre? Nosotros no sabíamos que tengan sandillas en ninguna parte, señor.

Aniceto se agacha hasta el suelo a hurgarse una espina en la planta del pie; yo y Pedro Juan nos miramos asustados, no tanto por los azotes que vemos venir, como por la sospecha de tener un padre adivino, brujo quién sabe. O si alguien nos había visto entrar o salir del sandial y había venido a decírselo, ¿qué sería de nosotros cuando descubrieran el daño que habíamos hecho? Aniceto se había puesto descolorido como difunto; a mí me ardía la cara de pura confusión; miro a Pedro Juan, que ya soltaba el llanto, y qué voy viendo, adivinen ustedes ¡si no son tres pepas mujas así tamañas que le asomaban por la abertura de la camisa, muy pegadas al pecho!

Los del carro reímos como locos, en el más completo olvido de los rebencazos que debieron seguir, o por eso mismo. Reímos como si el tío Ventura fuera uno de nosotros y se viera todavía en aprietos por culpa de alguna jugada que acabáramos de hacerle. Sólo cuando hemos desahogado bien los pulmones, alguien siente el deseo de saborear los detalles de la escena:

—Aquello no fué nada para lo que nos pasó más tarde, dice el tío Ventura, tocándose una marca serosa sobre el rojo del pescuezo. Lo bueno fué cuando días después, un lunes, lo recuerdo como si fuera ayer, mi padre quiso apartar una pelea a cuchillo que se había formado entre el Mellado y el mayor

de los Terán, que ya estaba debiendo, según se decía, tres o cuatro muertes. Mi padre fué por el sable; ¡pero ni tirando de a dos por banda pudieron nunca despegarlo de la vaina!

—Tío Ventura, ¿había muchos brujos en su tiempo? le pregunta una tarde el *Pito*, uno de los menores de la familia, que es delgadito, del hablar nervioso y atropellado, y que parece gozar con todo lo que da horror y miedo.

—¡Hum! no faltaba por ahí: Atanasio Vargas, por ejemplo. Atanasio se ocupaba en labrar yugos; tomaba toda la semana, desaparecía el sábado en la noche, y el lunes por la mañana tenía toda su obra acabada que era un primor. Lo que hay es que los brujos, en llegando el sábado, entre dos luces, se untan un unto mágico en la cabeza, dejan el cuerpo botado, y se van volando convertidos en chonchón, a juntarse con el diablo y con esos que llaman masones. De mí les diré que nadie me ha podido quitar nunca de la cabeza que fué Atanasio Vargas el que me hizo la broma del Empelotao.

(El círculo se estrecha en torno al brasero; los más chicos miran de soslayo al rincón oscuro del cuarto. La noche llega, pero nadie se acuerda de ir por la lámpara. El narrador prosigue después de aclarar la voz con un vasito de ponche anisado algo cabezón).

—Fué la última vez que me metí con *táures*. Yo era ya guainita, y les diré que me gustaba la baraja que era una temeridá. Nos habíamos entretenido hasta tarde en un partido de monte en la Cancha de Gallos de los Rozas, y yo tenía que atravesar la hacienda para llegar temprano a mi trabajo. Lo peor es que acababa de perder en dos jugadas una peseta reyuna que mi madre me había dado para que le mandara hacer unas caravanas a mi hermana Cruz. Como había luna llena, me había ido quedando, quedando, en espera de que alguien me diera barato para tentar la suerte otra vez, y era pasada la medianoche cuando salí. La luna estaba como la mitad del día. Paso el potrillo; paso el estero ¡no se veía un alma! nada más que los quiltros que salían a ladrar al camino. Yo voy silbando para acompañarme y pensando en todo lo que tendré que trabajar antes de juntar la plata de los aros, cuando me meto a la gatera para salir al potrero del Medio, que tenía que cruzar. Ya les he dicho que había luna llena; el trigal del potrero, así tan alto: hasta la sombra de las cañitas se veía desde el claro del desagüe. Yo que corto por el caminito, cuando diviso a unos cuatro pasos delante, tendido y en cueros vivos, el cuerpo de un cristiano sin pizca de cabeza, que se meniaba de aquí pallá, como si recién lo hubieran degollado.

«Eh, don! le digo apenas pude sacar el habla—¿a quién se le ocurre ponerse a dormir así y con el sereno que empieza a caer!» Yo le hablaba como se hace con los que han tomado sus copas y tienen el sueño pesado; pero ya iba viendo que no había tal. Por la espalda me subía un hielo que al llegarme a la nuca me engranujó el cuero de la cabeza. Sin hallar qué hacerme, yo me ladeaba de un lado y otro, en procura de ver si le divisaba la cara a aquel cuerpo empelotas, ¡pero qué iba a hallarla nunca! Mordiéndome de puro miedo me agachaba a escarbar buscando una piedra, siquiera una *champita* para tirarle al bulto: un puñado de arena seca era todo lo que se me deshacía entre los dedos, y cuando se lo tiraba, el Empelotao volvía a remecer las cañitas como con burla. No sé cómo junté valor al fin para volver atrás; pasé la gatera y tropezando por aquí y cayendo por allá, alcancé hasta frente al primer rancho de donde me recogieron desvanecido ya con el sol alto.

Un hombre con un brazo metido en el vendaje de un pañuelo de seda carmesí espera desde hace rato en el marco de la puerta. No habíamos reparado casi en él, a pesar de que por momentos apoya el codo con fuerza en el hueco de la mano, y se muerde los labios descoloridos. Pronto debe de haberse interesado tanto él mismo en el misterio que nos apasiona a todos, que solamente al llegar la narración a su fin, el desconocido se adelanta y dice con aire compungido:

—Disculpe, don Bencho, vengo a que me haga la caridá de aliviarme de este brazo que me duele montón desde anoche. El doctor del hespital me lo vendó; pero parece que jué pa pior, no más.

A lo que se ve, tener vista es en muchas importantes materias un asunto baladí; en esto de aliñar huesos, vaya un caso. La mano del compositor trabaja con mayor tino cuando el ojo no está ahí para extraviarla con falsas apariencias o guiños de dolor. Ahora mismo el tío Ventura toma el brazo dislocado y con gran cautela va tanteando los músculos palpitantes, mientras el paciente vuelve la cara del otro lado para no dejar ver las lágrimas. Cuando menos se piensa, los dedos que resbalaban tan suavemente aprietan sus dobles tenazas, al mismo tiempo que el operador da al brazo un brusco tirón de costado. El hombre queda con la boca abierta, sin alcanzar a dar el grito. Y eso es todo. Luego fajan de nuevo el brazo hinchado, aromatizándolo con tabaco y aguardiente (el aliñador aspira la mixtura como aspira el incienso el creyente) y el visitante se despide dejando algunas monedas y muchas promesas de recompensa futura.

—Claudito, hijito, me ruega la voz del tío Ventura por lo bajo; si han quedado unas gotas en el vaso, póngamelas en el café, que paso tan desvelado que hasta la memoria comienza a fallarme.

Nos atropellamos dos o tres por ir en busca de las gotas de aguardiente, pues no valen las advertencias de los mayores cuando están en peligro las facultades del narrador.

En ocasiones nuestra buena disposición para complacerle le hace condescender a contarnos episodios más íntimos de su mocedad, bien que los mayorcitos comprendamos que hay muchas cosas por demás interesantes entre sus recuerdos que él no puede compartir con nosotros.

—En eso de las apariciones, no se me olvida una vez que me habían dejado cuidando un piño de ganado cuyano pal lao de Catemu, comienza con una voz que al salir acolchada en las bocanadas de humo de su cigarro suena cálida y blanda al oído. Una noche, ya tarde, el capataz se enfermó y se fué para las Casas. Yo no era más que un chiquillo que apenas me apuntaba el bocito, con poca experiencia en animales cuyanos, que es ganado que da mucho quehacer. Para mejor el capataz me llevó mi perro Barcino, por miedo a caerse por el camino y quear abandonao.

Algunos de los bueyes estaban tan despeados que no querían ni pararse a tomar agua, y había que ayudarles a levantarse. Otros comen palqui, al que no conocían, o telarañas, y van dejando un hilito de sangre hasta que caen y mueren. Otros se tumban como odres de hinchados, de tanto comer pasto caliente, y no hay más que meterles el cuchillo ahí mesmito para aprovechar el cuero, antes que los perros alzados vengán y los hagan tiras. Esa noche soplaba un sur algo fuerte, que anunciaba helada de fijo, y yo andaba en la última ronda antes de ir a recogerme. Mi caballo amusgaba las orejas en la escuridá, al pasar casi tocando algún buey echado que se despertaba con un resoplido que olía a alfalfa tierna.

(Del corredor llega un grato aroma de azúcar quemada; voces en amigable charla, junto al fuego; y todo esto hace muchísimo más agradable oír contar al tío Ventura de cuando andaba vagando por las quebradas de Catemu, entre bueyes medio salvajes, y sin más compañía que su caballo rabicano).

—Al llegar a la aguada voy descubriendo un buey del asta gacha y de mucho cuerpo que se estiraba ya resollando fuerte. No podía pensar en descuerarlo, cuando no se veían ni las manos; pero no había más que abrirlo y cuidarlo toda la noche.

Hice una buena fogata de maitén, tiré lejos el tripal y puse una buena tira de malotilla en las brasas.

Yo que comienzo a comer muy tranquilamente, cuando un chonchón pasa casi tocándome y se pone a gritar con esa risa burlesca que tienen: *Ja-ja-ja-ja!* ¡Vuelve mañana por sal, molledera! le grito yo, con una palabra más fea. Eso fué lo malo. Si le digo *Sin Dios y sin santa María* no es nada el porrazo que se da el hechicero.

—¿Y volvió?

—Ahora verán. Después de comerme mi asado yo me tiendo a dormir contra el mismo costado del buey, que estaba todavía calentito. Me estaría quedando traspuesto cuando el viento que soplabá del bajo me trae una voz, pero tan de lejos que parecía que me habían dicho en secreto bien junto al oído:

«¡Ventuuraa!»

Yo me enderezo medio entumido y atizando las ramas de maitén, me empino gritando con todo lo que me daban los pulmones:

«¡Al fuegooo!»

(*Los niños nos apretamos uno contra otro, hundiendo la cabeza entre los hombros a fin de precavernos contra el relente que caía aquella noche, hace medio siglo, a muchas leguas de aquí. La voz del ciego prosigue más viva en la oscuridad;*)

—Lueguito se apareció el capataz mayor, un tal Villagra—el tuerto Villagra—al que le daban fama de brujo. Otra persona quedaba atrás en un caballo negro, con ojos que le chispeaban verdosos a la lumbre del cigarro.

—«¿Cuántos faltan?» me dice don Villagra, muy terco. «Con este van cuatro» le contesto yo, bien seco también.

«Ese que está ahí es don Borjita, el patrón, que va de viaje» me dice el mayordomo señalando para atrás. «Con él hemos contado trece animales muertos, y es seguro que es la fiebre cuyana, porque no hay uno que no esté destroncado y con la baba colgando. Tenís que quemarlos todos, Ventura».

—El caballero revolvió el caballo sin decir una palabra. El mayordomo clavó espuelas para darle *ancance*, y antes de alejarse me miró de soslayo, se rió igual que el chonchón, y me gritó: «¡Eso te pasa pa que no ofendáis a los que van pasando!»

—Y así no más jué, hijitos. De madrugada encontré la tendalá de novillos, de los más lindos. Ya entrado el día el campañisto volvió con las nuevas de que don Borjita había muerto hacía para un mes, cuando volvía con un arreo de la Otra Banda. El mayordomo no podría venir a la aparta, porque el día antes se había quéido del caballo y se habría quebrao una pier-

na, según contaba él. (El campañisto tenía sabío que la resbalá había sido del mojinete de su casa, cuando había trastrocado el conjuro de Carlomagno). Hasta ahora nada me quita a mí que él jué el que anduvo penando en vida con el ánima de don Borjita, y después se cobró en el ganado. Porque—como la finá Petrona decía—«no hay que *creerse* de brujos, aunque tampoco hay que fiarse d'ellos».

Es ya algo tarde, pero como nos queda sonando el nombre de esa Petrona, no falta quién pregunte, afectando cierta indiferencia:

—¿Sería ésa, por casualidad, la mentada doña Petronila Salinas?

—Por cierto, ¿no les he dicho? Si hasta pariente de ustedes era, por parte de su abuelo paterno, el finado Juan de Dios. (Este Juan de Dios y sus once hermanos menores tomaron el apellido de su difunta madre en protesta contra su padre por haberles dado madrastra, nos advierte con un ligero paréntesis en la voz el narrador. Cuando el abuelo Juan de Dios estaba con la cabeza despejada era un hombre terco y avaro, de esos que no fuman por no botar el pucho; pero Dios nos libre que anduviera con sus copas, porque entonces tiraba los pesos fuertes como cinco y dieces en un bautizo). La Petrona había heredado todas las tierras que van de la Puntilla de los Salinas hasta el Callejón de La Troya; pero como le gustaba regar el gaznate antes que las siembras, bien poco fué lo que les dejó a sus sobrinos. Al llegar la víspera del Dieciocho la Petrona se iba al pueblo a vender otra cuadra de tierra o una vaca. (La cuadra de tierra de lo mejor valía veinticinco pesos, y la vaca tenía que ser una señora vaca para que dieran otro tanto por ella). El día dieciocho temprano la Petrona se echaba mucho afeite y solimán, montaba a caballo sin medias, pero con una espuela en el pie de la estribera, y salía para las ramadas. Si estaba de buen humor, llegaba festejando a la gente con un lebrillo de ponche; pero si andaba con el capricho, atracaba su alazán a la vara, y mandaba: «A ver, que me bañen en ponche el caballo!»

—Una vez, la Petrona va encontrándose en las fondas con Longo Toro, prosigue el tío Ventura, ya resignado a completar la cadena tradicional de sus recuerdos. (Algunos tomarán este episodio por increíble, pero será únicamente porque no tuvieron la suerte de oírsele a él, en vez de recibirlo ahora de segunda mano). Longo tenía ya más de setenta años cuando el narrador lo conoció, pero así y todo tumbaba un novillo de a pie, echándole un peal de «codo vuelto». Verdad que el hombre tenía

las espaldas tan anchas como un buey, y la nariz tan abultada y partida en tres pedazos, que más propiamente podía decirse, atendiendo al tamaño, que eran tres narices en una. Hasta los niños que estaban ya mudando se dormían asustados si les decían: «Ahí viene Longo Toro».

Si Longo estaba de humor, uno podía pasar un buen rato pagándole tragos a cambio de una de sus diabluras: que mordiera a una mula en el codillo, pongamos por caso. Había que verlo cómo se acercaba tan pajitas a la mula más arisca o al macho más cosquilloso, le tiraba la manta a la cabeza, y se le entraba por detrás, gateando. Y cuando uno se aprontaba a ver volar en astillas la cabeza de Longo Toro, era el macho el que salía gimiendo y pateando al aire, mientras Longo se quedaba con la cara al suelo, muerto de la risa, dejando que zumbaran por encima las pezuñas de la bestia.

—Pero en este Dieciocho de que les hablo, Longo entra a la fonda muy provocativo, dándose de cabeza contra el mesón: «O me la hacen con un lebrillo de ponche, o me vuelvo toro!» Los hombres se ríen, pero le esquivan el cuerpo; las mujeres, más alharaquientas, corren a esconderse, dando chillidos. No queda más que la Petrona, que se enfrenta con Longo, y le grita: «Y a mí qué me importa que te volváis el mismo demonio, viejo asqueroso?»

Longo se mete al corral y ligerito sale convertido en novillo montés, echándose tierra al lomo, bosteando y bufando que da miedo. Pero la Petrona, como si tal cosa, se pone a llamar a los mirones: «Ustedes, hombres, no sean *impávidos*; alcáncenme esa picana con garrocha que hay afirmada contra la quincha de esa carreta!» Ella misma va por último a tomarla y se viene derecho para aquel toro bravo de hombre: «Ah, buey! ah buey! le dice mientras le va hundiendo el aguijón hasta que la sangre salta a borbotones. No pára hasta que Longo se mete al corral y se le pierde entre un piño. Al otro día vienen a decir que Longo amaneció tendido del otro lado de la pirca, tamaño de hinchado y hecho un sanlázaro. Quedó muy cambiado; ya no amenazaba con volverse toro; hasta tartamudo dicen que se puso.

—¿Fué entonces cuando murió?

—No, eso fué cuando le vinieron a decir a la Petrona que un burro se le entraba todas las noches al sitio y le hacía sambar-dos. Al fin se descubrió que era un burro garañón, pero casi tan grande como un caballo. Contra ná trataban de atajarlo; daba un rebuzno, agachaba la cabeza, y no había lazo ni *cabresto* que aguantara. Hasta que un día cuentan que el Quema-

do le dijo a la Petrona: «Vea, doña, cuánto me paga si se lo pillo al animalito ése?» «Bah, lo que me pidáis te doy, con tal de que me lo entreguís en el suelo», dicen que le contestó la Petrona. Convinieron en dos pesos en plata y una cuarta de chicha de uva moscatel. Esa misma noche el Quemado trenzó un lazo de totora, hizo la armada con la mano izquierda, y se fué a esperar en el portillo de la chacra, rezando un Credo al revés. Ahí mismo pescaron a Longo y me lo *arreglaron*. Al otro día amaneció muerto en su cama: se había ido en sangre, como se vió por las goteras que iban de la chacra hasta el rancho.

La lámpara da también sus últimas boqueadas. Un gallo canta las once. Con un largo bostezo, coreamos:

—Buenas noches, tío Ventura.

—Buenas noches, yo rezaré por ustedes, pobrecitos.

Hoy salió en la conversación el nombre de la Plazuela de don Blas Mardones, que queda a la salida del pueblo, como todo el mundo sabe. Pues bien, esto que a nosotros apenas nos recuerda uno que otro matalón que vimos muriéndose de hambre, tendido en la basura, es nada menos que un sitio histórico que al tío Ventura le recuerda los tiempos en que sacaban a los condenados de la cárcel para fusilarlos en un lugar público.

—Me acuerdo de un reo que ajusticiaron el año 65, por Semana Santa, dice. No hubo medio de hacerle confesar la muerte de su mujer, a la que otros decían que le había dado veneno a pedido de ella misma, por saberla enferma incurable. El caso es que el hombre se emperró en negar y ni de confesión quiso oír. Al sentarse en el banquillo, que estaba contra la pared en el rincón de la plazuela, le vimos volver la cara del otro lado cuando el padre vino a ofrecerle el crucifijo para que se reconciliara. Respiró como si viniera muy rendido, se acomodó en el banco, y dijo: «Tánta gente ociosa, nada más que por ver morir a un inocente!» Y tomando el pañuelo que le pasaban para que él mismo se vendara la vista, se limpió con él el sudor, lo arrolló y lo tiró con rabia por encima de la barda. Un pañuelo que no volvió a aparecer nunca fué ése. Algunos dijeron que lo habían visto subir volando en un remolino.

Cuando nos siente callados y mohinos, alguna anécdota ligera viene a devolvernos el buen humor.

—¿Cómo fué la escapada del fraile, tío Ventura?

Recordamos vagamente que fué en esa misma Plazuela. Azotaban en público a algunos reos, de acuerdo con la piadosa costumbre de Zañartu y de Portales, cuando acertó a pasar por ahí un fraile que no pudo reprimir su protesta: «¡Qué indolen-

cia!—dijo levantando los brazos al cielo—tratar al prójimo como a fieras malvadas!»

—El jefe del piquete era el tiznao Apablaza. Un genio como la pólvora. «Ya verís, mocho insolente—le respondió—lo que te va a pasar por venir a ponerle peros a la ley. A ver, dos de guardia, atájenme a ese fraile para darle una docena a cuero pelado!» Su Paternidá se arremangó los hábitos, y patitas pa qué te quiero no paró hasta enfrentar la Calle Real. Los soldadillos taloneando y riéndose detrás del padre, y éste, con tamaños ojos, que se le volaban las sotanas corriendo alameda abajo.

Nuestras carcajadas retumban por los corredores, y reímos, reímos hasta quedar sin aliento, pues por no sé qué capricho de la fantasía, se nos ocurre a todos al mismo tiempo que el fraile que va de arrancada para que no lo azoten en la Plazuela no es otro que el lego del Convento, Fray José, que tanto nos persigue con sus reniegos y cordonazos.

De repente el *Tachuela* sale con esta pregunta, que debió de caer como piedra en un manantial en la memoria apacible del viejo:

—¿Ha estado alguna vez en peligro de muerte, tío Ventura?

El agua se enturbia, pero la piedra toca fondo y todo se aclara de nuevo hasta que la luz vuelve a reflejarse en la superficie, que es la cara del narrador. Con voz pausada, dice:

—Antes de que el tren corriera hasta Valparaíso, mi padre tenía arreos de mulas que traficaban con el Puerto. La primera vez que me llevó con él, tendría yo unos once años. Encima de los cordones de la Costa había un paradero que llamaban la Casa de Tablas, que tenía mala fama, pero no hubo más remedio que alojarse en ella cuando vimos que se nos habían cansado dos mulas. Yo me tendí rendido encima de un fardo de bayeta, y me parecía que recién había cerrado los ojos cuando sentí que daban un portazo, y vi entrar un negro que debía ser un gigante. (Comenzaba a romper el día). Venía el negro cimbrándose y mostrando los dientes. Echó una mirada en contorno, vió que el fardo en que yo me hallaba tendido era el más grande, y sin preocuparse de mí en lo más mínimo me lo quitó de debajo y se lo echó al hombro como jugando. Mi padre se había enderezado en un rincón sin decir nada, teniendo a su perro por el collar. Este perro tenía más cabeza que cuerpo y más hocico que cabeza, y se lo había dejado un caballero extranjero a mi padre. Se llamaba Sertino (?) Al llegar a la puerta, el negrazo se dió media vuelta, y medio riéndose, dijo: «Hasta otra vista, pues, amistá; yo me dejo este bultito de recuerdo, y que les vaya de lo mejó». El, que se vuelve para salir, y mi

padre que le dice por lo bajo al perro: «¡Agárralo!» Ni un ladrido dió siquiera Sertino: le saltó al negro al cogote y me lo trajo redondito al suelo, con fardo y todo. El negro manoteaba para clavarle el cuchillo al animal, pero como éste lo tenía estacado por la nuca, todos los cortes iban en banda. Mi padre trajo un látigo y se dispuso a amarrar al negro, pero el indino, viéndome que me acercaba a ayudarle a mi padre, me largó la navaja al pecho. En ese mismo instante el perro debió adivinar su intención y apretar los colmillos, porque la cuchilla cayó sin fuerzas a un lado. El negro me la juró, lo mismo que a mi padre; pero como era salteador conocido, le dieron el bajo los milicianos antes de llegar con él a Quillota.

Para un hombre que ha visto la muerte de cerca, el tío Ventura tiene un aspecto harto tranquilo. A nosotros nos parece que después de un trance como ése uno quedaría con el pelo tieso para toda la vida, o que no podría reírse jamás nunca. Pero él nó: Por el contrario, suele ocurrirnos encontrarle riéndose solo, a la sordina.

—¿Qué hay, tío Ventura?

—¡Vaya! me estoy acordando de aquel barrabás de Longo Toro y de las jugarretas que se le ocurrían. Figúrense que una vez se le antoja botarse a templado de una rucia muy parada que tocaba el arpa en la chingana de Peralta. Como buen feo que era, Longo andaba fresqueando con todas, y es claro, según pasa con los templados de oficio, unas se reían y otras se enojaban con él. Como la colorina no le hiciera ni pizca de caso, él dice guiñando el ojo: «Güena cosa, tan repolida que me la han de ver!» y ahí delante de todos comienza a tirarle granitos de choclo. A cada grano que le disparaba tamaña bola de viento que se tiraba la pobre. La gente se reía sin disimulo, y a las mujeres parecía que les iban a dar convulsiones. Al fin la rucia se levanta de su piso, llameándole la cara. «Bah, 'eñorita! le dice Longo—cómo es que ha dejado caer el apelativo; pues vea la lindura que se va ejando olvidá en el asiento». Y ahí no más estaba, una docena entera de huevos que había hecho poner a la mujercita el condenao de Longo Toro.

Y así, como monedas antiguas que uno encuentra al ir hurgando en un rincón, aparecen a lo largo de estas tardes lluviosas otros recuerdos añejos, caras ya tan familiares a fuer de tropezadas en los relatos del ciego, que podríamos jurar que las conocimos de cerca. Nos ocurre con sus personajes lo que a esos paisanos manchegos que ignoran quién fué Cervantes, pero que no vacilan un momento en ir a mostrarnos el camino por donde pasó don Quijote, y hasta las ruinas de la venta donde

se alojara. Hay además gentes de carne y hueso en las historias del tío Ventura que nosotros recordamos mejor que él mismo:

—Ese que usted dice no fué el menor de los Terán, le advertimos con autoridad; debió de ser su hermano Angel Luis.

—Muy cierto, así no más es, responde el viejecillo, agachando la cabeza. Al menor de los Terán le decían Lorencito, aunque llegó a tener siete cuartas de estatura. Pero el otro, el mayor, era la misma *pierna* de Judas. Ni en toda una noche podría contarles todas las fechorías que hizo. Hasta que una tarde se va encontrando con el flaco Estay, que era hombre ya algo viejo, de pocas palabras, pero un rayo pal corvo, decían:

Se fueron por palabras, en una maula que le quiso hacer Terán al otro en la rayuela. Se desafiaron allí en la misma falda del cerro. Pero Terán se le fué a Estay a la mala y lo clavó en el costado antes de que el otro se hubiera acabado de enrollar la manta al brazo. «Me embromaste, perro» fué todo lo que alcanzó a decir Estay; pero como el traicionero se agachara a gozarse en el hipo de la agonía que ya empezaba, el moribundo se enderezó en un codo y le rebanó el pescuezo de un solo tajo. Los velaron ahí mesmito, uno junto al otro, en la esquina de la Piedra del León, sólo que la gente echaba casi todas las limosnas en el platillo de Estay. Algunos ya comenzaban a correr la voz que éste se había vengado después de muerto.

Muy a las perdidas, aparecen en la charla del tío Ventura alusiones a tiempos más remotos todavía, cuando los indios vivían en las serranías, con su lengua y sus costumbres apenas tocadas por lo español. Nos hablaba de las «incuñías» en forma de montecillo, de donde se solía desenterrar restos de los principales de la tribu, sus utensillios y armas. De los entierros de onzas y de plata de cruz, y de los aparecidos que andaban penando a fin de que alguien sacara el tesoro y cortara así la ligadura que les ataba a este mundo. Nos contaba de los *chinos* mineros que bajaban allá por Mayo cada año con sus trajes albos, bailando al son de sus pífanos de caña, el peto adornado con talismanes de plata virgen y la corona de cartón con oro-peles y espejuelos relumbrantes. De corrido se ponía a recitar el tío Ventura los retazos de un romance indiano, con sabor a lengua quichua, que había oído no recordaba dónde, pero que repetía poniendo énfasis en ciertas palabras, como si las entendiera:

Acordáte Pantopi chintori—Ye.

Aquí vamu yungásera pani—Ye.

Kuari mapori lanka.—Ye.

Mata i mata i mé.
Santa umé, chiki umé.
Peña mitaña
Señor de Dios...
¡Santa María!

Con el correr de los años esta memoria antes infalible fué debilitándose por épocas, comenzando a fallar, cosa curiosa, por aquellas historias más conocidas de todos—no aquellas que había recogido a su vez de un tío-abuelo, gran contador de cuentos en su día—sino a olvidarse con mayor frecuencia de las que había aprendido cuando ya era hombre maduro, en las tertulias del velorio, el mingaco y la vendimia, donde se juntaba gente andariega y hasta maleante, aparecida de otras comarcas.

Hasta que llegó un día en que la memoria del tío Ventura se deshizo, como quien dice, en menudos pedazos, cuando su salud se puso tan endeble que le daba fatiga hasta de rezar un rosario en voz alta. Entonces nosotros comenzamos a soplarle los pasajes que se le iban quedando atrás en la narración, los nombres y las fechas que se confundían en su cabeza.

Por último se vió el caso de que los más chicos le contaran sus propias historias, acercándose bien a su oído para que no perdiera nada. Andaba entonces en los noventa y dos años. Si estaba de buenas, comenzábamos a enumerarle sus cuentos, comenzando por los episodios más memorables, que él escuchaba con un aire de incredulidad.

—*¿Te acordáis gallito, cuando...* le decíamos con las propias palabras del cuento del Príncipe Jugador.

Y él, con la barbilla casi tocando el pecho, pasándose la mano por los ojos, como he visto más tarde al Milton del célebre cuadro de Munkacsy, balbuceaba:

—No me acuerdo, hijitos.

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

LA ARGENTINA SIN LIBERTAD

DESDE la tribuna de los centros estudiantiles, en las Conferencias Panamericanas y en las columnas de la prensa, el grupo de muchachos y hombres que formamos la Federación Latinoamericana, hemos sostenido nuestra solida convicción iberoamericana y nuestro repudio a la política económica que desarrollan los Estados Unidos del Norte para ruina de nuestra América. Uno a uno, nos ha sido fácil denunciar ante la opinión pública de un sector del pueblo norteamericano, los atropellos que realiza el dólar salvaguardado por una bandera que antaño fuera símbolo de libertad y que ahora lo es del imperialismo más brutal y materialista que haya conocido el mundo. Durante los recientes sucesos producidos en Haití y en Nicaragua, nuestra respetuosa, pero firme protesta, llegó a manos del señor Presidente de la Unión, y otras más le habrán llegado para advertirle que los móviles que guían a su Gobierno para sostener al tirano de Cuba, son del conocimiento de todos los que se preocupan por la suerte de nuestras nacionalidades. Y, sin embargo, fuerza es decirlo, nunca el gobierno norteamericano tuvo la ocurrencia de hacernos encarcelar o deportar, ni aun siquiera nos fueron cerradas las puertas de las Universidades.

Recordamos que en un debate celebrado en el salón de actos de la Casa Internacional, en Nueva York, con alumnos y profesores de la Universidad de Columbia, uno de estos últimos, que actuaba de presidente en el debate, perdiendo momentáneamente el control de sus nervios al sentir que los teníamos fétreamente aprisionados en las mallas tejidas con sus propias teorías de falso humanitarismo e inmovilizados con el peso de un montón de cifras y datos sabia y prolijamente acumulados por sus diversas oficinas de estadística e investigación de ne-

gocios extranjeros, nos lanzó a la cara, como sincero insulto, la siguiente formidable acusación: «Es que nuestra mala política siempre encuentra admirables auxiliares entre ustedes; ahora mismo el Presidente Moncada de Nicaragua, pide al gobierno norteamericano que no sean retirados de su país nuestros marinos». Entonces nuestro presidente, el joven abogado Julio Figueroa, contestó que los gobiernos dictatoriales no representan legítimamente la voluntad de nuestros pueblos y, por lo mismo, careciendo de este apoyo moral para gobernar, tienen que buscar otros, uno de fuerza que es el ejército cuando olvida su verdadero papel, y otro de influencia económica que invariablemente encuentran en los Estados Unidos. Así se explica que todas las asociaciones patrióticas de nuestra América hagan un postulado de la guerra a las dictaduras, porque ellas siempre anulan la voluntad popular con el empleo del ejército convertido en instrumento de opresión, y porque venden integralmente al extranjero,—generalmente a los Estados Unidos,—las riquezas nacionales. Ejemplos: el petróleo y la plata mexicanos, el azúcar cubano, el plátano centroamericano, los metales del Perú y el aceite de Venezuela y Bolivia, amén de otros productos menores y de los monopolios fácilmente concedidos para la explotación de industrias y servicios públicos.

Nosotros, admitiendo que nuestros países necesitan la ayuda del capital extranjero para desarrollarse, nos oponemos enérgicamente a las inversiones que mal legisladas y peor reglamentadas por nuestros gobiernos, pronto conviértense en verdaderos Estados dentro de nuestros Estados y esto, gracias a la complicidad de funcionarios nacionales corrompidos y traidores. Así la mayor parte de nuestra América, un siglo después de consumada su independencia de España, viene a reconocer periódicamente su dependencia a los Estados Unidos del Norte en una vergonzosa farsa denominada Congreso Panamericano, que no es más que la Conferencia Imperial o Colonial de los Estados Unidos del Norte.

Por eso nosotros, siguiendo los consejos de nuestros sabios profesores norteamericanos, decidimos desde entonces aventurarnos en una cruzada de combate que, a través de nuestra América, hiciera resonar nuestro verbo denunciador y cantara también nuestra esperanza por la nueva liberación de la América.

La primera etapa de la peregrinación tenía que ser la Argentina, tierra que sabíamos de libertad y noblemente generosa, donde ya era un hecho palpable el arraigo de la democracia. No desconocíamos ciertamente los últimos sucesos que de-

tribaron al régimen constitucional, pero no queriendo intervenir en una lucha puramente política que era pasajera y sólo debía estar reservada a los ciudadanos argentinos, tuvimos la ingenuidad de creer que existía un verdadero gobierno provisional que se afanaba en devolver a la nación su régimen constitucional por medio del libre ejercicio democrático del voto, sistema que era una gloria para nuestra América, constituyendo, además, una de las dignísimas características argentinas.

Llegados hace unos cinco meses a Buenos Aires, seguimos con entusiasmo la lucha del pueblo que pugnaba por recobrar sus derechos, y más tarde, fuimos testigos de la inexcusable violación de su voluntad claramente expresada en las elecciones de la Provincia de Buenos Aires. Días después la Universidad de la capital era atropellada para introducir en las aulas,—que deben ser libres para ser fecundas,—las ideas absurdas de un hombre cuya educación fué admirablemente orientada hacia la disciplina, la obediencia y el mando, pero no hacia la comprensión de problemas que depasan la altura de la bien lustrada bota militar. La juventud entonces protestó y echóse a la calle a gritar su rebeldía en una huelga que tuvo que fracasar en la prisión y en el destierro.

Ahora, cuando los partidos políticos un tanto olvidadizos del resultado de las elecciones de la Provincia de Buenos Aires, escuchan la invitación del gobierno y principian su campaña electoral sin detenerles el hecho inconfundible de que impera el estado de sitio, sin dolerse de los centenares de presos políticos y de expatriados, nosotros, iberoamericanistas, creímos que podíamos también principiar a hacer oír nuestro mensaje que no es otro que el de confraternidad iberoamericana para llegar por medios prácticos a la realidad de nuestra definitiva unión económica y política. Pero bastó que los diarios anunciaran nuestros propósitos y simpatía por el partido que ahora congrega al obrero organizado, para que el señor Lugones, supremo árbitro de la libertad cívica en la Argentina, nos hiciera aprehender y después de retenernos veinticuatro horas incomunicados nos expulsara del país, como sujetos altamente peligrosos.

A nuestro pesar, tenemos que convenir que el gobierno que arbitrariamente rige en estos momentos a la Argentina, se ha colocado precisamente en la posición que justifica nuestra lucha contra las dictaduras. Para tomar esa violenta medida debe haberse sentido solidarizado con Gómez, el de Venezuela, y con Machacho, el de Cuba, o quiso hacer pública su simpatía por los intereses norteamericanos que cada día crecen en su

país, cayendo así dentro de la clase de dictadores que buscan la influencia extranjera para perpetuarse en el poder.

Nosotros nos dolemos de lo sucedido, pero la actitud de un gobierno de fuerza no interpreta en absoluto al país por el cual sentimos una admiración y un amor de ciudadanos argentinos, puesto que, para nosotros, la patria principia en el Río Bravo y termina en La Tierra del Fuego. — FERNANDO ROBLES.

Montevideo, 17 de Septiembre de 1931.

UNA INTERPRETACION DE LA ESPAÑA GRANDE

(LA RIQUEZA DE SU IDIOMA. SU LITERATURA. SU HISTORIA).

QUISIERA hoy, en este artículo, inscribir, como una profesión de fe, mi amor al idioma español.

El fervor que sentí en otro tiempo por el latín, a causa de su rica variedad, su suprema sencillez, la ordenación lógica de la magistral sintaxis que nos hacía, a algunos, leer el latín con voluptuosidad, lo transporto al español no menos que al francés.

Tiene la flexibilidad, el delicado matiz del francés y su diaphanidad: pero el español presenta, en lo que a la forma y al envolvimiento de las palabras concierne, una pureza de mondadura casi perfecta. Los vocablos franceses hállanse materialmente llenos de letras anacrónicas y superfluas. Las leyes de la pronunciación, erizadas de excepciones y de trampas; estaba tentado de escribir de fingimientos, acechan al niño o al alumno. Subsisten, pesadamente demasiadas huellas de etimología en la vestimenta actual de las palabras. Hállanse recargadas con un parasitismo de historia y de gramática. Piensa uno en el pollito que conserva entre las plumas los restos del cascarón del huevo. Escribimos *longtemps* para pronunciar *lontan*: u, eut, eue, eues, se enuncian igualmente u, y mil ejemplos como éste. En el dibujo escrito del español no hay ninguna letra inútil, y en el plano sonoro, no hay ningún signo que no se tenga en cuenta. Es la línea geométrica de las arquitecturas modernas en que se cepillan todos los detalles que sólo sirven de adorno o de homenaje a la tradición, en que es necesario todo el relieve como el que existe en un disco de fonógrafo.

El idioma de Castilla ha llegado, antes que los demás idiomas europeos, a un grado de casi perfecta madurez. En los siglos XVI y XVII, mientras que en otras partes las lenguas vivas se hallaban aún en formación, brillaban por su perfección artística las obras de Garcilaso, Herrera, Granada, Cervantes, Lope de Vega y todos los espíritus cultos, principalmente en Francia, se vanagloriaban de saber el español.

Pero esta belleza sólida, consagrada por el tiempo, no deja de tener peligro. Tiende a la inmovilidad. Cuando se trata de cosas vivas no puede hablarse de perfección o de madurez que sean duraderas. La perfección envejece, salvo cuando está muerta. La lengua española, presenta, a medida que pasa el tiempo, defectos de estancamiento. Su clásica fijeza se ha hecho demasiado rígida. Adecuada al espíritu de un mundo durante muchos siglos, no se ajusta ya completamente a la vida contemporánea. Su manejo exige tal dominio que se cita y se señala con el dedo, a los que llegan a conseguirlo por completo.

Por esta razón, el castellano no ha conseguido eliminar los dialectos de la península ibérica: el gallego, el portugués, el vascuense, sobre todo, el catalán que está en gran progresión. Es también un hecho que el español que se habla en México y en la América Central y meridional, es más flexible y más vivo, respecto al cual el castellano puro y ancestral señala un retraso. Este castellano puro, incubado por la Academia Española, no debe permanecer como un ídolo intangible colocado fuera de la evolución de las cosas y de la gente; sino veríamos crearse una demarcación, nefasta, por todos conceptos, entre la lengua española literaria y la lengua española hablada.

Es preciso insuflarle sangre nueva. Esta antigua expresión es muy exacta: no hay más que una sola especie de sangre que vivifique todas las obras orgánicas permanentes de los hombres, sean instituciones o sean idiomas.

Es preciso entrar más profundamente en los hechos. El hecho de una lengua, es su literatura, y la literatura es el arma y la herramienta de una civilización, o, para hablar con más sencillez, de un estado de cosas. Una literatura nacional traduce las fases históricas sucesivas de una nación. Para nosotros, gente de hoy, es pues, la literatura española *de hoy* lo que nos importa por encima de todo.

En las épocas abolidas, España fué una de las potencias más monumentales y más opulentas de la tierra. La reconquista del suelo español coincidió con el descubrimiento conquistador de América por la cristiandad española. Luego, en el curso de los siglos, disminuyó esta hegemonía. Los Países Bajos, Italia,

Portugal, sin hablar de Austria, se separaron del Imperio de Carlos Quinto. El siglo XIX trajo, como consecuencia de la revolución francesa y de la revolución norteamericana, la emancipación política de toda la América ibérica.

La burguesía, el tercer estado,—la clase intermedia entre los esclavos del trabajo manual y los grandes ociosos dorados o aureolados,— se ha formado allí como en otros sitios, pero en España ha reaccionado menos que en otras partes. En el dominio literario, donde se trasponen todas las tendencias o realizaciones sociales y económicas, fuera del *Alcalde de Zalamea* de Calderón y *Fuenteovejuna* de Lope de Vega, que muestran los conflictos del rey y de la burguesía, no encontramos más que un solo esfuerzo de expresión y de lucha de la burguesía, bastante enorme, es verdad; nos referimos al *Quijote*. Esta obra capital, intenta poner en ridículo al feudalismo español encarnándole en los actos fantásticos y en las aventuras descabelladas del hidalgo cristiano, pobre y loco, rodeado del aldeano Sancho Panza y del bandido Roque Guinart, pero ni el genio de Cervantes, portavoz de la burguesía, ni lo ridículo mataron entonces a Don Quijote y, durante largos períodos de la historia, según hace notar J. Maurín, *Don Quijote* y Roque Guinart siguen triunfando.

A la burguesía española de antaño le faltaba fuerza. Esa formación práctico-intelectual, sobre la que ponemos este rótulo, estaba deslumbrada, dominada, por el brillo de los blasones y el centelleo de las armas y de las cruces. El siglo XVIII español fué, desde este punto de vista, estéril. Benedetto Croce muestra cómo, la contribución de España al progreso del arte y del pensamiento en aquellos momentos decisivos, fué mínima en la nueva aportación que se manifestó universalmente.

Casi tan sólo en la pintura, y alrededor de la gran figura de Goya, este «Voltaire de la pintura», es donde pueden hallarse algunos indicios, de valor, de la reacción burguesa contra las instituciones y las tradiciones legadas a España por Fernando el Católico. Hasta en sus retratos de grandes, (como en otro tiempo lo hizo el despiadado y grandioso Velázquez) Goya presentó ante la pupila la descomposición feudal del siglo XVIII.

Pero la pintura no es lo mismo que la literatura. El arte de pintar es siempre más revolucionario y al mismo tiempo, más limitado por el arte de escribir. Hállase limitado por su sencillez técnica, mientras que la literatura tiene una complejidad universal que da acceso a toda clase de desviaciones y de espejismos, y le impone movimientos de conjunto más lentos y más vagos.

Después, algunos grandes acontecimientos sacudieron a la burguesía española y la impulsaron particularmente a manifestarse y a defenderse: la invasión napoleónica y, sobre todo, la pérdida del imperio colonial.

La pérdida de las colonias que constituían su mayor riqueza, sumergió a España en un profundo marasmo económico. España no había sabido, o no había podido nunca explotar los recursos de la península y, además, hallábase abrumada, de un extremo a otro, por las tradiciones terriblemente implantadas que constituían con su aislamiento en el mapamundi, la única herencia de su resplandeciente pasado: la monarquía de derecho divino, la nobleza con todas sus vanidades, tanto más prestigiosas cuanto más antiguas eran, los grandes propietarios asidos a los latifundios, el clero y su caparazón territorial de iglesias y de conventos, las castas militares y el hormiguero de funcionarios, servidores del orden anacrónico fracasado en este extremo de Europa.

Por grado o por fuerza, se estableció la lucha entre los liberales y los reaccionarios. La España de 1840 a 1868 fué teatro de insurrecciones, de disturbios, de pronunciamientos y de la caída de la monarquía en 1868, hasta la contrarrevolución de 1874. La reacción se impone de nuevo, en su viejo reino predilecto. Los grandes propietarios agrarios, la monarquía y el clero representan el poder. Este es el período que se ha calificado con el nombre de «los tiempos estúpidos».

La burguesía manifestóse, entonces, particularmente pasiva. Se mostró incapaz de organizar por su cuenta el país como lo había hecho en otras partes, aprovechándose de las exigencias económicas y sociales de los tiempos. No supo liquidar el peso muerto de un pasado que la ahogaba. J. G. Gorkin dice con justa severidad, que fué entre las burguesías europeas una de las más cobardes. Pero, a decir verdad, su actitud fué reflexiva, pues tenía, por encima de todo, miedo a las masas populares. Temía dar ocasión a éstas para que subiesen en bloque las últimas capas sociales. Ha flotado inconscientemente entre el feudalismo y el proletariado.

Toda la faz de esta época refleja con su malestar y sus pequeñeces en los cuarenta y seis volúmenes de los *Episodios Nacionales*, la obra maestra de Pérez Galdós, el Balzac español, y en las obras similares de Valera. Palacio Valdés, Pardo Bazán, Alarcón y Clarín. La mentalidad estrecha y reaccionaria de la burguesía de provincia emerge en todas las páginas.

Sin embargo, la situación general no cesaba de agravarse en la España retrasada y debilitada. Seguía explotando las dos

ricas colonias que aún le quedaban: Cuba y las Filipinas. Pero las perdió en 1898. Esto fué para la burguesía española un golpe durísimo seguido de un período de desorientación cuyo sello lleva «la generación de 1898». En tanto que el proletariado, cuyos ardientes sobresaltos eran sofocados por el ejército y por la policía, hallábase falto de disciplina, y de organización y no se manifestaba sino por explosiones anarquistas esporádicas, los intelectuales,—es decir los confidentes y los ahogados de la burguesía—mostraban, o bien, un desesperado pesimismo, o bien, una rebelión sentimental anarquizante también, e incapaz de crear un plan ideológico a falta de un plan de acción.

Tales son las condiciones en que han trabajado los notables escritores que han constituido la vida espiritual de la España de 1898: Baroja, Azorín, Miró, Benavente, Unamuno, Blasco Ibáñez, Dicenta, Pérez de Ayala, Valle Inclán.

Los hombres que componen esta soberbia serie de creadores verbales—en medio de sus inquietudes, de su nostalgia y de la terrible mezcla de pasión y de escepticismo en que lucharon,—nos han aportado los signos al mismo tiempo que las primicias de una noble transformación del intelectualismo español.

Los acontecimientos, formadores del espíritu público, los han ayudado brutalmente. Los escritores, acantonados voluntariamente en lo retrospectivo y en el misticismo de la forma (allá es donde se refugian las sectas espirituales como en monasterios, cuando se desinteresan de la lucha ambiente) han reaccionado diversamente ante los síntomas crecientes de la agonía del viejo mundo español: la descomposición de la política liberal-conservadora-monárquica con sus alardes de fuerza, la catástrofe de Annual en 1921, las dictaduras de Primo de Rivera y de Berenguer, fantoches sangrientos del rey de España.

Un José Ortega y Gasset que acarició un día la ambición de ser consejero privado del rey y preceptor del Príncipe de Asturias, ha resultado uno de los organizadores de la agrupación *Al Servicio de la República* que recogió, tan pronto como se formó, treinta mil firmas de intelectuales y de artistas.

Más ruidoso fué el acto de Valle Inclán. El viejo don Ramón que había consagrado sus fuerzas y sus luces a pintar con amor y con arte la España feudal de otro tiempo, y cuya obra evoca un movimiento coloreado de caballería y de ceremonias de reyes, de príncipes y religiosas de antaño, en donde el pueblo no figura sino como lacayo o vagabundo—erigióse entonces en enemigo implacable de la dictadura y de la monarquía. En medio de las manifestaciones de los estudiantes, que contri-

buyeron valientemente a crear en España una agitación revolucionaria, veíasele, con su fina figura de patriarca, su larga barba de plata, agitando su único brazo, excitar a la juventud contra la fuerza pública. En uno de sus últimos libros, *Tirano Banderas* se muestra como el poeta épico de la plebe sublevada contra sus explotadores y contra sus opresores. En los tres primeros volúmenes de la serie que elabora: *El Ciclo Ibérico*, acribilla con sus sarcasmos la época de Isabel II y saca a la picota a la maléfica abuela de Alfonso XIII echada por su pueblo en un sobresalto efímero de justicia. Primo de Rivera lo metió en la cárcel en Madrid. La actitud de Valle Inclán causó en España, en estos últimos años, una profunda y sana sensación.

No es menos característico, el ejemplo de Azorín, Literariamente habíase dedicado sobre todo, a resucitar las figuras del pasado; políticamente, estuvo entre la anarquía y el federalismo de Pi y Margall; hízose después partidario de La Cierva, uno de los asesinos de Ferrer. Y, bruscamente, se hace republicano federal, durante la dictadura: su libro *Pueblo* en que impulsa a la unión a los manuales y a los intelectuales, atestigua elocuentemente su valerosa buena voluntad actual.

Pérez de Ayala, maestro del estilo, artista admirable, se ha encontrado, sin haber sido nunca republicano militante, a la cabeza de la agrupación *Al Servicio de la República* al lado de José Ortega y Gasset y del doctor Marañón. Actualmente es embajador de la República Española en Londres.

Otras dos figuras emergen altamente de esta generación de 1898: Vicente Blasco Ibáñez y Miguel de Unamuno. Ambos tomaron posición resueltamente por la república. Blasco Ibáñez, desde el principio de su destino turbulento y picaresco; Primo de Rivera desterró a Unamuno, y, poco faltó para que el gobierno francés no lo expulsase, como intentó barrer del suelo de la República Francesa a la persona de Eduardo Ortega y Gasset. En cuanto a Blasco Ibáñez, la presencia de Primo de Rivera le impidió, siempre, volver a España, él que había llevado en otro tiempo, como me lo recordaba con arrogancia, el pijama de los forzados. El libro violento que publicó contra Alfonso XIII y su dinastía, causó gran daño a la autoridad del heredero degenerado de una raza que hacía ya dos siglos que estaba degenerada.

Blasco Ibáñez y Unamuno, escritores de gran altura y calidad, son más bien rebeldes que revolucionarios. Presentan numerosos síntomas de ese anarquismo sentimental y artístico que sabe poco más o menos lo que no quiere, pero que no sabe bien lo que quiere, principio explosivo, fuerza primordial de acción,

pero que estalla al margen de las grandes doctrinas reconstructoras.

No hay más arquitectos sociales que los lógicos disciplinados. Y finalmente, los rebeldes, individualistas y liberales, se contentan a veces con poco.

Al lado de esta respetable y valiente tentativa de adaptación de los maestros de la pluma a un nuevo estado de cosas, el movimiento de la generación de escritores jóvenes, que por lo demás ha contribuido a sacudir el estancamiento de la que la precedió, debe llamar, también, nuestra atención fijándonos en ella, más que por lo que ha hecho, por lo que sin duda es capaz de hacer aún.

En esta última generación se impone una selección. Se la divide en dos grupos: *Los de la vanguardia* y *los avanzados*. Los primeros son de la familia de nuestros superrealistas, estetas y snobs, alborotadores que acarician a la revolución por amor al escándalo, y dispuestos a coquetear lo mismo con el facismo que con el comunismo. J. G. Gorkín caracteriza excelentemente a estos titiriteros de la literatura, comunes a todas las épocas de transición: «Sintiéronse como suspendidos en el vacío y no hicieron sino agitar los brazos y las piernas desesperadamente para probarse a sí mismos que estaban en el movimiento».

Los otros van al pueblo o se ponen en disposición de hacerlo. Han empezado a comprender que no era el pueblo el que debía ir a ellos, sino que las clases del trabajo manual representan la única fuerza humana, susceptible de poner algún día a la sociedad en su lugar y que este resurgimiento se encuentra rigurosamente en el sentido del progreso del espíritu.

Tal es la vía en que se han metido—con algunos ganchillos en lo retrospectivo, resultantes de algunas reviviscencias tradicionalistas (pienso en *Luis Candelas*, de Antonio Espina, biografía romántica del famoso bandido madrileño obra de literatura picaresca y de resurrección; en la magnífica *Santa Teresa* de Ramón J. Sender, y también en el *Comedor de la Pensión Venecia*, de Joaquín Arderius que nos muestra tipos excepcionalmente inverosímiles en su medianía anticuada).

El soplo de demolición y de renovación que nacía en esta juventud ha suscitado dos hermosos libros acerca de la guerra de Marruecos: *El Blocao*, de Díaz Fernández e *Imán*, de Ramón J. Sender, y ha impulsado a todos estos jóvenes a mirar lo que pasaba fuera de España, (menos en Francia, envejecida y paralizada como España, bajo apariencias democráticas), en la nueva Rusia y en la Alemania de la post-guerra.

Díaz Fernández, en su último libro: *El nuevo romanticismo*, animado de un loable espíritu científico ha formulado el deber actual de los escritores españoles, ante las exigencias del nuevo orden, que por la fuerza de las cosas, se estableció por todas partes en los asuntos humanos.

La literatura española, como todas las literaturas del mundo, se halla, pues, en presencia de la formidable intimación que le presenta la transformación lógica de la sociedad. No puede, so pena de caer en la insignificancia y en el descrédito, separarse de la vía que abre hoy ante todas, esta fatalidad histórica. La fórmula general de tal evolución, la materia sobre la cual tiene que obrar, es lo colectivo, la substitución del drama de conjunto al drama individual.

Esto no significa que tenga que vulgarizarse. Siempre es una debilidad y una falta para el artista el descuidar la forma. La virtuosidad no es signo de declinación sino cuando se cultiva únicamente para ella misma e interpone un prestigioso desarrollo abstracto aparte de la vida profunda en que el artista no debe nunca cesar de sumergirse. Pero si los movimientos intelectuales han llegado a su término, es decir a su decadencia, y no están ya apenas obsedidos más que por las acrobacias del estilo, como por los fantasmas de lo pasado, las supersticiones religiosas o los casos anormales, el arte de la vida y de lo porvenir no debe rechazar las preciosas conquistas formales adquiridas, poco a poco, por la paciencia, el talento o el genio de los predecesores. El escritor debe saber su oficio, este oficio, que como decía Máximo Gorki a propósito del arte que saldrá de abajo, es tan difícil de aprender y de practicar concienzudamente como el del herrero.

Y, por otra parte, el primer deber de los escritores españoles de estos tiempos, es, el de velar por la lealtad, por la pureza y por la intransigencia de la revolución de Abril.—HENRI BARBUSSE.

(Exclusivo para *Atenea*). París 1931.

LA DANZA EN MEXICO

UNO y plural es el arte de la danza; es la forma audaz, espontánea de traducir los sentimientos, es el subrayado de un signo, el jeroglífico dibujado con el ímpetu de todas las pasiones. De este arte fluyen en teorías de movimientos, de vaivenes, de ondulaciones y de gestos las más cautivantes y múl-

tiples imágenes que se pueden concebir. El paso en la danza es el número aplicado a las matemáticas.

A través de la danza, a través de los arabescos del baile, pueden situarse las historias de los pueblos, de las religiones, de los vicios y de los placeres de la humanidad. Los pasos de la danza son lieds de sensaciones, guirnaldas que se entrelazan en la inquietud universal.

El baile es la realización de belleza objetiva que invita al amor y a la adoración.

Por adoración los primeros pobladores de México—nahuas, toltecas, tzapotecas, mixtecos, totonacos, mayas—aparecen bailando; hombres de rostros amarillos, de rostros bronceados por el sol, rostros cubiertos con máscaras simbólicas; hombres que bailan danzas religiosas y guerreras rondando a sus ídolos sanguinarios. El dios del baile se llamaba Mixcoatl, y en todas las viejas ciudades, junto a los templos, igual que en el legendario y sapiente pueblo chino, había maestros que enseñaban a los niños el arte coreográfico al son de primitivos instrumentos musicales; caracoles marinos, cascabeles, cuernos de toro, conchas de tortuga, huehuetlis y teponaztlis.

Los instrumentos de cuerda, según dicen algunos venerables cronistas, no fueron conocidos por los aztecas.

El huehuetl era una especie de tambor formado con un cilindro de madera, de tres pies de alto, decorado con dibujos de colores brillantes, tal vez de laca, y la parte superior tenía una piel de ciervo curtida y admirablemente estirada cuyo sonido era pautado conforme se estiraba dicha piel. El teponaztli muy usado todavía en algunos pueblos indígenas, es un cilindro hueco de madera con dos aberturas en medio, a manera de dos rayas largas, paralelas y a poca distancia una de otra; dos palos, semejantes a los de los tambores, sirven para herir el espacio que media entre ambas rayas, y produce un suave y melancólico sonido, que deja percibir claramente las palabras de los cantos.

Una de las actividades de esta raza peregrina y guerrera fué la danza. Los indios bailaban para solemnizar las fiestas de sus ídolos, bailaban también para celebrar las victorias. Las danzas de los primitivos mexicanos tuvieron la misma dimensión que las danzas de los pobladores del anciano Egipto. Dos nombres tuvo la danza en tiempos de nuestros antepasados: Mecavaliztli y Metotiliztli, lo que es lo mismo; bailes sagrados y bailes profanos. Cantadores y danzantes de profesión había en los grandes poblados. El día que debían bailar, los vecinos co-

locaban en medio de la plaza una estera enorme, o un tablado, sobre el cual ponían dos «atabales».

«En sonando el atabal—escribe un cándido monje franciscano se reunían todos los indios del contorno y comenzaban a bailar y cantar. En estos bailes se usaban los atabales: uno redondo, de cinco palmos de alto, más grueso que un hombre, hecho de preciosa madera, hueco y lindamente labrado por fuera y lo tañen por sus puntos y tonos que suben y bajan concertando y entonando los cantores. El otro atabal se toca con las manos y es más pequeño y el grande se hiere con unos palos».

Para el pueblo mexicano la danza es un culto. Desde los tiempos más remotos tuvieron los indios un concepto esencialmente metafísico del baile. Primero realizaron las danzas en honor de los astros: el sol, de la luna; después brotaron las danzas militares, chocan los venablos y refulgen las lanzas envenenadas.

La imperfección, la rusticidad de la música de nuestros abuelos, no guardaba armonía con la variedad de sus bailes. Los aztecas bailaron unas veces en círculo y otras veces en línea recta y aunque regularmente se mezclaban hombres y mujeres, por lo general las danzas eran realizadas por hombres únicamente. Los nobles, en estas ceremonias lucían vestidos suntuosos y los hombres del pueblo se disfrazaban de animales con trajes hechos de pluma o de pieles y se cubrían el rostro con máscaras de madera o de cuero. La máscara hace el milagro de eternizar el gesto y abre en el espíritu expectante del pueblo una emoción perfecta. Un giro, un vaivén, unos pasos realizados por un enmascarado le imprimen mayor plasticidad, más hieratismo, envolviéndolo en una ola de misterio. La máscara es la materialización de una idea creada por la fantasía o por el misticismo, regala superrealidad a la danza, la hace casi sobrehumana, logrando tocar las fronteras del arcano; por ello, sin duda, los antiguos pobladores representaron a muchas de sus divinidades llevando máscaras, como el dios del viento.

Las máscaras de jade, de cristal de roca, de cornalina, de mosaico, de hueso con aplicaciones de turquesa y madreperla, son máscaras votivas encontradas en las viejas tumbas.

Si la máscara es la esencia del disfraz, el vestido en el danzante mexicano es el complemento de esa atmósfera superrealista, es la sugerencia de lo divino, es el perfil hasta donde llega la naturaleza, es el límite donde pestañea el paisaje y comienzan los planos del misterio; plumas, sedas, oropeles, espejos, cuentas de cristal, cintas multicolores, lentejuelas azules, verdes, rojas, todo este material corruscante es el que aniquila la figura humana y forma la magia arquitectónica del bailarín.

En Grecia la levedad de la túnica; en la India los collares, los brazaletes, las ajorcas; en Persia los velos impalpables subrayan el giro sensual de los bailes, son el ornamento que pone de relieve el encanto del cuerpo, son el señuelo de los sentidos y la complicidad de las telas para las curvas. En cambio, la rigidez, la geometría, la liturgia, los colores planos, la extravagancia de los vestidos en los bailarines mexicanos son lo que exalta al olvido de la naturaleza, lo que nos indica la metafísica del baile. Ahí están los danzantes de Michoacán, cubiertos sus rostros con máscaras como en «La danza de los viejos», o con brillantes pañuelos de colores como en «La danza de los Moros», llevando sobre sus hombros dalmáticas de brocado recamadas de oro, turbantes esplendorosos adornados con hilos de perlas y cuentas de cristal. Ahí están los danzantes de Oaxaca, tocados con largas y suaves plumas de lindos pájaros mexicanos, plumas que arden al sol con la magia de las colas de los papagayos y que se mueven al viento con la sensualidad de los flabelos.

¿No es acaso suprarrealista el traje que llevan los indios que habitan los pueblos de las riberas del lago de Pátzcuaro? Sus mantos parecen ornamentos de iglesia, su tocado el de un rey persa, y a sus zapatos amarillos prenden unas rodajas enormes, a manera de espuelas, que entrechocan durante la danza que siempre bailan sobre las puntas de los pies.

Adoración, fetichismo envuelto en el humo del *copal* y en la mística embriaguez producida por el *pulque* y hierbas sagradas; el *peyote* y la *marihuana*, drogas celestes para los indios porque los inspiran, los transfiguran y los llevan a la subconsciencia, haciéndolos vivir una vida irreal. Nunca la vieja raza reveló los encantos que les producían estos sublimes venenos, indispensables para sus ritos y para sus danzas.

El *peyote* o *jiculi*, la *marihuana*, el *pulque*, enardecen los espíritus; hacen circular la sangre con fluidez; producen mirajes nunca soñados, transportando a las almas al éxtasis y al olvido. La embriaguez derivada de estas drogas debe ser superior a la borrachera de los griegos cuando agotaban, en honor de Dionisio y de Afrodita, los pellejos de vino.

Al *peyote*, los viejos pobladores lo convirtieron en símbolo religiosos, adorándolo fervorosamente como si fuese algo celestial. Según la tradición, esta droga, desde el principio del mundo, fué regalada por los dioses a los mexicanos para curar las heridas del amor, para aliviar la tristeza y para que los mortales, al tomarlo, se transfiguraran en divinidades. No habiendo tenido los mexicanos manera de expresar con vocablos las sen-

saciones que les producían el *peyote*, las hicieron ritmo, saltos, bailes, habiendo nacido entonces la danza del *jiculi*.

—¿Conoce usted las danzas de los indios de Chihuahua?— me interroga una linda erudita en danzas mexicanas.

—Algunas de ellas—le contesto—. Es tan grande la variedad de los bailes en México que es imposible conocerlos todos. Cada región, cada pueblo, ha inventado una manera de expresar sus pasiones, pero al fin, la danzas de Chihuahua, como las de Oaxaca, como las de Jalisco, como las de Guerrero, a pesar de sus diferentes pasos, de sus diferentes cadencias, de sus diferentes ademanes, nacen todas de paralela teoría, de ideología idéntica, y todas conservan, en el fondo, igual principio, simbolismo unánime: la adoración.—GUILLERMO JIMÉNEZ.

México, 1931.

DON HERMOGENES PEREZ DE ARCE

1845-1902

Prólogo de una biografía que publicará próximamente don Santiago Marín Vcuña.

CUANDO se escriban las vidas ejemplares de los hombres que en las finalidades del siglo XIX organizaron la República de Chile y lograron con sacrificio y abnegación hacerla respetada en medio de su pobreza y pequeñez, una de las que servirá más eficazmente el propósito de edificar a las nuevas generaciones con el ejemplo, será la de don *Hermógenes Pérez de Arce*.

Pertenece al grupo de los grandes administradores públicos de los tiempos de sobriedad, de restricciones, de humildad fiscal y vigilante cuidado de los intereses nacionales. Es el último cuarto del siglo pasado. Chile tiene escasa población, escasa riqueza, medios honestos de aumentarla con lentitud. Pero, lo que tiene, lo administra austeramente una raza de hombres para quienes el servicio público es un sacerdocio, la defensa del Estado una religión severa, inflexible.

Gobierna la República un núcleo de familias que desde la Independencia se han transmitido la función oligárquica de ve-

lar por el interés de la comunidad; y gobierna con honradez. No se sabe de hombre alguno enriquecido en el servicio del Estado. Los Presidentes salen de la Moneda físicamente quebrantados y económicamente debilitados. La frase ha largo tiempo olvidada *el pago de Chile*, tiene un sentido preciso: Chile paga poco a los que lo sirven, porque entiende que el servicio de la nación es un grande honor y sólo puede conferirse al que lo toma para sacrificarse y no para lucrar. Presidentes, Ministros, magistrados de Justicia, viven con modestia cercana de la pobreza. Los funcionarios inferiores tienen lo necesario para conservar su decoro de personas decentes. Los miembros del Congreso no reciben dieta. El diplomático cesante vende su casaca bordada al sucesor, que no siempre puede adquirir una nueva. Hay un Presidente de la Corte Suprema que al volver a su casa, después de las sesiones del Tribunal, cepilla, dobla y guarda cuidadoso la levita y la capa para que le duren más tiempo sin adquirir mucho lustre.

Y esta oligarquía, en un tiempo maldecida, es una de las combinaciones más democráticas que han existido en Chile. Los gobernantes con nombres históricos y de ordinario terratenientes, descubren y sacan de la obscuridad y elevan a altos cargos a un sinnúmero de jóvenes desconocidos, hijos de honorables y modestísimas familias de provincias, sin fortuna, pero con talento y con el sentido moral que entonces se exige para el servicio del Estado. Así aparecen en Santiago y llegan a los más altos cargos de la nación don *Manuel Montt* y don *Antonio Varas*, don *Eulogio Altamirano* y don *Abdón Cifuentes*, don *Hermógenes Pérez de Arce* y don *Carlos Walker Martínez*. Vienen de honorables familias de Atacama y Aconcagua, de Maule y de Valdivia. Su talento se revela sin esfuerzo y los estadistas de abolengo tradicional lo reconocen y saben aprovecharlo para el servicio del Estado.

Pero entre todos esos jóvenes venidos de provincias y destinados a posiciones muy altas en el Estado, el señor *Pérez de Arce* se distingue por las dificultades que halló en su niñez y primera juventud para su educación. Los otros que hemos nombrado y muchos como ellos vinieron niños a Santiago, hicieron sus humanidades, que entonces lo eran de verdad, en el Instituto Nacional o en colegios congregacionistas. Mientras que don *Hermógenes Pérez de Arce* luchó con la falta de recursos de su familia, conoció apenas la escuela primaria y algunos años de un liceo de segundo orden y tuvo que educarse a sí mismo, leyendo, estudiando, reflexionando, en un esfuerzo que

maravilla cuando se piensa en el grado de cultivo intelectual a que llegó.

El señor *Pérez de Arce* se parece a ciertos personajes de la historia de los Estados Unidos, sin que sea exageración o falta de proporciones compararlo a *Lincoln* con el cual tiene de común la heroica voluntad de adquirir cultura intelectual mientras luchaba con denuedo para llevar el pan a su hogar. La juventud de este hombre ha debido ser de una disciplina moral severa, inflexible. De otra suerte no habría podido hacer lo que hizo en condiciones tan desfavorables. Nada encontró hecho, salvo el sentimiento del honor, la caballerosidad, la tradición de servicio público y de amor a las letras que existían en su noble estirpe. Todo lo demás lo hizo él con voluntad, con inteligencia, con valor para vencer.

Tuvo desde niño la tendencia a esos placeres del espíritu que son las letras, la poesía, la composición literaria. Sintió por tradición de su tío *Camilo Henríquez* el amor a la prensa y la fe en la eficiencia del periódico para divulgar ideas y hacer mejores a los hombres. Había en él mucho de profesor, algo de apóstol, no poco de artista por el amor a la belleza realizada en las letras y las artes entre las cuales prefirió siempre la música.

De su temperamento principal acaso el rasgo predominante es el sentido del método, la ordenación perseverante de todos los esfuerzos a un fin determinado. Todo esto lo alumbró una conciencia recta que llega a la austeridad en la vida privada y aplica a la acción pública el mismo criterio, la misma moral. Es un hombre veraz, incapaz de una mentira, de una transacción con los dictados del honor o de una falsía para los demás o dentro de su propio espíritu. Convencido de la bondad y verdad de una doctrina, de una actitud, de una resolución, procede sin vacilaciones y nada puede haber que lo desvíe.

Don *Hermógenes Pérez de Arce*, nacido en 1845, pertenece a la generación que llegó cuando Chile se organizaba y recibió como herencia de los organizadores de la República una fe profunda en los destinos de la Patria, grande amor abnegado para servirla y un sentido riguroso del derecho, de la ley, de la libertad en el orden.

Conservador por su respeto a la tradición y su amor al orden, el señor *Pérez de Arce* es liberal por sus ansias de progreso y la valentía con que busca reformas para perfeccionar el organismo civil de la nación.

La política en el sentido de las luchas de partidos, no le interesó. Su apostolado del servicio público lo ponía un poco al margen de esas contiendas electorales o parlamentarias. Que-

ría un buen gobierno, hombres honrados para administrar el Estado; poco le importaba su clasificación partidista.

Aplica a la administración pública esas condiciones y tendencias de su carácter. Organiza una provincia recién creada; dirige los servicios de Intendencia del Ejército en campaña; administra las aduanas del Perú durante la ocupación chilena de ese país; sirve en los Ferrocarriles del Estado. Y en todos esos cargos muestra las condiciones del perfecto administrador público: tiene la concepción de conjunto y vigila los detalles. Poco a poco, en su afán de estudiar, de observar, de elevarse a generalizaciones, el señor *Pérez de Arce*, que ya ha hecho la práctica administrativa, se convierte en un admirable teorizador, en un profesor de administración pública. En su espíritu generoso hay la necesidad de difundir, de enseñar, de participar a otros lo que la experiencia y el estudio le han revelado.

Más interesante es aún en esta vida de un hombre que pasó por tan diversos cargos públicos, que fué Ministro de Estado y se vió muchas veces en medio del torbellino de la política, la continuidad estricta de las doctrinas que sustentó, especialmente en el terreno económico y social.

Don *Hermógenes Pérez de Arce* fué proteccionista desde la juventud. Era un convencimiento suyo la necesidad de amparar el tímido brote de actividades productoras en este país. Lo fué como periodista, lo fué como Ministro de Hacienda, lo fué en libros y folletos y lecciones. El advenimiento del papel moneda de curso forzoso lo halló armado de sanas doctrinas monetarias y sostuvo con una energía infatigable la necesidad de volver al circulante de oro. Combatido en sus primeros esfuerzos durante la presidencia de *Santa María*, derrotado en los que hizo bajo la administración del *Almitante Montt*, el señor *Pérez de Arce* no hizo más que redoblar su propaganda enérgica en favor de la conversión metálica. Durante muchos años, y cuando ya estaba consagrado casi exclusivamente a la redacción principal de *El Mercurio*, escribió en favor de la estabilidad monetaria, denunció los males producidos por el papel moneda, contestó los argumentos de los defensores de ese régimen ruinoso para Chile, mantuvo polémicas, difundió sanas doctrinas y legó a ese diario una tradición que no ha sido olvidada.

Inútil sería buscar en la vida de don *Hermógenes Pérez de Arce* una contradicción. Hay ciertos principios fundamentales de derecho, de economía política y de finanzas a los cuales fué fiel durante toda su vida y en todos los aspectos muy variados de su actividad.

Había oído el consejo de Virgilio al Dante:

Vien dietro a me, e lascia dir le genti;
Sta come torre ferma, che non crolle
Giammai la cima per soffiar de' venti.

En un momento difícil de su carrera, cuando el Presidente *Balmaceda* se puso en pugna con el Congreso, el señor *Pérez de Arce* se mantuvo leal como funcionario que debía cumplir con su deber de dirigir un vasto servicio nacional; pero no aprobó la inconstitucionalidad del Presidente, ni el recurso de sus adversarios a la guerra civil. Pasada la tempestad, muy pronto el partido vencedor entendió que debía de nuevo utilizar para el servicio del Estado la competencia, la integridad, el prestigio del antiguo Director General de los Ferrocarriles.

La vida de don *Hermógenes Pérez de Arce* que el Ingeniero don Santiago Marín Vicuña ha escrito con una documentación de primer orden y una inteligencia *perfecta* de la figura que analizaba, es un capítulo de la Historia de Chile. En ella el lector se asoma a períodos de un interés apasionante: la organización de la República después de 1833; la guerra del Pacífico y los secretos administrativos del triunfo; la honrada, sobria y patriótica administración fiscal de aquellos tiempos; el nacimiento del papel moneda, la resistencia de los intereses vinculados a ese régimen, la lucha de unos cuantos hombres de sana doctrina y absoluto desinterés para volver a la normalidad monetaria; el comienzo de nuestras malas finanzas y los primeros síntomas de la desorganización del país por el parlamentarismo desequilibrado y sin válvulas de seguridad, y a través de todos estos accidentes de una época agitada, la figura del señor *Pérez de Arce* pasa serena, siempre igual a sí misma, sin una desviación, sin una renuncia a lo que su conciencia le señalaba como bueno, como justo, como sano y patriótico.

Y esta figura austera de hombre público, de escritor, de maestro, se completa con la personalidad del señor *Pérez de Arce* en su vida privada. Modestísima, sin ambición de dinero o de honores, vivía para la familia en un amor conyugal y filial de que no hay muchos ejemplos. Sencillo, apacible, alejado de todo bullicio, cada día más sumido en sus lecturas, su reunión familiar y su afición a la música y la poesía, no necesitó envejecer para adquirir algo de patriarcal. Un círculo de amigos, entre los cuales estaban los hombres más eminentes de su tiempo, lo rodeaba de la más respetuosa consideración. Los suyos lo amaban y lo admiraban.

Del estudio de vidas como esta acaso nunca saldrá su imitación, porque los tiempos mudan de tal suerte que la mejor voluntad no lograría reproducir en los nuestros el curso de una existencia del pasado aunque no sea tan remoto. Pero en las páginas de este libro hay un perfume moral que se desprende de cada incidente del relato, un resplandor de ciertos principios fundamentales de moral individual y social que son eternos y que bien pudieran inspirar a la juventud de hoy, como iluminaron la de aquel joven que en el aislamiento de Valdivia de mediados del siglo anterior se educaba a sí mismo y preparaba su entendimiento y su voluntad para añadir su esfuerzo al de los que estaban haciendo de Chile una gran nación.—CARLOS SILVA VILDÓSOLA.

LOS LIBROS

ENSAYOS

DIVORCIO Y MATRIMONIO LIBRE, por
Raphael Lahoud.

Para quien viene de países, en donde el matrimonio es disoluble desde hace siglos, y donde el hombre puede mantener varias esposas al mismo tiempo, si cuenta con los medios para ello, se habrá de asombrar ante el espectáculo de estas naciones que se dicen civilizadas y en las que, pase lo que pase, las parejas unidas por la ley lo serán implacablemente hasta la muerte.

Tal le ha ocurrido al abogado y destacado escritor libanés Raphael Lahoud, que ha venido dando conferencias por los países latinoamericanos, y que se encuentra hace algunos meses en Chile. Se ha conmovido ante los dramas que la indisolubilidad del matrimonio suscita, ha visto con espanto a tantos para quienes el dulce yugo se ha convertido en verdadera cadena de oprobio, sin esperanza de remedio, y ha comparado con lo que ocurre a este respecto en los países donde la ley del Corán impera; países en los que el matrimonio no es nunca

una esclavitud porque puede disolverse, ni hay «uniones libres» o amancebamientos, ni hijos sin padres, porque la ley los protege. Y fruto de sus observaciones es el libro que con el título arriba indicado ha publicado en Chile, (1) traducido del árabe al español por el periodista sirio-chileno don Salomón Ahues.

«Libremente consentido, dice, el matrimonio debe ser libremente desanudado en una sociedad donde los contratos personales están abolidos, donde la época de siervos no es más que un recuerdo, donde asimismo no se pueden pronunciar votos eternos en un convento.»

Y líneas más adelante:

«Que se piense en lo que llega a ser una unión mal ajustada sea que la mujer haya desposado con un villano que la engaña, la despoja, la golpea, la abandona; sea que el hombre haya desposado con una bribona que le deshonorra, le inflige paternidades fraudulentas; eso es el infierno, un infierno que después de meses, de años de paciencia, de desesperación, no podría llegar más que a la separación, es decir, a un *impasse*».

(1) Imprenta Carnet Social, Santiago, 1931.

«Si, a un *impasse*, porque la separación de cuerpos es inmoral e inicua. Por comunidad de nombre hace pesar la vergüenza sobre el cónyuge y los hijos. Perpetúa el odio pasado y condena todo nuevo amor. No deja otra alternativa que la soledad, la castidad absoluta o el concubinato, caso este el más frecuente, valuado por las diversas estadísticas a 11 y tal vez a 13 sobre 15. Es más cruel que la muerte, pues la viudez permite en ciertos casos de volver a tomar gusto a la existencia; la separación se opone.

«Existe en la sociedad una clase de parias, a quienes la familia es interdicta, que no tienen derecho al hogar doméstico, al amor, a los placeres de la paternidad o de la maternidad. Esos son los separados de cuerpos.»

Pero también el autor encuentra inicua la manera como se concede el divorcio en algunos países de Europa y de América (Francia, Estados Unidos, Uruguay, etc.):

«El divorcio actual, en general, es de orden restrictivo. He aquí su gran defecto.

«Reducido a causas determinadas, no puede evitar la intervención ruidosa de pruebas, luego ridículas, luego sucias. No es en el silencio, ni en la calma, donde se practica esta cruel operación; es en la baraunda de salas de audiencia, a la vista y a sabiendas de todos. Para divorciar, debe entregar a la malignidad pública los desórdenes, las vergüenzas que hubiera sido preferible guardar en secreto. La publicidad prohibida de los debates no impide el escándalo; los muros del palacio de Jus-

ticia no son tan densos para que no pase a su través la mordiente voz de los abogados.

.....

«Un divorcio, desde luego, no es más que un repugnante combate, donde procuradores, abogados, testigos, luchan frecuentemente con la más mala fe.»

Lo que el señor Lahoud encuentra más absurdo, casi monstruoso, es que el consentimiento mutuo no baste, que se deba llegar al divorcio por la persistente voluntad de uno solo. Se necesita pruebas, causas justificadas, y si no las hay es menester inventarlas. El hombre queda así en el camino de acusar a su mujer de adulterio; y la mujer a su turno, para decir que su marido es un individuo de perversas costumbres, aunque ni una ni otra cosa existan.

En reemplazo de esta legislación, propone una más racional, y procedimientos que eviten el escándalo. Ante todo, en el hombre o mujer que hayan cumplido la mayor edad debe existir completa libertad para contraer matrimonio, salvo aquellos impedimentos justificados que la ley señale. Y como sobre la conveniencia individual debe estar la social, es menester exigir el previo examen médico de los que aspiran a casarse.

Las demandas de divorcio serían presentadas, no a la justicia ordinaria, sino ante el oficial civil, pidiendo la fijación de día para reunir en su oficina el tribunal arbitral que ha de fallar como única instancia. Este tribunal estaría compuesto de tres miembros: uno de-

signado por cada uno de los esposos, personas casadas o que lo hayan sido, y cuya edad debe ser superior a 25 años. Estos dos designarían de común acuerdo al tercero. En caso de no entendimiento, será designado por el oficial civil en el término de ocho días. En caso que uno de los esposos rehuse designar el árbitro que lo represente, lo haría también el oficial civil en el mismo plazo. No serán aceptados como árbitros los parientes de los esposos hasta el 6.º grado inclusive, ni los que hayan sufrido penas afflictivas o que sean de mala conducta notoria.

Cuando el divorcio sea pedido por consentimiento mutuo, el tribunal se limitará a exigir que los esposos determinen en documentos su acuerdo respecto a la custodia de los hijos, y a la suma que deberá pagar el marido a la mujer durante el tiempo de prueba. Pero para acordar el divorcio, es menester que esta petición sea renovada al séptimo mes, y al décimotercero, después de la primera presentación. Habría, pues, más de un año de espera, dando lugar para que los esposos puedan reconciliarse.

Si el divorcio es pedido por uno solo de los cónyuges, con causa determinada, el tribunal arbitral deberá entrar a recibir las pruebas que justifiquen esas causas, y en vista de ellas resolverá si el divorcio es o no procedente. El esposo demandante, cuya demanda hubiere sido rechazada, podría renovarla después de un plazo de dos años, sino invoca más que la persistencia de hechos antiguos. Podría retomar-

la sin ningún plazo si enuncia hechos nuevos posteriores al rechazo.

Pero también habría una puerta de escape para aquel que deseara a toda costa romper su matrimonio, sin tener causas justificadas para ello; eso sí que se le impondrían plazos de espera un poco largos, a fin de evitar abusos o para dar lugar a una reconciliación posible. Se establecería, pues, que una petición de este carácter debería ser renovada el décimotercero, el vigésimo quinto y el trigésimo sexto mes después de la primera, para que pudiera tener un fallo favorable.

Sus ideas las condensa el autor en un proyecto de ley inserto al final de su libro. Lo que tiene de más interesante el proyecto del señor Lahoud es que tiende a evitar el escándalo que se produce al rededor de las causas de divorcio, puesto que los alegatos y pruebas serían en secreto ante una especie de tribunal de honor, formado por amigos de los esposos en litigio. Por otro lado, con los plazos de prueba que se establece, se evita que algunos vayan al divorcio con el solo fin de casarse de nuevo, guiados por algún enamoramiento repentino. Todavía más: con el fin de poner un dique a los hechos que han desacreditado el divorcio en Estados Unidos y otras partes—esto es, que hombres y mujeres se den el lujo de casarse diez o más veces en su vida—insinúa que podría restringirse a tres o cuatro el número de matrimonios para cada individuo, o establecer que nadie podría casarse de nuevo sino después de cierto plazo después de acordado

su divorcio. Desde luego, establece en su proyecto el plazo mínimo de diez meses para la mujer.

Aporta el distinguido escritor libanés argumentos dignos de ser tomados en cuenta en favor de la disolubilidad del matrimonio, argumentos basados en la experiencia recogida en los países de su raza. El prologuista, don David Mujaes, escritor sirio residente en Chile, dice con justa razón:

... «Casi todas las naciones han reconocido la necesidad de legalizar el divorcio. Pero todas han errado el camino que conduce a proteger a la mujer y al hijo. Si se hubieran inspirado por el derecho musulmán en el laberinto, se habrían orientado mejor. Ya que el profeta árabe instauró hace catorce siglos una ley natural y humana que mantuvo la autoridad del hombre conforme a las circunstancias de esa época, que protegió el derecho de la mujer y el desamparo del hijo. Si se adapta esta ley al ambiente y la época actuales cumplirá con el objeto y conducirá a la meta. Porque en el Islam la mujer mantiene la completa posesión de sus bienes y en el Islam también todo hijo tiene su padre. Acaso sea en esta ley—en la distribución de la herencia y en la obligación impuesta a los hombres consanguíneos de velar por la mujer desamparada, la que puede acogerse al hogar de los suyos por derecho propio, como cuando estaba soltera—donde reside el secreto de la tranquilidad de las familias orientales, aquella escasez de prostitución y aquella ausencia absoluta de bastardos. Y es eso lo que los legis-

ladores de hoy buscan y no encuentran».—*J. Espinosa.*

EL ESTADO Y LA SOCIEDAD EN NORTE-AMÉRICA, por *Charlotte Lüt-kens.*

Contribución a la sociología del capitalismo americano, subtitula la autora este interesante y bien documentado estudio de la vida norteamericana (1). Con gran acopio de datos, admirable imparcialidad crítica y seguridad en el análisis científico, nos indica las bases de la sociedad y del Estado y los problemas económicos, sociales, políticos y culturales planteados en su evolución.

La tesis fundamental del libro es, hasta cierto punto, novedosa y define una actitud intelectual en pugna con las más difundidas ideas sobre el carácter del capitalismo norteamericano. En efecto, contrariando la generalizada opinión según la cual los Estados Unidos constituirían una avanzada del capitalismo mundial, Charlotte Lüt-kens sostiene que «el desarrollo enorme de la economía en los Estados Unidos no es la expresión de su estado sociológico. El capitalismo norteamericano es un pseudo-capitalismo tardío».

Según la autora, el portentoso desarrollo de la producción no debe ser considerado como resultado de una máxima racionalización en el sentido típicamente capitalista, sino como una consecuencia de condicio-

(1) Ed. *Revista de Occidente.* Madrid. 1931.

nes naturales del país, extraordinariamente favorable, y de la aplicación inmediata, de los grandes inventos de la técnica maquinista.

Esto último—insiste en ello—no representa un plan de meditada racionalización técnica del sistema industrial: «La falta de vínculos feudales, la formación del suelo y la escasez de población, la peculiaridad en la distribución de la tierra exigieron el aprovechamiento de medios mecánicos ya en la primera época, en la época de las «fronteras», época enteramente dinámica y pese a su matiz capitalista—colonial».

El dogma de la abstención del Estado en la vida económica, base de la política liberal no se ha mantenido rígidamente en la realidad. Es una de las tantas apariencias con que se oculta la tensión entre las fuerzas económicas de un activo capitalismo y las formas políticas de un Estado que no les corresponde. Así, tampoco es efectiva la anulación de los antagonismos sociales en un bienestar colectivo: las estadísticas demuestran que numerosos elementos de la sociedad están al margen de la prosperidad.

El capitalismo norteamericano, que supera a todos los demás sectores capitalistas en potencia productora, ha conservado, sin embargo, la estructura política liberal que caracteriza a etapas retrasadas de la evolución económica. Faltan las clases propiamente tales. No encontraremos en los EE. UU. un proletariado auténtico, penetrado de conciencia clasista. Falta la clase de los intelectuales que es, al decir de Lützens, «una clase típica de la es-

tructura moderna de la sociedad y del capitalismo». Y falta también la burocracia como expresión de las exigencias del capital y de los obreros frente al Estado, «exigencias que precisamente diferencian al capitalismo organizado del liberal».

Nos encontramos, pues, en el caso de los Estados Unidos, frente a un complejo histórico de singular interés: mientras las funciones económicas han alcanzado un desarrollo impresionante y único, merced a la aplicación de la gran técnica en el cultivo de la riqueza natural, el resto del organismo norteamericano se mantiene en retraso: la estructura política y la esfera cultural no corresponden a la potencia del mundo económico.

Para todos aquellos que deseen penetrar en el mecanismo interno de la vida norteamericana, el libro de Charlotte Lützens ofrece perspectivas novedosas y atinadas sugerencias.—*E. González.*

NOVELA

SARN, por *Mary Webb*

La novela Sarn (1), de la escritora inglesa Mary Webb, que han traducido al francés Jacques de Lacretelle y Madeleine T. Gueritte, ha obtenido en pocos meses once ediciones consecutivas.

Es un éxito inesperado de librería, para una obra escrita a la manera de la época victoriana y cuyos personajes nada tienen de la mor-

(1) Editorial Grasset. París, 1931.

bosa inquietud de los héroes de Joyce, de Lawrence y de Virginia Woolf.

Son, además, tipos y costumbres de hace cuarenta años y no de una urbe moderna, sino del Shropshire, en el país de Gales, lugar tan lejano y tan poco conocido, según las palabras de la autora, que *resulta irreal por demasiado lejos y donde los bosques, las granjas, y la pequeña iglesia, a la orilla del estanque, tienen un aire tan antiguo que parecen salir de la vaguedad de un sueño.*

Es un éxito raro, pero no aislado, si el autor ha descrito un medio desconocido y ha revelado personales cualidades interpretativas. Por lo mismo que la novela moderna se hunde cada vez más en el misterio del subconsciente y los novelistas, más que narradores son psicopatólogos, la aparición de un relato simple, cuyas raíces se empapan en la vida y cuya emoción reside en la sinceridad del testimonio, ha de ser recibido por el público cansado como un reconfortante, como una vuelta a la gracia ingenua del arte primitivo.

Así se concibe el éxito de *Marie Chapdeleine* de Luis Hemon, en pleno apogeo del monólogo interior y del análisis proustiano. Lo mismo se explicaría la boga de las novelas mesiánicas de Ramuz que describen paisajes del Veudois, en la Suiza francesa y cuyos héroes son montañeses de pasiones elementales.

Pero tanto en las novelas anteriormente citadas como en *Sarn*, no es solamente la interpretación del medio aldeano y de las almas rústicas lo que constituye su valía. Es

algo más, que está en el temperamento del autor y en su manera personal de ver el problema y de sentirlo. Es el novelista, doblado de un poeta, ya épico o bucólico.

A pesar de parecerse todos los aldeanos, montañeses y pastores de la tierra, el novelista poeta pone, al pintarlos, una emoción que los particulariza y los separa de otros campesinos de cualquier país de la tierra.

La novela está despojada de todo tecnicismo retórico y se ha hecho simple como una saga o un cantar de gesta. El carácter se desprenderá de la raza y del país al que el novelista pertenezca, ya se acentúe el realismo meridional o el ensueño místico del norte de Europa.

En la novela campesina moderna, como en el siglo de oro el género pastoril, predomina la técnica sobre la verdad y la observación. El autor ha logrado crear el medio en la mayoría de los casos, pero el espíritu de los personajes se le ha escapado y la psicología urbana del novelista falseará las pasiones, haciendo de sus personajes seres ideales o bestias repugnantes. Las novelas de Jorge Sand y de Huysman serían ejemplos precisos de ambos casos.

Si el novelista ha nacido en el campo y en los hechos narrados actuó como espectador o como protagonista, su creación tendrá una atmósfera de sinceridad que no le es posible obtener al observador metódico y ocasional, por muy penetrante que sea su intuición artística.

La calidad poemática de la novela campesina, legítima heredera

de los idilios y las églogas clásicas es, en mi concepto, esencial; y no es otra la seducción que impregna la novela de Mary Webb y la emparenta directamente con *Mireya y Herman* y *Dorotea*, descontadas, naturalmente, las características raciales.

La sensación de un mundo no evolucionado que un milagro ha detenido en la primavera de la civilización, da al libro esta calidad de ensueño hecho realidad, como lo observa la misma autora.

En las características de su técnica, Mary Webb no es continental sino isleña. Sus antecedentes hay que ir a buscarlos en George Elliot y Emily Brontë, cuya sensibilidad posee, aunque *Sarn* no sea una imitación del *Silas Marner* o de *Cumbres Borrascosas*; pero el punto de vista del autor frente al paisaje, y a los tipos, es la misma. Hay una visible relación entre las tres escritoras, igualmente regionales, conocedoras profundas del ambiente descrito y dotadas de una sensibilidad característica de morbosa agudeza en la interpretación psicológica y de plácida visión en la pintura de las escenas típicas del campo.

La interna relación que los héroes de estas novelas tienen con el medio en que actúan, es, también, una consecuencia de la exaltación poética del novelista, lo que salvará su creación del convencionalismo del documento, de la perecedera retórica del que no ha visto sino los aspectos pintorescos del asunto.

La impresión de verdad que experimentamos al leer la novela de

Mary Webb proviene de la penetración de la autora con el medio descrito. Aquí no hay sonrisas idílicas ni crudezas naturalistas. Es tan sencilla, tan clara la trama del estilo que la vida cobra un relieve único y la narración se mantiene así entre la sinceridad de una autobiografía y la gracia de una ficción.

El tono de *Sarn* lo dan estas palabras de la autora, al comienzo del libro:

«Estoy sentada cerca del fuego, con mi Biblia al alcance de la mano; soy una mujer muy vieja y muy cansada que aun tiene una misión que cumplir antes de abandonar la vida».

Mary Webb, casada con un granjero, ha vivido desde niña la vida que describe. Los encantos y fatigas de las faenas rústicas han sido experimentos en carne propia. Nada desconoce del medio campesino. Sabe, según las estaciones, los matices del cielo y de las aguas, los gritos de los animales y de los pájaros, la lenta metamorfosis de las praderas y de los follajes. No se advierte una nota falsa en estas observaciones en que el gesto del labrador ha sido anotado con la misma justeza que el oculto sentido del árbol silencioso e inmóvil, a orillas del agua.

Los dos personajes principales del libro, Gedeón Sarn y su hermana Prudencia, toman a fuerza de vida, el carácter de símbolos. Representan las dos fases contrapuestas del alma campesina; por lo menos, las más comunes.

Gedeón, la primitividad sin reflexión, la avidez desenfrenada que lo arrastra al matricidio, porque su

madre enferma es una boca más, en la granja, la sensualidad apasionada, siempre por debajo de sus intereses materiales, sin embargo.

Prudencia, en cambio, es la docilidad resignada y sumisa, la servidumbre de la hembra campesina a las labores rudas y varoniles, pero que guarda, en esta corteza áspera, una dulzura cariñosa que se desahoga en el cuidado de las plantas y de los animales domésticos y más adelante, en el amor.

Su apasionamiento se contiene, a pesar de su fuerza latente. El tradicional puritanismo de su raza y el suponerse fea y odiada, la hacen retraída y áspera.

La figura dulce de Jancis Beguidy, la novia despreciada, después del incendio de las trojes repletas de espigas, contrasta con la de Prudencia.

Jancis es la Ofelia de la tragedia rústica. Su cara sonrosada y tierna, sus ojos azules y querendones, nada saben del egoísmo y de las ambiciones del hombre que ama. Se entrega a él sin vacilaciones ni remordimiento.

Es idéntica a la heroína del drama shakesperiano, pero en la muchacha del Shropshire hay un calor humano menos estilizado y al ser cruelmente rechazada por Gedeón, ella, con su criatura en los brazos, se arroja al estanque de Sarn, donde meses más tarde se les va a reunir el propio héroe.

Una fatalidad trágica arrastra a todos estos seres instintivos, influídos por las malas artes de las brujas y la fuerza invencible de viejas supersticiones, para las cuales

las predicaciones del pastor son insuficientes.

Sólo Prudencia Sarn, la del labio leporino, despreciada por todos los mozos de la aldea, que consideran su defecto físico como un signo de brujería, logra el amor tan ocultamente soñado por ella, cuando Kester Woodseaver, el bello tejedor, el hombre despreciado, como un caballero medioeval, la salva, en el anca de su caballo, de la furia del poblacho que desea terminar con la mujer maldita, causa de la muerte de su madre y del suicidio de Jancis y Gedeón.—*Mariano Latorre.*

LA CIUDAD DEL VIENTO

Valparaíso—La Ciudad del Viento, novela de Joaquín Edwards que acaba de editar Nascimento, es obra de emoción. Representa la parte romántica del cronista batallador. Estamos a considerable distancia de *El inútil* y de *El roto* y de una serie de obras que entre protestas y aplausos, dieron fama merecida al autor. Con esos libros Edwards pasó muy malos ratos. La sinceridad cuesta caro en un país en el que a menudo suele, al escribirse, callar o fingir lo que se siente. Leyendo la *Ciudad del Viento*, se piensa en los escritores que después de agitarse en la dura realidad del momento, regresan a la sencillez y a la frescura de la adolescencia. Es la pausa en el torbellino. Quizá un poco, la necesidad de olvidar. Porque este libro narra, con lenguaje espontáneo y limpio, los sucesos y las desventuras de un niño huérfano, ob-

servador y entristecido por la vida. Tiene a su lado el abuelo, en quien el autor personifica la serenidad y el bien, pero busca refugio en la «mama» en esa antigua mama chilena que todas las viejas familias conocieron y que para ciertos niños era como una verdadera madre.

En la «sirvienta» Perpetua, Edwards simboliza muchas de las virtudes del alma criolla: abnegación sin límites, sacrificio, lealtad, amor a las viejas cosas del hogar. La mama permitía todos los caprichos, ejercía una autoridad despótica y blanda a un tiempo sobre el niño regalón, pero de ordinario, sabía ofrecer las ternuras más suaves. En muchas de esas mujeres, la maternidad trunca se convertía en continuo sacrificio; el insatisfecho anhelo de un hijo que les negó la naturaleza o que de pequeño les arrancó la muerte, en una benevolencia tierna para todas las locuras. Vivían para los hijos de otros y a veces se transformaban en las verdaderas madres de los hijos ajenos. Quedan por ahí algunas. Pocas tal vez. Las costumbres han variado y sólo, de tarde en tarde, se encuentran en las viejas residencias ejemplares de esas mujeres que vieron crecer a los amos y a los hijos de los amos. Vivían adheridas al hogar. Conocían los secretos de la familia, los caprichos menudos, las más íntimas penurias. Todo se les permitía, porque todo lo merecían por su fidelidad y nadie hubiera osado reprenderlas con dureza sin sentir más tarde un oscuro remordimiento. En fin, todo ha variado. Y de este tono recogido, como a la sordina, romántico y tris-

te, está hecho este libro en el que la narración adquiere a menudo el acento de una sobria ternura. En este punto, el libro de Edwards es un triunfo, como lo es en el estilo de limpieza noble y tranquila.

Para lograr estos efectos ha puesto un dique a las violencias y a las acritudes, al batallar continuo que es la expresión externa de un periodista múltiple como él. En Joaquín Edwards hay el hombre impresión, imaginativo, áspero a veces en sus observaciones, que va y viene sobre los acontecimientos y los golpea y los hace estallar en frases llenas de color y de vitalidad. Estas páginas de hoy, no entran en las exigencias tiránicas del periódico. No es la actualidad circunstancial que es necesario agitar y remover para extraerle el contenido palpitante, en ironía y sarcasmo. Es la vida pasada y como tal ennoblecida por la distancia. En ocasiones el periodista reclama imperiosamente su sitio en el festín de imágenes y de observaciones y saltan algunas páginas sugestivas sobre la psicología del porteño, sobre el ambiente de la ciudad comercial y utilitaria, negada a las sugestiones del arte. Pero luego la narración se recobra en su frescura, se remansa en la actitud del adolescente que escribe sus memorias, evocando los amigos de la infancia, la belleza de los valles quillotanos, los rincones típicos del viejo Valparaíso, sus costumbres, sus personajes, la belleza del puerto poseído por el viento. Una página admirable, de rara maestría, ha consagrado el autor a los vientos de Valparaíso. Soplaban en Verano y duraban tres días.

«El viento Sur—escribe—se adueñaba de la ciudad de manera súbita deshilachando las nubes, expulsándolas. Despejaba el cielo y los lomos de los cerros, pasaba con mil ruidos disimiles que nuestros oídos filtraban y aglomeraban en concierto. En el mar rizado de color verde claro, la vieja Boya del Buey, ululaba; en los lomos redondos y rojizos de los cerros las basuras bailaban en tirabuzones diabólicos; las casas se estremecían con sordo ruido de latones y planchas de zinc; en la parte baja, al encajonarse, producía otro ruido de latas inmensas, y de seres triturados; de cabalgatas triunfales; de escuadrones invisibles. En pleno día la ciudad quedaba solitaria con un aspecto insólito, de abandono; solamente el viento la habitaba con su acompañamiento de arenas y microscópicos gérmenes. El viento, el viento Sur! Todos necesitamos las fuerzas naturales para vivir. En mi niñez una de las fuerzas plasmadoras fué el viento de las vacaciones. Venía de distancias enormes a decirnos historias tan vagas y turbadoras como espejismos. ¿De donde venía el Dios Aire? Del Sur, del Sur y de todas partes, aun más allá de la tierra. Puertas y ventanas sonaban como chasquidos, como balas; los sombreros huían; las faldas de las mujeres se apretujaban a sus formas; los papeles danzaban zarabandas y, al fin en las calles quedaba sólo el viento—amo y señor—susurrando en las avenidas, estallando en las encrucijadas, batiendo las crestas de los cerros a grandes aletazos.»

Lo admirable en este libro es el

tono de recogimiento, de unción cariciosa. Quiere satirizar en ocasiones a la ciudad, pero lo contiene la marejada de los recuerdos. Una ciudad en la que corrió la infancia es como un nido. Pueden estar los bordes llenos de espinas, pero el fondo, es la tibieza de unos días áureos y gloriosos de intimidad que no se borran. Justamente allí está el viejo amor de la adolescencia. Florita, para el autor, es el corazón, en el fondo del nido. Aun siendo como es, un amor roto o traicionado es, el amor que llena de fragancia los días futuros, y aun en las derrotas, florece para aliviarle la vida. Y éste es lo más sugestivo del libro: su queja romántica. También el fracaso. No es el personaje el hombre que triunfa. La mujer se va con otro. Se la lleva el alma comercial fría y egoísta de un extranjero: Powderson. No es difícil extraer la simbología del caso. Powderson era el hombre fuerte, rico respetado. En el adolescente criollo no había más que timidez, quizá vacilación y temor. El inglés era enorme, jocundo con colores de rosbif. Además la fuerza y la seguridad que dan el dinero. El hecho es que la previsión femenina de Florita le decía que Powderson era un apoyo, una fuerza de propugnáculo, un faro y un guía. El autor comenta: «En estas sociedades nuevas el dinero es adulado en forma inconcebible, por cuanto la gente no profundiza los caracteres y hasta ahora la posesión de una fortuna es el valor objetivo indudable». Ahondando aún más, la ciudad misma daba la impresión de un dominio de firmas y negocios

extranjeros. Para triunfar era preciso adoptar la táctica y la estrategia del comerciante inglés, o penetrar en el fondo de la mezcolanza híbrida en que se revolvían las razas que poblaban sus calles y encrucijadas. Mientras el extranjero se entrega a la acción y al negocio, el criollo se lamenta o hace reflexiones. Un gran amor a su rincón natal es el fondo de este bello libro. Pero eso no basta para que el autor le enrostre duras verdades. Resumamos esta crónica, transcribiendo una de las páginas más certeras de la psicología de la ciudad:

«El crecimiento de Génova, Venecia, Marsella y Barcelona depende en parte de la posición de esos puertos, pero también del patriotismo de sus hijos y del aprovechamiento invariable de la materia que produjeron. Valparaíso, la ciudad del viento, ha sido albergue pasajero de la gente que cobijó. Nada queda para insinuar al viajero su época de esplendor comercial; no posee una joya de arte capaz de figurar en las guías del turista. En cualquier poblacho de Europa hay alguna torre, algún acueducto o ruina reveladora de las generaciones que pasaron. En Valparaíso mediante unas u otras desgracias, no permanece nada: el terremoto se llevó las huellas de los hombres: la Intendencia española, el palacio Ross, el Teatro de la Victoria. Las familias se esparcieron por el mundo. Manterolas, Varelas, Benavides, Edmonson Searles, Ross, Equires, Buchanan, Santa María. Hombres que llegaron con el viento Sur se fueron como llegaron, dejando

efímeras señales. Nunca asociaron las voluntades ni llamaron artistas para dar a la cuna que los enriquecía un aspecto, no digamos admirable, sino simplemente decoroso. Es ya una enfermedad social creer que el negocio lo suele todo y que el hombre de negocios sirve para todo. En Chile no hay un monumento típico que reclame la atención universal. El hombre pasó por la tierra cual manga de langosta. Si me pidieran la definición de la arquitectura porteña yo diría: *calamina*». — *Domingo Melfi*.

HIJA DE LA TIERRA. (novela de una vida), por *Agnes Smedley*.

No es una novela construída de acuerdo con las convenciones tradicionales del género. No hay artificio en la estructura ni en el estilo. Es el relato, simple y patético, de una vida agobiada por un destino de miseria y de angustia, que trata, sin embargo, de realizarse libremente, rompiendo con los prejuicios vigentes y aun con los impulsos de su propio corazón.

Desde los primeros y vagos recuerdos infantiles que nos presenta la autora, sentimos el sordo palpitante trágico de un alma sensible golpeada por la áspera realidad. Un círculo gris de pobreza rodea a la pequeña niña. Al padre, la madre y los hermanos empujados de un lugar a otro por el deseo de vencer a la mala suerte.

La madre la castiga con frecuencia, por causas fantásticas, obligándola a mentir para evitar los la-

tigazos. Pero ella ama a su madre «Costó años arrancarme la necesidad de su cariño, porque con el menor retorno de efusión en ella renacía mi cariño. Ahora veo claramente que ella y mi padre y las condiciones de vida que nos rodeaban pervirtieron mi cariño y mi vida».

Y más adelante agrega: «Hay lágrimas que no se olvidan nunca. Lágrimas infantiles que dicen que no significan nada y penas que aseguran que los niños olvidan. Me siento fatigada de recuerdos de lágrimas. y de penas». A través de todo el libro (1), vibrante de un realismo conmovedor que a ratos se ve la de sobria poesía, encontraremos el desencanto de un alma que, al asomarse a la vida, sólo encontró la tristeza de la miseria, la incompreensión de los padres, la desesperación de la soledad.

Demasiado joven, vése obligada a emprender la marcha sola, frente a un porvenir incierto. Odia su pasado y quiere ser libre. Ninguna amarra es su consigna. Y lucha valientemente con el destino, con los hombres, con su corazón. Se desgarran, pero vence. Y sigue adelante, con la voluntad tensa, en guardia contra todo y contra todos en la vorágine de la sociedad yanqui.

Luego se mezcla a los grupos revolucionarios y entra en relaciones con los representantes del nacionalismo hindú. La guerra europea está en su período álgido y se insiste en la necesidad de la intervención norteamericana. Los socialistas luchan contra esa idea. Agnes Smedley

(1) Editorial Cenit. Madrid, 1931.

estará con el partido de la Humanidad.

También ayuda a los hindúes que desean emancipar su patria de la tutela inglesa. Entre ellos conoce al hombre que, por primera vez, la hace sentir el amor. Hasta entonces, ella ha entregado su cuerpo y nada más. Ha sido libre. Ha vencido las acechanzas de la pasión que aniquila la voluntad y cambia el eje del destino. Ahora es vencida.

Pero el pasado, un episodio del pasado, ensombrece el júbilo de su amor. Después de una felicidad demasiado breve, penetra, de nuevo, en su vida, el soplo trágico. Queda sola, la voluntad se ha sobrepuesto a la pasión y para huir, acaso, de sí misma, compone su libro que: «es la historia de una vida escrita en la desesperación, en el infortunio. Escribe de la tierra en que todos nosotros habitamos, de las alegrías y tristezas de los humildes, de la soledad, del dolor y del amor». —E. G.

POESIA

ALONDRA, por G. Luzuriaga Agote (1)

Como decía el bueno de Omer Emeth cada vez que un libro de poesías llegaba a sus manos, debo decir yo después de leer «Alondra»: la vieja y cansada cuestión del amor. Pero mientras el crítico católico hacía un largo reparo al tema predilecto de todos los poetas del orbe, yo diré que el tema es cuestión

(1) Ediciones J. Samet. Buenos Aires. 1931.

secundaria cuando el poeta tiene talento.

Versos para niños o cantos de amargura desgarrada, lo esencial es el sello personal que el hombre pone en su estrofa. Todos aman en la vida, pero no todos saben decir a los demás el amor que sintieron. Y ahí están, vivos todavía, Musset y Heine y Bécquer, tres cumbres líricas que cantaron solamente a la mujer y que vivirán siempre, a despecho de críticos católicos y de comentadores sin emoción.

Este poeta argentino autor de «Alondra» se abre paso con su primer libro. No es cosa común que un poeta joven, casi desconocido ayer, alcance cierta resonancia con el libro inicial, y deje esperar frutos mejores y más logrados.

Luzuriaga Agote supo desoír el llamado de los vanguardistas—moda, y pasajera, como buena moda— y dar libertad a su verso armonioso y sencillo, dentro de los viejos y eternos moldes que distinguieron siempre a la poesía de la prosa. A base de emoción, sin imágenes descabelladas y extravagantes, escribió este libro que tiene mucho de bueno y mucho más de prometededor. Nada de posturas difíciles. Hay en «Alondra» sonetos bellísimos, de estricta forma clásica y con fuerte espíritu de hoy. Hay romances— la forma vieja que tantos cultivadores tiene ahora — como «Romance de ensueño» y «Romancico» que recuerdan, por su entonación, los claros romances de la España clásica.

Buen augurio es este libro para la poesía del Plata. Buen augurio

porque nos muestra que la juventud argentina retorna al clasicismo, tan maltrecho por las corrientes innovadoras.

CIENCIA DE LA PALOMA Y TRÉBOL
por José Varallanos.—Lima, Perú, 1931.

Este libro de poemas tendrá distribución gratuita, según nota impresa en su página última, y su tiraje es sólo de 145 ejemplares. Como los lectores de ATENEA en su mayor parte, se verán en la imposibilidad de leerlo, copio aquí un poema que les diga la orientación y la manera de este poeta peruano:

Un adolescente en el alba,
intentando su presencia,
sigue el instinto del ave,
suenan canciones exactas.

El agua misma rebota
en los cauces próximos,
resplandece en pescados,
y el árbol rejuvenece
en hojas tiernas, sonoras.

De fuga íntegra sabe
sólo ese camino aromado.
Ah, incendio de amapolas,
campanadas de retorno.

Fuera quedaron los rieles
en meridianos conocidos.

Bandera para tus voces,
con tanto color exiguo.

Más el jardín interno!
ya no más flores exhala!

Pegada a mi oído la musicalidad
del verso clásico, con su claridad

y su transparencia emocional, estos poemas de José Varallanos me saben a cosa inusitada y sorprendente. No sé juzgar su mérito artístico.

Imágenes e imágenes, sin continuidad de pensamiento, sin reminiscencias siquiera unas de otras, hay que haberse iniciado previamente en estos achaques de avanzada literaria, para decir a los demás la impresión que deja en nosotros la lectura de los poetas modernísimos.

Ni incompreensión deliberada, ni odio a los moldes artísticos de la hora última. Reconozco lo que han ganado todas las artes con los innovadores, desde la música, la pintura, y la escultura hasta la poesía. En el verso han dejado el adjetivo novedoso y preciso que antes no fuera usado; la nota de color, la imagen lejana, que parece fuera de sitio para los profanos, pero que tiene el fuerte poder de sugerir.

Pero de ahí a reconocer como poesía auténtica toda la literatura escrita en renglones cortos con que se ha invadido el mundo, hay una distancia bien apreciable.

Y como no he logrado aquilatar los méritos que tengan estos poemas de Varallanos, he querido copiar uno para que juzgue el lector.—
C. P. S.

SOCIOLOGIA

LA ETERNA CRISIS CHILENA, por
Carlos Keller R.

Don Carlos Keller ha tratado en las páginas de *Atenea* muchas de las

cuestiones que presenta en este libro (1). Las ha tratado con un tono de seriedad, de dominio firme sobre los datos objetivos, de penetración filosófica que no es común en las publicaciones de nuestros arbitristas al uso. Yo atribuyo esta diferencia a la formación cultural del señor Keller. En efecto, éste ha estudiado en Europa, donde no sólo hay exigencias especiales para los estudiosos y estudiantes, sino que también la enseñanza superior está organizada de manera diferente a la que hemos adoptado en Chile. Precisamente uno de los capítulos de este libro señala los vacíos culturales de Chile y hacer ver la necesidad de cambiar el rumbo de la educación superior.

El autor pone el acento en un hecho cultural de importancia suma y que ha sido inadvertida por los tratadistas anteriores:

Al analizar el desarrollo de nuestra cultura espiritual nuestros autores, por lo general, no han hecho hincapié en un hecho de trascendencia fundamental: que nuestra vida espiritual actual representa un movimiento que parte de un período de decadencia, de la decadencia de la cultura clásica española. (Pág. 45).

En efecto, el trasvasamiento cultural de España a América durante los siglos XVI, XVII, XVIII y comienzos del XIX tiene un carácter señero. España conquista el continente nuevo en pleno dominio de sus grandes formas culturales; cuando florecen sus retratistas, sus místicos, sus noveladores, sus poetas,

(1) Editorial Nascimento. Santiago, 1951.

sus comediógrafos, sus grandes capitanes, sus arquitectos, sus diplomáticos. El momento no es seguramente el más apropiado para que pasen al continente apenas descubierto todos esos primores culturales, y durante los primeros años de su existencia, las colonias americanas viven en forma paupérrima. Cuando España comienza a enviar hacia América sus productos culturales con preferencia a los elementos de conquista y de predominio material, la cultura española entra en la decadencia. Hacia la mitad del siglo XVII se produce ese hecho ineluctable, y desde entonces lo que se recibe de España en lo cultural es algo muerto ya, incapaz de crear vida. Si ésta, como es obvio decirlo, tampoco podía salir del ambiente americano, apenas desbastado, ¿cuál era el porvenir de las colonias? Repetir fórmulas que habían perdido eficacia, tomar por vivo lo que estaba muerto, existir por tanto en una mascarada trágica. Y de ella no hemos salido.

Pues bien, llegó un momento en que la ideología europea del siglo XVIII, contra cuya invasión en América había erigido España un valladar aparentemente inexpugnable, rompió el cauce y se adueñó de las conciencias de los hombres dirigentes. Este fenómeno espiritual fué acelerado y precipitado por la deposición de Fernando VII, que obró en la historia de la independencia americana en la misma forma que un agente catalítico en un proceso químico. La independencia ha sido, pues, para las naciones americanas mucho más grave que para cualquier

otro pueblo que haya llegado a la emancipación desde la servidumbre. Fuera de la renovación política que determinó, era signo de una serie de transformaciones culturales que quisimos asumir súbitamente, ebrios de gobernarnos a nosotros mismos e inconscientes de la responsabilidad que ellos entraña.

Esto lo expresa el señor Keller en la siguiente frase, muy compendiosa y clara:

Después del gran vacío que dejó el siglo XVIII, la historia espiritual del siglo XIX en los países iberoamericanos se puede expresar por una fórmula sencilla: consistió en llenar aquel vacío. (Pág. 50).

¿Qué resultó? Pues simplemente que nos lanzamos a copiar, a imitar, a calcar, a repetir como símios lo que veíamos hacer a los europeos, sin advertir que lo que éstos hacían era fruto de una evolución histórica definida que nosotros no habíamos tenido. Y aunque en la historia del espíritu hay saltos, ellos generalmente conducen al vacío.

No tratamos de desarrollar orgánicamente algún sistema científico, filosófico, social o simplemente alguna organización burocrática, para convertirlo en cosa animada, lógicamente necesaria y basada en fuerzas vivas, sino que el proceso se manifiesta por medio de constantes cambios de orientación y alteraciones radicales. (Pág. 52).

La historia de nuestra educación sucesivamente enamorada del sistema lancasteriano, del humanista, del concéntrico, del vocacional, etc., etc., está contenida íntegramente en las expresiones que hemos copia-

do; también podríamos seguir allí la historia de nuestra economía industrial, de nuestra agricultura, de todas las manifestaciones, en fin, de la actividad chilena.

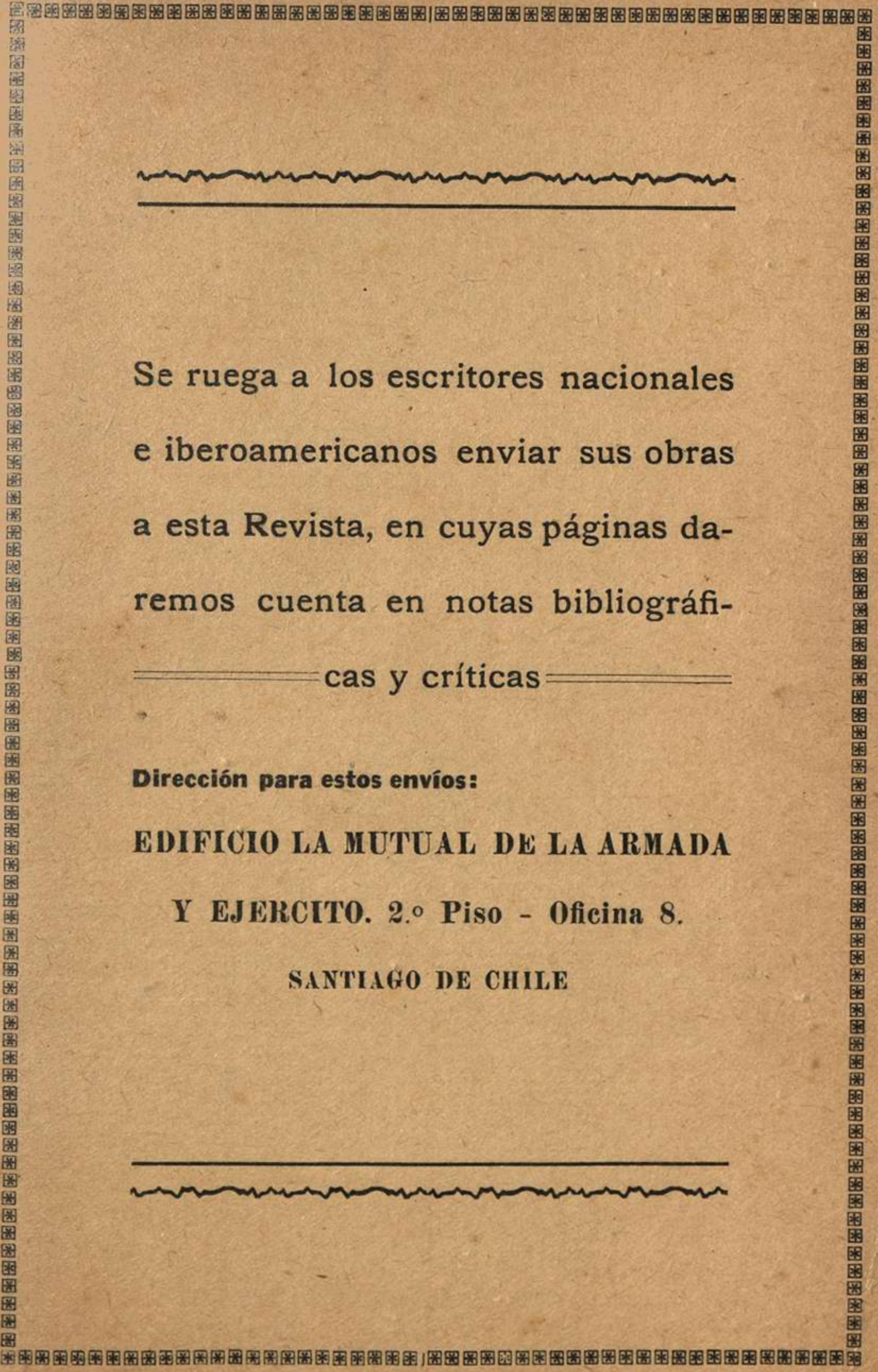
De allí la eterna crisis nacional denunciada agudamente por Keller, que tiene paliativos a veces y que en algunas ocasiones parece corregirse porque la mejoría de toda la economía mundial entona la balanza comercial y crea en el chileno la ilusión de una gran riqueza. Toda la vida chilena está basada en una mentira, y esa mentira es la que revela hoy el señor Keller con grandísima valentía ideológica. ¿No hemos soñado durante lustros que somos ricos? En un territorio de extensión mísera la existencia de mantos de salitre y de vetas de metales nos ha hecho pensar en Creso y en Midadas. No hay tal. Toda esa riqueza es miseria para Chile puesto que no reditúa en beneficio nuestro sino en beneficio del capitalista extranjero (que posiblemente no ha venido nunca a Chile ni vendrá), cuyo dinero ha montado la usina y el ingenio. Somos tributarios, somos siervos hoy como antes de 1810. Pero somos siervos en otra forma y seguramente menos felices que entonces. Hoy, en efecto, conocemos el

verdadero sentido de nuestra «riqueza» y conocemos con cierta precisión la órbita dentro de la cual nos dejan movernos las naciones extranjeras.

El autor de este libro no es pesimista y el en epílogo pone su fe en la juventud y señala un remedio para el mal:

Nuestra eterna crisis tiene su causa más profunda y verdadera en nuestro cerebro. Es algo independiente, absolutamente independiente de toda cuestión doctrinaria. Podemos organizar nuestro Estado sobre la base comunista, socialista, liberal o conservadora: si no logramos modificar nuestra organización cerebral, la crisis no desaparecerá. (Pág. 319).

Pero para ello sería preciso emprender una faena enteramente distinta a la que hoy nos ocupa, vencer viejos hábitos, alterar nuestras más caras costumbres, renunciar a comodidades, satisfacciones y voluptuosidades. En suma, ser héroes de una batalla de reconstrucción. ¿Sabe el autor lo que nos pide? ¿Cree que vive en un pueblo de héroes? Tal vez habría que escribir otro capítulo de este libro para responder a esas preguntas...—*Raúl Silva Castro.*



Se ruega a los escritores nacionales
e iberoamericanos enviar sus obras
a esta Revista, en cuyas páginas da-
remos cuenta en notas bibliográfi-
cas y críticas

Dirección para estos envíos:

EDIFICIO LA MUTUAL DE LA ARMADA

Y EJERCITO. 2.º Piso - Oficina 8.

SANTIAGO DE CHILE





DISTRIBUIDORES

Libreria **SALVAT**
Barcelona-Santiago

MCD 2018